



Epilogue
THE DARK DUET
✓
C.J. Roberts

Fallen Angels

Epilogue

The Dark Duet #3

C. J. Roberts



El presente documento tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras que aportaron su esfuerzo, dedicación y admiración para con el libro original para sacar adelante este proyecto.

Sinopsis

Estoy escribiendo esto porque suplicasteis. Ya sabéis cuanto amo las súplicas. De hecho, probablemente sabéis demasiadas cosas y las sabéis demasiado bien.

¿Quién soy yo?

Bueno, eso es lo que estoy intentando averiguar. Fui un prostituto en mi juventud, un asesino desde adolescente, y un monstruo como hombre. Soy el hombre que secuestró a Livvie. Soy el hombre que la mantuvo en una habitación oscura durante semanas. Pero, por encima de todo, yo soy el hombre que ella ama.

Ella me ama. Es bastante enfermizo, ¿verdad?

Por supuesto, hay más de nuestra historia de lo que se puede presumir en unas pocas frases, pero no sé qué decir para justificar mi comportamiento de entonces. Asumo que si estáis leyendo esto, no necesito dar esas explicaciones. Vosotras ya habéis hecho las vuestras propias.

Estáis leyendo esto porque queréis saber acerca del resto de la historia. Queréis saber qué pasó esa calurosa noche de verano de septiembre de 2010, la noche que me encontré con Livvie en El Paseo. Fue la noche en que mi vida cambió del todo otra vez.

No ocurrió exactamente como contó Livvie. Ella ha sido muy amable conmigo en el relato de nuestra historia. La verdad es bastante más... complicada.



Epilogue

Índice

Sinopsis-----	4
Capítulo 1-----	7
Capítulo 2-----	21
Capítulo 3-----	35
Capítulo 4-----	42
Capítulo 5-----	51
Capítulo 6-----	58
Capítulo 7-----	65
Capítulo 8-----	77
Capítulo 9-----	86
Capítulo 10-----	99
Capítulo 11-----	110
Capítulo 12-----	124
Capítulo 13-----	134
Capítulo 14-----	142
Capítulo 15-----	152
Epílogo-----	163
Epílogo alternativo-----	165
Acerca del autor-----	169
Créditos-----	170



Para las Gatitas de Caleb.

Y sus Gatos callejeros.

Sólo había una cosa que el vacío deseaba. Despedazándome con avidez, preguntaba por Livvie. Deseaba mis esperanzas, mis sueños. Deseaba mis recuerdos de su rostro. Deseaba las risas que habíamos compartido. “Mía,” había decretado el vacío. Sólo Livvie podría completarme, y tan pronto como me di cuenta de eso, no pude dejar de buscarla. —Caleb.



Capítulo 1

Estoy escribiendo esto porque suplicasteis. Ya sabéis cuanto amo las súplicas. De hecho, probablemente sabéis demasiadas cosas y las sabéis demasiado bien.

Ha pasado mucho tiempo desde *Captive in the Dark*, hoy es viernes, 8 de febrero de 2013. En mayo habrán pasado cuatro años desde que me senté en aquel turismo con lunas tintadas y consideré la idea de secuestrar a Livvie. Tengo veintinueve años ahora y finalmente lo sé con seguridad. A veces desearía no hacerlo, porque tengo que enfrentarme a cumplir treinta en agosto. Livvie es ocho años más joven que yo, pero no lo sabríais por la forma en que me habla a veces (creo que simplemente le gusta ganarse unos azotes). Livvie y yo hemos cambiado considerablemente desde las personas sobre las que leísteis. Sin embargo, ya que lo suplicasteis con tanta amabilidad, me esforzaré por contaros la historia que queréis oír.

Antes de que siga adelante, diré una palabra acerca de los nombres. Eran muy importantes en los libros de Livvie y vale la pena mencionarlo. Shakespeare preguntó: “¿Qué hay en un nombre?” Yo puedo decirte: muchísimo.

Livvie ahora se llama Sophia. Cambió su nombre cuando entró en el programa de protección de testigos en los Estados Unidos a cambio de su testimonio contra su secuestrador y violador (ese soy yo).

Sin embargo, vosotras la conocéis como Livvie y así continuaré llamándola para vuestro beneficio, pero, por supuesto, eso nos lleva a la pregunta: ¿Quién soy yo?

¿Soy Caleb?

¿Soy James?

A menudo me he hecho esa misma pregunta a mí mismo y siempre viene con una respuesta diferente. Quizás la única respuesta que pueda ser verdadera sea: “Soy ambos.”

Caleb siempre será una parte de mí, probablemente la más grande. Yo quiero ser James.

James es un hombre de 29 años de Oregón. Fue criado por su madre y siempre se preguntó acerca de su padre. Creció con respeto por las mujeres, pero también una necesidad de mostrar su masculinidad para compensar la ausencia de su padre. Fue a la universidad pero se tomó un tiempo antes de graduarse



para irse y ver el mundo. Conoció a Sophia en *El Paseo de Colón* y se enamoró al instante.

James nunca conoció a nadie llamada Livvie. Él nunca le hizo daño.

Nosotros sabemos que así no es como ocurrió. Nosotros sabemos la verdad. Así que, para el propósito de esta historia que me suplicasteis que contara: Yo soy Caleb.

Soy el hombre que secuestró a Livvie. Soy el hombre que la mantuvo en una habitación oscura durante semanas. Soy el que la ató a un poste de la cama y la golpeó. Yo soy el que casi la vende como esclava sexual. Pero, por encima de todo, soy el hombre que ella ama.

Ella me ama. Es bastante enfermizo, ¿verdad?

Por supuesto, hay más de nuestra historia de lo que se puede presumir en unas pocas frases, pero no sé qué decir para justificar mi comportamiento de entonces. Asumo que si estáis leyendo esto, no necesito dar esas explicaciones. Vosotras ya habéis hecho las vuestras propias.

Estáis leyendo esto porque queréis saber acerca del resto de la historia. Queréis saber qué pasó esa calurosa noche de verano de septiembre de 2010, la noche que me encontré con Livvie en *El Paseo*. Fue la noche en que mi vida cambió del todo otra vez.

No ocurrió exactamente como contó Livvie. Ella ha sido muy amable conmigo en el relato de nuestra historia. La verdad es bastante más... complicada.

Livvie os habría dejado creyendo que nos besamos y eso era todo lo que era necesario decir.

Deseo que hubiera sido tan simple. La parte del beso es verdad. Me besó, después de un año entero sin contacto. Un año entero después de que ella matara por mí y yo se lo pagara dejándola tirada en la frontera mexicana cubierta de sangre. Me besó y mi cabeza flotó. Puedo decíroslo sin vergüenza alguna: fue probablemente lo más feliz que había estado nunca.

Luego me abofeteó. Fuerte. Creo que mi cabeza vibró.

Recuerdo agarrarme la cara y pensar: '*Ahora voy a ir a la cárcel.*'

—¿Cómo pudiste? —preguntó Livvie. Pude oír el dolor en su voz y me destrozó.

Creí que ella había seguido adelante. Había hecho su vida y yo había vuelto una última vez para joderla. Fue un minuto que nunca terminaría. En ese simple minuto reproduje en mi mente el tiempo que Livvie y yo habíamos pasado juntos y me reprimí a mí mismo por siquiera pensar que ella podría perdonarme por las cosas que había hecho.



—No voy a huir, Livvie. Dejaré que me lleven y nunca más me verás de nuevo. — No podía mirarla a los ojos. Había estado soñando con ella tanto tiempo, imaginando su rostro sonriéndome. No podía soportar verla disgustada conmigo. No quería recordarla de esa manera.

Lentamente, el minuto más largo de mi vida se terminó. No podía oír ninguna sirena, no había ningunos hombres aplastándome contra el suelo y poniéndome unas esposas. Lo que era extraño.

—¿No verte nunca más? ¡¿Qué estúpido puedes ser?! No puedes simplemente entrar en mi vida y esperar abandonarme otra vez. No te dejaré, Caleb. No esta vez.

Y, si podéis creerlo... me abofeteó *otra vez*.

—¿Qué diablos te pasa? ¡Deja de pegarme! —Finalmente levanté la vista hacia ella, pero era una imagen borrosa. Me golpeó tan fuerte que mis malditos ojos estaban llorosos. (No estaba llorando, los ojos estaban llorosos. Creo que todos nosotros sabemos que soy un cabrón y no lloro). Después de que me limpié los ojos, pude ver el enfado en los suyos, el dolor, pero también, su anhelo. Por mí. Lo sabía sólo porque podía reconocer su rostro como un espejo del mío propio.

—¿Cómo pudiste dejarme, Caleb? Pensé... pensé que estabas muerto —gritó. Me envolvió la cintura con los brazos y me abrazó fuerte. Se sentía tan bien tenerla entre mis brazos otra vez, no podía pensar en nada excepto en la sensación de ella contra mí.

—Lo siento, Livvie. Lo siento mucho —susurré contra su pelo. No podía creer que estuviera con ella otra vez. Ni siquiera puedo describíroslo. Basta con decir que si me hubiese muerto en ese momento, habría estado bien con ello.

Nos quedamos allí de pie durante un largo rato. Ella se aferró a mí. Yo me aferré a ella. Dijimos cosas con nuestro silencio que no podríamos poner en palabras. Supongo que eso es a lo que se refería ella cuando dijo *‘fue todo lo que era necesario decir.’*

Me sentí en ese momento todas las cosas que solo podía haber sentido con Livvie: vacío y al mismo tiempo lleno hasta reventar.

—Te he echado de menos, Livvie. Te he echado de menos como no podrías creer.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí de pie abrazándonos el uno al otro mientras los turistas pasaban junto a nosotros. Éramos simplemente otra pareja, disfrutando la calurosa noche juntos. Nadie sabía quiénes éramos o por lo que habíamos pasado para llegar a ese momento. Sin embargo, incluso en esa circunstancia elegantemente prolongada, supe que no duraría para siempre. Tenía muchas cosas que decirle a Livvie. Temía las cosas que ella podría tener que decirme a mí.



La sentí agitarse en mis brazos, sus hombros temblando contra mi pecho y supe que estaba llorando. No se lo recriminé. Tenía más que derecho a sus lágrimas. Yo, desafortunadamente, no podía expresarme de la misma manera. Habían pasado demasiadas cosas en mi vida. Había llorado todas las lágrimas que tenía dentro de mí. Todo lo que podía ofrecer era fuerza. Podía ser fuerte por ella. Podía abrazarla, ser su apoyo y cubrirla de las docenas de ojos a nuestro alrededor.

Las mujeres me miraban con furia mientras pasaban. ‘¿Qué has hecho?’ acusaban sus ojos.

Los hombres me lanzaban miradas de lástima o sonrisa condescendientes. ‘Apesta ser tú.’

Los ignoré. No eran merecedores de mi atención.

—¿Puedo sacarnos de aquí? —pregunté. Sentí el suave asentimiento de la cabeza de Livvie contra mi pecho. Me aparté lentamente, sin estar seguro de si estaba preparado para lo que podría ocurrir a continuación. De pronto, ya no importaba. Livvie levantó la vista hacia mí e, incluso con lágrimas en los ojos, sonreía. Había estado esperando mucho tiempo por verla sonreír. Había merecido la pena cada horrible segundo que había estado sin ella.

—Yo también te he echado de menos. Muchísimo —susurró y se secó los ojos—. Lo siento, no pretendía llorar. Es sólo que... ¡es tan jodidamente bueno verte!

Y entonces *yo* sonreí. Tomé su mano y caminamos. A mi alrededor, la vida parecía surrealista. Habría pensado que estaba en un sueño si no fuera por la forma en que me dolía la cara. Estuve tentado a decirlo, a hacer una broma de algún tipo para romper la tensión bajo la superficie de nuestra alegría, pero opté por no decir nada. Livvie estaba conmigo y eso era todo lo que me importaba.

—¿Viniste conduciendo? —preguntó.

—Sí —repliqué de alguna forma con torpeza—. Fui optimista, supongo. Me imaginé que de cualquier forma podría ser mi última oportunidad de conducir por las calles de Barcelona, o podría estar llevándote de vuelta a mi casa con estilo. —Me reí con poco entusiasmo. Cuanto más tardábamos en llegar a mi coche, más incómoda se volvía la situación.

Livvie dejó de caminar y yo me paré abruptamente.

—No creo que esté lista para eso... Caleb. —Miró alrededor como si se estuviera asegurando de que no estuviéramos solos. Soltó su mano de la mía.

Intenté no dejar que me molestara. Por supuesto, debería estar aterrada de ir a cualquier sitio conmigo, pero aun así me dolía. Intenté sonreír tan sinceramente como me fue posible y me metí las manos en los bolsillos.



—No tenemos que ir a mi casa. Te llevaré a cualquier sitio que quieras ir. Yo sólo... Mierda, ni siquiera sé lo que intento decir.

Livvie me dedicó una sonrisa débil, ese tipo de sonrisa que no llega a alcanzar sus ojos. Estaba tan bella y tan triste.

—No sé lo que me pasa. He sido una ruina durante las últimas cuatro horas, muriéndome por llegar aquí para poder verte y ahora... —Cruzó sus brazos alrededor de su estómago y levantó una mano para tirarse del labio inferior. Era uno de esos gestos que hacía inconscientemente. Primero se mordía el labio y luego tiraba de él con sus dedos. Me recordaba que no importaba cuánto hubiera cambiado durante el último año, había cosas en ella que nunca cambiarían.

Era natural para ella preguntarse por las formas en que yo no había cambiado. Francamente, me llevó cada ápice de autocontrol no agarrarla (a veces todavía me pasa). Había llegado tan cerca para tener lo que deseaba y en un instante parecía como si fuera a terminar incluso antes de llegar al coche. Quería agarrarla y obligarla a oírme. Quería suplicarle si hacía falta. Quería gritarle a la cara que podía cambiar, que podía ser diferente... que ella era todo lo que me quedaba a lo que poder aferrarme.

Pero hacer eso, habría sido para probarle que no podía confiar en mí. De pronto no confiaba en mí mismo.

—Quizás... ¿esto ha sido un error? —eludí. Quería darle la opción, pero no estaba seguro de que pudiera soportar escuchar la respuesta.

Ella cerró los ojos y se apretó a sí misma un poco más fuerte. Sus cejas se fruncieron en lo que interpreté como tristeza. Su cabeza negó ligeramente de un lado a otro.

Lo tomé como una buena señal. Sus palabras no eran una elección, eran instinto. Me emocionó saber que su instinto era negar cualquier posibilidad de que reunirse conmigo fuera un error.

—Sé lo que quiero, Livvie. Quiero ser parte de tu vida otra vez. Sé que no podemos empezar de nuevo. Sé que tienes todos los motivos del mundo para quererme muerto, pero yo...

Colocó su mano sobre mi boca.

—No. Tampoco estoy preparada para eso —dijo. Casi parecía estar enfadada conmigo.

Nunca puedo exagerar la profundidad y la belleza de los ojos de Livvie. Puedo mirar fijamente en su interior para siempre, hasta que me olvide de mi propio nombre (lo cual, admitámoslo, no me costaría mucho).



Saqué mi mano izquierda de mi bolsillo y cubrí su mano sobre mi boca. Besé sus dedos y asentí. Estaba cercano a suplicar, mientras pudiera hacerlo sin hacer de mí un idiota arrastrado. No era orgullo: era una estratagema. Si hubiera pensado que eso podría hacer que Livvie entrase en mi coche, habría hecho un buen espectáculo. Soy un desvergonzado.

Lentamente, Livvie retiró su mano de mi boca y cerró sus dedos alrededor de los míos. Negó con la cabeza y sonrió con arrepentimiento.

—Yo tampoco sé lo que estoy haciendo, Caleb. He deseado esto desde hace tanto tiempo. He mantenido ciertos aspectos de mi vida a la espera, pensando... esperando que algún día me encontraras de nuevo. Y ahora estás aquí y tengo que ser honesta... esto me está asustando.

Di un paso más cerca de ella. Me entusiasmé cuando ella no dio un paso hacia atrás. Su mano estaba caliente sobre la mía y sus labios rojos simplemente estaban suplicando ser besados otra vez. Me atrapó con la guardia baja con el primero. Estaba desesperado por hacer que el segundo beso durara.

—Lo sé. No espero que confíes en mí, pero, Livvie, nunca más volveré a hacer nada para lastimarte. Sólo dame una oportunidad de probarlo. ¿Cómo puedo demostrártelo? —No pude resistir la urgencia de acariciar su hombro bronceado. Parecía una diosa. Parecía como sexo sobre unas piernas sedosas. Su lengua de gatita, tal y como la recordaba, lamió su labio inferior mientras reflexionaba su respuesta—. Me estás matando con eso, Livvie.

Su cabeza se inclinó hacia un lado.

—¿Matándote con qué?

Aproveché una oportunidad y tiré de ella un poco más cerca. Saqué mi otra mano de mi bolsillo y dejé que mi pulgar recorriera el arco curvado de sus labios. Los dos tragamos saliva.

—Quiero besarte otra vez, pero tengo miedo de asustarte y que te vayas. —Di un paso hacia atrás cuando ella se tensó—. Así que no lo haré.

Era casi más de lo que tenía ganas de conseguir. El hombre impulsivo dentro de mí que estaba acostumbrado a obtener lo que quería a cualquier coste, estaba tentado a tomar el control.

Me doy cuenta de que de alguna manera habéis estado tranquilas creyendo que mis más básicas urgencias habían sido sometidas, pero eso no podía estar más lejos de la realidad en ese momento. Había pasado el año anterior a nuestra reunión corrigiendo viejos errores y en ocasiones eso significó ser el hombre que Rafiq me había criado para ser.



—¿Cómo me encontraste, Caleb? —La voz de Livvie era baja y su miedo me irritaba porque sabía que ella tenía derecho a él. Se preocupaba por mí. No se habría presentado si no lo hiciera, pero al mismo tiempo odiaba su inquietud.

—¿Qué quieres que diga? Sabes quién soy. Sabes lo que hago. —Solté su mano antes de que tuviera la oportunidad de apartarla de mí otra vez. La noche se estaba yendo a la mierda rápidamente. Estaba contento de que no hubiera hecho que me arrestaran, pero realmente no había planeado un escenario que implicase deseo y una incomodidad increíble.

—Ey —susurró—. No quería decirlo así. Estoy feliz de verte, ilo estoy! Pero si tú me encontraste... ¿qué te hace pensar que otros no lo harán?

Me sentí como un idiota.

—No fue fácil. Si no hubiera sido por nuestras conversaciones, las cosas que sabía sobre ti, no creo que te hubiese encontrado. Estás a salvo, Livvie. Nadie va a venir a por ti. Te lo juro. —No mencioné que habría matado a cualquiera que se pudiese haber molestado.

—¿Qué cosas? —preguntó. Podía oír la duda en su voz.

—¿Realmente quieres saberlo, Livvie? Porque una vez que lo sepas, no podré retirarlo. —Dejé que mis ojos se encontrasen con los suyos. Estaba deseando hacer un montón de cosas para conquistarla, pero ella tenía que aceptar la dura verdad de que yo no era un hombre que jugase siguiendo las reglas de la sociedad y nunca lo sería.

—¿Hiciste daño a alguien? —Sus ojos me suplicaron que dijera que no.

—No —dije honestamente. Incluso conseguí una sonrisa de flirteo. Me devolvió la sonrisa.

—Entonces supongo que no necesito saberlo. —Alcanzó mi mano y tiró de mí en la dirección en que habíamos estado caminando.

—Esto todavía no resuelve el problema de que vamos a hacer cuando subamos a mi coche.

—¿Tiene palanca de cambio?

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿Finalmente has aprendido a conducir? —Me reí con el recuerdo de ella admitiendo que no sabía conducir. Me reí incluso más cuando me frunció el ceño y juguetonamente me golpeó en el hombro.

—Imbécil.

—Oh, te gusta cuando me burlo de ti.

—No. No me gusta.



—¿Entonces por qué estás sonriendo? —susurré las palabras en su oído mientras caminábamos. Todo se puso bien en mi mundo cuando la sentí darme un golpe con su hombre y su mano sujetó la mía un poco más fuerte. El vacío dentro de mí suspiró. Había encontrado una manera de alimentarlo.

—Sé conducir. Aunque no soy buena con las palancas.

—No recuerdo que fueras tan mala con la mía. —Una sonrisa se desplegó en sus labios mientras me miraba embobada. Si hay algo que sé hacer, es flirtear.

—Te he visto manejar tu palanca, Caleb. Eres mucho mejor en eso que yo. —Mantuvo el contacto visual conmigo mientras yo la miraba fijamente asombrado, pero ella todavía se sonrojaba con furor.

Intenté hacer que las palabras salieran de mi boca, pero no pude manejarlo. Me conformé con sonreír y sacudir mi cabeza. Me había hecho sentir incómodo de la mejor forma. Era una habilidad que sólo ella parecía poseer. Sé que suena infantil, pero es así.

Finalmente llegamos a mi coche. Estaría mintiendo si os dijera que no esperaba que Livvie estuviera impresionada. Si alguna vez habéis estado de pie ante la presencia de un Lamborghini Gallardo Superleggera y no habéis tenido una sensación de hormigueo en vuestras partes bajas, es que teníais que ser muy jóvenes, muy viejas o estabais completa y jodidamente ciegas.

—Bonito coche —dijo.

Podría decir que ella estaba intentando ser indiferente. No lo hacía bien. Sabía cómo lucía cuando su coño estaba mojado.

—Espera hasta que estés dentro. Es mi parte favorita. —Y sí, amables lectoras, soy así de jodidamente sutil. No le abrí la puerta del coche, pero considerando que estaba acostumbrado a que las mujeres las abrieran por mí, podemos decir que era un progreso.

Me deslicé contra el suave cuero negro y estiré la mano para alcanzar el arnés de seguridad de Livvie. Dentro del espacio cerrado del vehículo, su esencia se infiltraba en mis sentidos. Me tomé mi tiempo tirando de las cintas cruzando el pecho de Livvie. Pude sentir su ansiedad como una caricia física, pero no pensé que tuviera que ver con el miedo.

Estaba a escasos centímetros de sus labios rojos. Estaban ligeramente separados. Pude oírla tomar suaves respiraciones por la boca. Levanté la vista a sus ojos y me di cuenta inmediatamente de que ambos parecían pesados con el deseo y alerta. Estaba observando cada uno de mis movimientos con mucho cuidado.

Me incline más cerca de ella. Me moví despacio, dándole la oportunidad de decir que no, o de apartarme. Cuidadosamente, me apoyé contra su puerta con una



mano. No quería mi peso sobre ella, aún no. Rocé la punta de su nariz con la mía, urgiendo a su cabeza a inclinarse hacia delante. Sentí su aliento contra mi boca, más rápido y pesado que antes. Y por fin, observé sus ojos cerrarse mientras se inclinaba hacia delante.

Dejé que la punta de mi lengua rozara su labio inferior, persuadiendo su boca a abrirse. No quería apresurar las cosas. Bueno, quería hacerlo, pero sabía cuándo no debía. Quería empujarla contra la puerta, rasgarle las bragas y embestir dentro de ella, pero sospeché que ella no lo apreciaría tanto como yo. Era suficiente en ese momento sentir sus labios abriéndose para mí. Me acerqué un poco más y ella dejó escapar un suave gemido en mi boca.

Me deseaba. Me deseaba tanto como yo la deseaba a ella.

La besé durante un largo rato. No podía tener suficiente de sus gemidos. Me gustaba amenazar con apartarme y hacerla inclinarse hacia delante, persiguiendo mi boca. Estaba muy seguro de que si usaba mis habilidades de la forma correcta, podría meter a Livvie en mi cama. Podría ver cada glorioso centímetro de ella. Saborear su coño en mi boca antes de envolverme alrededor con sus piernas y follarla hasta que ya no quedara semen dentro de mí.

Me oí a mí mismo gemir, pero no me importó una mierda. No había tenido sexo en meses y el sexo que había tenido desde Livvie no valía la pena mencionarlo o incluso pensar en ello. Me había masturbado antes de venir a encontrarme con ella y mis bolas todavía estaban pesadas. Aproveché una oportunidad y quité mi mano de la puerta. Me permití acariciarle el hombro para calibrar su reacción a mi caricia.

—Caleb —suspiró. Se agarró a los bordes de su asiento y empujó su pecho ligeramente hacia fuera. Su lengua empujó más fuerte y más profundo dentro de mi boca.

¡Joder, sí! Quería gritar las palabras. Estiré la mano a su pecho y mi polla palpitó cuando sentí lo duro que se ponía su pezón contra mi palma. Puedo decir que no llevaba sostén bajo su vestido y la fina tela me permitía sentir cada contorno suyo. Tan rápidamente como pude, presioné el arnés y liberé las cintas. Tiré de la tela hacia un lado y el precioso pecho de Livvie apareció a la vista.

—¡Caleb! —No hubo un suspiro esta vez. Estaba un poco asustada.

No dejé que eso me detuviera. Todavía podía oír el deseo en su voz. Palmeé su pecho y puse mi boca alrededor de su fruncido pezón. Lo succioné con glotonería. Gemí en voz alta y la agarré más fuerte cuando su grito golpeó el aire y sus manos finalmente sujetaron mi cabeza para tirar más cerca.

En algún lugar de mi cabeza confundida por la lujuria sabía que la situación no era la ideal. Tan Sexy como puede ser un Gallardo Superleggera, es



increíblemente estrecho y ciertamente no era propicio para el festival de sexo en lugar público que tenía en mente. Tomé cada ápice de autocontrol que no poseía para apartarme del delicioso pezón de Livvie.

Fue más difícil no volver a él cuando tuve una buena vista de Livvie después de apartarme. Su cuerpo estaba inclinado en ángulo, su cabeza contra la puerta y su vestido hacia un lado para exponer uno de sus pechos. Su pezón estaba duro y mojado por mi boca. El pintalabios de Livvie merecía un premio porque sorprendentemente se mantenía en sus labios y no estaba embadurnando su cara.

—Déjame llevarte a casa, Livvie. Por favor. No puedo seguir estando así de cerca y no estar dentro de ti por más de un puto segundo. —Ahí me descubrí a mí mismo. Le dejé saber exactamente cuáles eran mis intenciones.

Recuperó su aliento lentamente. Sus oscuros ojos castaños me miraron con lujuria, pero también parecía haber un montón de otras emociones.

—¿Qué pasa? Sé que quieres esto tanto como yo. —Intenté no sonar irritado, pero era casi imposible no sonar como un cabrón cuando mi polla estaba lo suficientemente dura como para golpear clavos y esperaba tener una mejor función cerebral.

Livvie me miró con cautela. Tristemente, era una expresión que yo había llegado a conocer muy bien en nuestro tiempo juntos. Ella probablemente podía decir que yo estaba molesto y eso la estaba asustando. Cuidadosamente se ajustó el vestido y deslizó su pecho otra vez dentro de él. No parecía dejar de estar inquieta y con cada movimiento se hizo más obvio que estaba reflexionando sus próximas acciones.

Luego, con sus maravillosas tetas ocultas a la vista y su atrevido vestido estirado hacia abajo para reflejar una apariencia más recatada, habló.

—Quiero hacerte unas pocas preguntas, Caleb, y necesito que seas completamente honesto conmigo. ¿Puedes hacer eso? —Me miró con sus tristes ojos marrones.

Me tenía en una situación precaria y estaba deseando hacer lo que quiera que fuese para hacerla feliz de nuevo. Quería la oportunidad de probar las lágrimas de felicidad de Livvie otra vez.

—Pregúntame cualquier cosa que quieras saber realmente. Pero sólo si crees que puedes aceptar la respuesta. —No podía acentuar ese punto lo suficiente. No podía pedirle honestidad y luego odiarme por seguir las reglas. Bueno, podía, pero es una putada hacerle eso a una persona.

—Vale —dijo con resolución—. Conduce y yo haré mis preguntas.

Levanté una ceja incrédulo.



—¿No sería más fácil preguntarme ahora, cuando no tenga que abrirme camino entre el tráfico? ¿Y a dónde exactamente quieres que te lleve?

Livvie sonrió coqueta y tímida e hizo que me doliera el pecho. Podía ser una jodida provocadora a veces.

—Te quiero distraído, Caleb. No quiero darte la oportunidad de moldear tu versión de la verdad. Eres muy bueno con las verdades a medias. Tan sólo conduce dando vueltas y yo te diré cuando parar. Quédate en la ciudad, nada de carreteras rurales. —Estiró la mano hacia su arnés y se lo abrochó.

No sabía si estaba ofendido o impresionado, pero decidí continuar con la más agradable de las dos.

—¿No confías en mí? —pregunté y sonreí. Ella siempre había sido una fan de mi sonrisa.

—Hasta cierto punto —replicó suavemente—. Confío en ti lo suficiente como para entrar en tu coche, pero no puedes culparme por ser cautelosa.

Pude sentir mi rostro y mi cuello arder. No era inmune a mi culpa. Me sentía culpable por un montón de cosas concernientes a Livvie y ella tenía razón. Tenía derecho a mucho más que la cautela. Me aclaré la garganta para romper la tensión. Me adapté lo más ocultamente que pude, me coloqué el arnés y encendí el coche.

—¡Guau! —Livvie agarró el asa de la puerta mientras el coche rugía de vuelta a la vida y el motor hacía que nuestros asientos vibraran.

Sonreí sabiendo que su coño había recibido una pequeña descarga. Mis bolas también apreciaron las revoluciones por minuto. Salí de mi plaza de aparcamiento e intenté concentrarme en abrírnos paso fuera del tráfico lleno de turistas. En la boca de mi estómago, mi ansiedad se revolvió y amenazó con arruinarme la cena.

—Vale, soy todo tuyo. Pregúntame cualquier cosa que estés preparada para oír. —Por el rabillo del ojo pude ver una sonrisa formándose en las comisuras de la boca de Livvie.

—¿Eres todo mío? —preguntó.

Miré en su dirección.

—¿Lo dices en serio? ¿Esa es tu primera pregunta? Esto debe ser más fácil de lo que pensé. Sí, Livvie, soy todo tuyo. —Le guiñé un ojo por añadidura. Mi estómago se sintió un poco mejor cuando la vi sonreír.

Y tú eres toda mía. Sólo mía. El vacío se alimentaba del recuerdo.



—Es bueno saberlo. Pero no será tan fácil. Cuando me ofreciste llevarme a casa, ¿te referías a mi casa? —Su tono daba pistas de su inquietud.

De pronto supe hacia donde iba a ir esta conversación. Sin embargo, había prometido contestar honestamente y como parte de reinventarme a mí mismo quería mantener mi promesa.

—No querías ir a la mía, así que pensé que la tuya estaría mejor.

—¿Sabes dónde vivo? —acusó.

Puse los ojos en blanco.

—Sí.

Se quedó callada un momento, pero no podía calibrar sus pensamientos porque tenía que concentrarme en las calles estrechas e inconexas.

—Bueno —dijo resuelta—. Tiene sentido que sepas dónde vivo, estoy segura de que lo averiguaste mientras me buscabas.

—Así fue. —Sonreí otra vez, pero no puedo estar seguro de si era genuino. No me gusta contestar preguntas, especialmente las que suenan como una trampa.

—¿Hace cuánto tiempo que sabes dónde estoy? —El tono de su voz era menos que amistoso.

—Livvie, yo...

—Caleb. Lo prometiste.

Rechiné mis dientes.

—Lo he sabido hace unas pocas semanas. —Apreté los frenos para evitar golpear a un grupo de borrachos idiotas que cruzaban la calle. Putos adolescentes, se creen los dueños del mundo. Bajé mi ventanilla sin pensar y les grité—. ¡Salid de la puta carretera! —Uno de ellos me enseñó un dedo y me llamó maricón en español—. Te voy a enseñar lo que es ser un maricón, pequeña perra. ¡Empezaré jodiéndote la cabeza!

—¡Caleb! —Livvie me gritó y agarró mi brazo. Giré mi cabeza rápidamente hacia ella y pude ver que estaba un poco más que aterrada. Me irritó más de lo que comprendí en ese momento. Observé como el grupo de idiotas hinchas de fútbol seguían caminando calle abajo. Seguían riéndose y gritándome. Quería dispararle en la rodilla a cada uno de ellos.

Un claxon sonó estrepitosamente detrás de mí. Pisé el acelerador y nos propulsé hacia una rotonda demasiado rápido.

—Esto no está yendo como esperaba, Livvie. Obviamente tienes miedo de mí y yo me estoy irritando. Quizás debería llevarte a casa. —Sentí una punzada en mi



pecho mientras hablaba. No quería llevarla a casa, al menos no dejarla tirada. Pero no podía soportar más juegos del gato y el ratón. Ese no soy yo.

—Si eso es lo que quieres, entonces creo que sería lo mejor. —Definitivamente estaba enfadada.

—No. No es lo quiero. No habría pasado por todos esos malditos problemas para encontrarte si fuera eso lo que quiero. Por favor, sé racional.

—Sé racional tú, Caleb. ¿Apareces de la puta nada y esperas que me caiga de espaldas y con las piernas abiertas para ti? ¡No! No hasta que sepa qué coño has estado haciendo durante el último año. No hasta que sepa por qué estas de vuelta en mi vida y qué esperas de mí.

Bien, eso tenía sentido. Sabía que lo tenía. No tenía que gustarme. Mi vida entera había cambiado. Había abandonado todo lo que conocía y lo último que quería hacer era hablar de ello. ¿Por qué tienen que hablar tanto las mujeres? Si estáis hambrientas, comed. Si estáis sedientas, bebed. Si queréis que alguien os folle hasta reventar, ¡simplemente decidlo!

Por supuesto sabía que no podía decir ninguna de esas cosas sin dispararme metafóricamente en el pie. Había venido para arrastrarme. Joder, debería arrastrarme. Respiré hondo y aminoré. El coche prácticamente se paró y bajó a 40 km/h.

—No espero que te caigas de espaldas y te abras de piernas —dije pausadamente—. Pero sería agradable. —Miré en su dirección y le dediqué mi sonrisa más sugerente. Me fulminó con la mirada.

—No sé lo que esperaba, mascota. He estado pensando en ti durante mucho tiempo. Supongo que quería decirte que lo siento. Sé que no puedo borrar nuestro pasado. No puedo prometerte que soy una persona completamente distinta. Estoy hecho un desastre en formas que la mayoría de la gente posiblemente no pueda comprender, pero me importas. Tenía que encontrarte y decirte que eres lo único que me importa ya. —Mantuve mis ojos en la carretera y tragué saliva. Mi orgullo era grande y habría tenido que tragar más de una vez para forzarlo a bajar.

Suspiró.

—Yo... también me importas, Caleb. El pasado año no fue fácil para mí. No es sólo mudarme o dejar ir a mi familia y amigos... —Se quedó callada por un minuto. Cuando habló, había lágrimas en su voz—. Me traicionaste.

Podría también haberme dado otra bofetada. Quizás darme un puñetazo en el estómago por añadidura. Sabía cuánto me afectaría la palabra ‘traición’.

—¿Cómo? —Hice la pregunta con tanta suavidad como pude.



—Estaba preparada para irme contigo. Después de todo lo que habías hecho. Y tú simplemente... me abandonaste. No tienes ni idea de todo por lo que he pasado. Cuanto me he esforzado para convertirme en... *humana*. —Susurró las palabras. Miró por la ventana y observó las mismas calles pasar por su lado.

No estoy seguro de a dónde fui mentalmente. Seguí haciendo círculos alrededor del mismo gran bloque de edificios. Recordaba ese día. Lo había reproducido en mi mente un millón de veces durante el último año. ¿Qué podía decirle? La verdad era horrible. Había matado a Rafiq el día antes. Había enterrado a la única familia que había conocido jamás y estaba dándole vueltas al descubrimiento de que él había sido la causa de cada horrible cosa que me había ocurrido. Lo quería. Lo maté. No podía mirar a Livvie sin compararme con Rafiq. La había secuestrado, torturado, violado y apartado de todo lo que conocía. Y ella decía que me amaba. Esa había sido la peor parte.

—Quería que estuvieras segura. —Mis palabras sonaban extrañas, rígidas. Sentí la mano de Livvie en mi brazo. Me sorprendió y me trajo de vuelta del lugar en el que había estado. Me tomé unos segundos sólo para mirarla. Era tan jodidamente bella, no sólo en el exterior, sino también en el interior. Era más fuerte que yo. Era más valiente. Ella no quería venganza.

—Sé por qué me hiciste salir. Me llevó mucho tiempo aceptarlo, pero lo entiendo. Sé que fue tu forma de ser altruista, tu forma de sacrificarte. Pero me hiciste sacrificarme a mí también. Casi me volví loca de atar. —Sonrió genuinamente y no pude evitar imitarla.

—Estás loca, Livvie. Pero no te habría aceptado de cualquier otra forma. —Le di la vuelta a mi mano y ella movió su mano dentro de la mía. Es estúpido lo feliz que eso me hizo—. En caso de que no te hayas dado cuenta, yo no soy el mejor ejemplo de salud mental.

—Oh, me di cuenta.

—Zorra. —Fingí insultarla.

—Cabrón.

—Te he echado de menos —dije.

Me apretó la mano.

—Llévame a un hotel, Caleb.

Me enderecé visiblemente. Hubo un momento fugaz de lucha interna mientras contemplaba darle respuestas a preguntas que no me había hecho, pero al final yo sólo tenía que ser yo mismo. Soy el maestro de las verdades a medias.

—Conozco el lugar adecuado.



Capítulo 2

No estaba seguro de qué esperar cuando puse la llave en la puerta. Yo sabía cómo luciría la habitación. Sabía que Livvie pensaría que era hermosa. Sabía que había una enorme cama esperando a ser ensuciada. Lo que no sabía, era si conseguiría la oportunidad de usarla de la manera que deseaba.

—Guau, Caleb —Livvie entró y puso su bolso en la mesa de café—. Realmente sabes cómo causar una buena impresión. Primero el auto, ahora la habitación.

Me encogí de hombros desde el vestíbulo.

—El auto es alquilado. Técnicamente, también lo es la habitación. Aunque tengo buen gusto, nadie puede negar eso.

—No, supongo que no pueden —se acercó a las cortinas y las retiró. Parecía ser una clara indicación de que no confiaba en mí.

Tomé la ofensa lo mejor que pude. ¿Qué tan ofendido tenía realmente el derecho a estar? Sabía que ella creía que el hotel era un lugar seguro para reunarnos. Lo único que tenía que hacer era gritar y alguien probablemente nos escucharía. Por supuesto, la palabra clave era probablemente. Estuve tentado de recordarle que si estuviera tan inclinado a eso, ni siquiera llegaría a gritar. Sin embargo, me di cuenta que no era mi prioridad señalarle esas cosas.

Entré en la sala de estar y me puse cómodo en el sofá. Quería tener los preliminares fuera del camino lo antes posible y volver a actividades más placenteras. Mientras tanto, observaba a Livvie. Siempre inquisitiva, mi Livvie, una gatita curiosa. La miré desde mi asiento mientras pasaba sus largos dedos a lo largo de los muebles, las cortinas y la lámpara Tiffany en el escritorio.

—Livvie. —Se centró en mí. Sus nervios eran evidentes—. Ven y siéntate conmigo. —Ella sacudió la cabeza ligeramente.

—No estoy segura que sea una buena idea.

Apoyé la cabeza en mi mano. Me quedé mirando. En este punto no habría ninguna discusión. Había hecho una petición clara y esperaba que consintiera. No iba a discutir sobre temas insignificantes. Obtenía bastante placer siendo dominante. Era una parte de mí y no me disculpo por ello. Además, era divertido verla estremecerse.



Mordiendo el anzuelo, Livvie llenó el silencio, es increíble lo mucho que esto sigue funcionando.

—Caleb... Sabes que al segundo de que vaya ahí vas a saltar sobre mí —se mordía el labio de nuevo, sus dedos tirando nerviosamente—. ¿Caleb? ¿Aún vas a estar sin decir nada? Vale, está bien, ¿sólo te vas a sentar ahí, luciendo en plan “sabes que me deseas”? No tengo miedo de ti, Caleb. —Cruzó los brazos sobre el pecho y trató de hacer lo posible por parecer intimidante—. ¡Tengo spray de pimienta en mi bolso!

No pude evitarlo. Me eché a reír.

—Oh, Dios mío, eres un idiota —dijo. Se acercó a mí y se dejó caer bruscamente en el sofá—. ¡Muy bien! Aquí estoy.

Todavía me agarraba el estómago cuando la risa finalmente cedió y pude hacer contacto visual sin necesidad de reírme de nuevo.

—Lo siento, Livvie, de verdad. Me matas. ¿Spray de pimienta? Te he rastreado por todo el mundo y eso es lo que va a detenerme: spray de pimienta.

La amplia sonrisa de Livvie fue mi recompensa por todos los golpes y las ofensas que había lanzado hacia mi camino durante el transcurso de la noche.

—Bueno, tal vez no te detendría. Pero, por un momento, quizá sería divertido verte llorando rodando por el suelo —se encogió de hombros—. Sí que lo sería.

Nos reímos por un rato, disipando toda la tensión. Me sentí muy a gusto para cuando terminamos de reír y sabía que Livvie también lo hacía. Sus hombros ya no estaban tensos. Sus dedos habían dejado de agitarse.

—Te extrañé, Caleb.

—Te *extrañé*, Livvie.

Livvie se quitó los tacones y los puso al lado del sofá. Mientras presionaba los dedos de los pies en la alfombra y rozaba las gruesas fibras, me sonrió. Se sentó con la espalda recta, doblando las rodillas para poder sentarse sobre sus pies. Era una pose relajada y casual. Era una buena señal para las cosas que estaban por venir.

—Por todo el mundo, ¿eh? Háblame de eso.

La miré por un segundo, pero cedí. Lo mejor era sacarlo del camino. Me quité los zapatos y adopté una postura más cómoda también. No hay nada menos atractivo que tener que dejar de desnudarse para quitarse los zapatos. Me gusta pensar por adelantado.

—Sí. Busqué por todas partes y en cualquier lugar que se me ocurrió. Si de verdad querías que te encontrara, podrías haberme dejado una nota en México.



Fue el primer lugar que busqué —estiré la mano derecha y le acaricié la mejilla. Me encantó que ella se dejara.

—No creí que fuera una buena idea. El FBI sabía que me dejaste el dinero. Tenía miedo de que si te dejaba una nota sabrían que estabas vivo. No podía correr el riesgo. —Sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos.

No sé lo que sentí al escuchar sus palabras. Me conmovió. Estaba enojado. Estaba triste.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso. Te hicieron cambiar tu nombre. —No había tenido en cuenta el amor de Livvie. Había estado demasiado enfermo acerca de Rafiq como para creer que ella siquiera intentaría protegerme. No hay palabras para expresar lo que sentí. Una vez más, estaba hueco y lleno a reventar. No podía sentir el vacío y me preguntaba si realmente se había ido.

—Me gusta mi nueva vida —tomó mi mano y la sostuvo sobre su rodilla—. Lo haría de nuevo, Caleb... sin dudarlo. No sé cómo te sientes acerca de eso, pero quiero que sepas que soy feliz. Tengo una buena vida.

—Supongo que eso cuenta para algo. Si te hubiera dejado venir conmigo... No sé. Dudo que fueras la misma persona. Dudo que fueras tan feliz como pareces ser. —Mis propias palabras me hicieron reflexionar. Había hecho bien en dejarla atrás. ¿Había hecho bien en volver?

Ella me dio una mirada de soslayo. Su sonrisa hizo alusión a la diversión, pero sus ojos prometían venganza.

—No estás libre de culpa, Caleb. Si no me hubieras dejado en la frontera con un arma, no habría tenido que hacer una escena para volver al país. Apenas estaban buscándome. Así que no me vengas con la mierda de que “bien está lo que bien acaba”.

Me sacó una risa ahogada.

—Buen punto. Entonces, ¿cómo fue tu tiempo con el FBI? —Estaba realmente interesado en lo que tenía que decirme. Había tenido algunos sustos en el último año. En el momento asumí que era la FIA en Pakistán tratando de encontrarme. Estaba seguro de que no apreciaban que Rafiq hubiera desaparecido, ni el hecho de que él hubiera estado conectado con la Zahra' Bay¹. Me jugué la vida cada vez que regresaba al país. Me pregunté si el FBI había estado buscándome a mí también.

Livvie pareció triste por un instante antes de que pegara una sonrisa en su rostro.

¹ **Zahra' Bay**: el nombre en árabe con el que se referían a la subasta de mujeres en la que iba a ser vendida Livvie durante la trama de los anteriores libros: *Captive in the Dark* y *Seduced in the Dark*.

—Voy a llegar a eso. Hay muchas cosas que deberías saber. Pero, en primer lugar, quiero saber cómo me encontraste. Quiero saber lo que has estado haciendo. No quiero tener que cambiar mi nombre de nuevo.

—¿Qué pasó con hacerlo de nuevo en un santiamén? —La provoqué.

—No seas idiota —respondió y me empujó con su rodilla. Dejé escapar un suspiro de derrota.

—Después de México decidí probar tu antiguo barrio. —Livvie se veía horrorizada. Me apresuré a asegurarle que nadie había resultado herido—. No hablé con nadie. No podía correr el riesgo. Esperé afuera de tu antiguo edificio de apartamentos, pero me di cuenta muy rápidamente que tu familia no vivía allí. —Me acerqué un poco más a Livvie en el sofá. No me moví tanto como para que se diera cuenta, al menos no de inmediato—. Debo haber explorado la parada de autobús durante semanas, sólo esperando. Lo cual, en retrospectiva, fue bastante tonto. ¿Por qué ibas a regresar allí? Después de que tu antiguo vecindario resultó infructuoso, recordé que hablaste de tu amiga Nicole. Y antes de que te pongas toda malhumorada: no hablé con ella tampoco. Solo robé su portátil.

—¡Caleb! —Me reprendió Livvie.

Me encogí de hombros sin disculparme.

—¿Te alegras de que te encontrara o qué? Tu paradero no iba a caer solo de la nada. —Prácticamente la desafié a decirme que habría habido otra manera—. Encontré un correo electrónico que sólo podía venir de ti. —Me moví un poco más cerca. Tampoco creí que se daría cuenta—. Parecías muy triste. Mencionaste ir a la Torre Eiffel por ti misma. Alguien robó tu billetera. Fue meses después del incidente, pero seguía preocupado por ti. Dijiste que no me habías olvidado.

Livvie apartó la vista de mí. Tenía lágrimas en los ojos y se esforzaba para hacer que pareciera como si no las tuviera. Aunque no disfrutaba necesariamente de su dolor ante el recuerdo, era un buen presagio para mí. Me hacía creer que había una oportunidad para nosotros.

Se aclaró la garganta y se secó los ojos con el dorso de su dedo.

—¡Jo! Pensé que había superado esta parte. Te prometo que ya no soy tan emocional como solía ser —sonrió—. Supongo que simplemente lo sacaste de mí. Me gusta tu cabello. ¿Qué tan largo está?

—Es camuflaje. Lo mantengo hacia atrás porque me molesta cuando toca mis hombros. No quiero hablar de mi pelo. —Alcé la mano y recogí una lágrima que corría por su mejilla. La bebí. Sabía que no tenía sentido para ella. En todo caso, parecía más avergonzada. Sin embargo, era mi manera de asumir su dolor. Era



una promesa. No voy por ahí bebiendo lágrimas de gente al azar. No soy *tan* espeluznante.

Livvie respiró hondo y exhaló lentamente. Parte de la tensión de antes iba escabulléndose, regresando a nuestro momento íntimo.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian —susurró.

Me acerqué más, hasta que nuestras rodillas se rozaron. Mi brazo se apoyaba en el respaldo del sofá y era capaz de tocar su cabello con mis dedos. El calor se extendió a través de mí al verla deslizar sus párpados cerrándolos.

—Todo está en proceso de convertirse en algo más. Es la ley del cambio. —Besé brevemente los párpados de Livvie antes de que pudiera abrirlos—. Estoy en el proceso de convertirme en algo más, Livvie. Espero que sea algo bueno, algo alejado del monstruo que conocías.

—¡Vaya! —dijo Livvie. Sus lágrimas habían conseguido lo mejor de ella y se apresuró a poner distancia entre nosotros. Se secó rápidamente las mejillas—. Joder, Caleb. ¿Cómo puedo evitar ser un desastre cuando dices cosas como esa? Ni siquiera sé cómo sentirme.

Sonreí y me retiré. La tenía donde la quería, pero más que eso, la tenía donde la necesitaba. En un lugar donde podía admitir que podría perdonar el pasado. En un lugar donde *nosotros* éramos posibles.

Durante las siguientes horas, le conté de los muchos billetes de avión que había comprado para buscarla. Los lugares en los que casi la había alcanzado y la había perdido. Le hablé de Alemania y del café. No había estado feliz de escuchar acerca de eso, pero aceptó que no estaba lo bastante preparado para acercarme a ella en ese momento.

Ella trató de hacer preguntas acerca de nuestros últimos días en México. Yo fui sincero y le dije que para mí era demasiado pronto para hablar. En algún momento se lo contaría. No le gustaba, pero ella lo usó como palanca para esquivar preguntas sobre el FBI y lo que había descubierto acerca de mí.

En su mayoría tratamos de no profundizar demasiado en los temas que fueran insoportables para cualquiera de nosotros. Se trataba más bien de descubrir lo que sentíamos el uno hacia el otro después de todo el tiempo que había pasado. A medida que nuestros sentimientos se hicieron más evidentes, fuimos capaces de hablar de nuestro presente en lugar de nuestro pasado. Me gustó mucho más. Me gustaba escuchar sobre Livvie yendo al instituto. La escuché hablar de las infinitas posibilidades de su futuro y que me hizo sentir un poco mejor acerca de... bueno, de todo. Mentiría si dijera que había terminado con lo que pasó con Rafiq, ni mucho menos. Aún así, me dio un poco de consuelo saber que si él hubiese vivido, el futuro de Livvie no sería tan brillante.

Demasiado rápido, las horas se habían cumplido. La noche se había quedado en silencio y en pocas horas, el alba estaría apareciendo. Mis pensamientos empezaron a volver hacia las diversiones más carnales y hablar había comenzado a perder su atractivo.

—Es tarde —susurró. Tenía los pies en el sofá, con las rodillas encogidas hasta la barbilla. Sus oscuros ojos me rogaban que me acercara. Sus piernas amenazaban con alejarme.

Sentí que me ponía duro, mi polla palpitando al ritmo de mis latidos. Me sentí transportado a la plantación de Felipe en Madera. Me acordé de la primera noche que la fustigué. Ella sabía que estaba en problemas y se escondió debajo del fregadero. Estaba acurrucada de la misma forma, con los ojos mirando hacia mí, con las piernas temblando ligeramente. Me acordé de la emoción de hacerla rendirse.

El recuerdo me llenó de emociones encontradas. Había sido su agresor. Había tomado algo de ella que no había estado dispuesta a dar. Me sentí culpable. Sin embargo, también tenía un gusto por el recuerdo. Había sido el comienzo de mi exploración con Livvie. Incluso encogida bajo el fregadero, sus ojos se encontraron con los míos. Luchó conmigo sin palabras. Batalló mi posesión. Fue en esos momentos que vi por primera vez el fantasma del niño que había sido. Conocía las palabras detrás de su mirada: puedes tener mi cuerpo, pero no puedes tenerme a mí.

La había admirado incluso mientras estaba decidido a doblegarla a mi voluntad. Ella había cerrado los ojos en nuestro primer contacto, reuniendo valor.

Mírame. Quiero que me mires.

En la tranquila habitación de hotel, con Livvie sólo a un corto espacio de distancia, la miré a los impávidos ojos y una vez más leí el mensaje. No sería capaz de tomar lo que quería esta vez. Esta vez, tenía que ganarme su rendición.

—No quiero que esta noche termine —le dije. Quería darme a entender lo más claro posible. Lo que quiera que ella decidiera hacer después estaría bien.

—Así que... ¿ahora qué? —se llevó la mano a la boca y tiró suavemente de su labio. Sus ojos tenían un brillo travieso.

—Bueno, como yo lo veo, tienes tres opciones: puedes hacerme muy triste pidiéndome que te lleve a casa. Puedes tener piedad de mí y pasar la noche. O puedes admitir que quieres que te folle hasta que supliques misericordia. —Me eché hacia atrás y puse mis brazos alrededor del sofá. La dejé ver lo duro que estaba por ella, lo mucho que quería estar dentro de ella.

Respiró hondo. Sus mejillas se enrojecieron. Un rápido vistazo hacia abajo me reveló sus dedos de los pies, curvándose fuertemente.



—Tú... todavía tienes una especial habilidad con las palabras. —Su voz era entrecortada, pero confiada.

—Sólo desplegándola para ti. —Le guiñé un ojo. Me sentí muy seguro acerca de cuál de las tres opciones elegiría. Sin embargo, ella tenía la habilidad de crear sus propias sorpresas.

—Todavía tengo el spray de pimienta —bromeó.

—Pervertida. —Nos reímos.

Sabía que me deseaba. Estaba escrito en toda su cara. Estaba en la forma en que se humedecía los labios preparándose para ser besada, en la forma en que sus ojos parecían oscurecerse. Tuve un momento de vacilación. No estaba seguro de cuál era el papel que ella quería que jugara. Por un lado, me habría dado placer decirle lo que debía hacer. Me gustaba estar en control. Me gustaba saber que me obedecería por su propia voluntad. Por otro lado, no estaba seguro de cómo sería aceptada mi dominación. La última cosa que quería hacer era asustarla. No quería recordarle que había habido un momento en que no había tenido otra opción.

—Entonces, ¿qué sucederá Mascota?

Ella levantó una ceja.

—¿Mascota? —No parecía desanimada por el apodo, a pesar de la suave advertencia en su tono.

—La fuerza de la costumbre —susurré sin disculparme.

Lento y fácil eso es.

—Tienes una gran cantidad de malos hábitos, Caleb.

—Pero no todos mis hábitos son malos, ¿verdad? —Descansé la mano sobre mi polla. Sus ojos seguían mis movimientos. Tragó saliva.

—No. Hay algunos con los que estoy muy encariñada. —Me miró a los ojos y me mantuvo cautivo.

—Cuéntamelos —sugerí.

—Dame tiempo, Caleb. Lo haré. Pero... ¿esta noche? Sólo necesito que sepas que no soy la chica asustada que recuerdas. —Llevó las rodillas hacia abajo y abrió las piernas. Su vestido ocultó lo que había debajo, pero el mensaje era claro, mientras se colocaba la mano sobre el coño.

Mi corazón latía erráticamente, estimulado por la seducción. Debajo de mi mano, mi pene se tensó contra la cremallera.



—Recuerdo que eras valiente —logré decir venciendo la lujuria que me obstruía la garganta.

—Recuerdo que te gustaba verme mientras me tocaba. —Movi6 el vestido subiéndoselo por los muslos. Las cortas y romas uñas dejaron rastros de tenue color rojo a lo largo de la piel tan suave—. Recuerdo que me gustaba verte también. —Se movió hacia abajo y apoyó la cabeza sobre el brazo del sofá.

Estaba fuera de mí. Tenía la boca seca, demasiadas respiraciones con la boca abierta. Mi pecho se sentía magullado por los golpes incessantes de mi corazón. Más abajo, mi cuerpo estaba rígido y entregando las primeras gotas de mi semilla.

—Me gustaría hacer muchísimo más que mirar. —Me incliné hacia delante y me encontré con una resistencia instantánea. El pie de Livvie empujó contra mi pecho y me instó de nuevo en el sofá.

—Lo hacemos a mi manera. O nada —amenazó divertida.

Reconocía una batalla que no podía ganar cuando me encontraba con ella. Incliné la cabeza hacia Livvie en deferencia.

—Puedo aceptar eso. —Volví a mi postura anterior—. Espero todos tus caprichos. —La atormenté con mi sonrisa.

—Bien. —Se relajó. Sus dedos bajaron ligeramente por encima de su coño—. Tú me enseñas lo tuyo... y yo te enseñaré lo mío.

Me reí en voz baja. Si fuese posible quererla más, no estaba seguro de poder soportarlo.

—Hmmm —suspiré y me desabroché los vaqueros—. Si no recuerdo mal, la timidez era tu obstáculo, no el mío. —Rápidamente me desabroché el pantalón y lo abrí. Mi deseo se intensificó cuando mi polla golpeó el aire. Me resistí a la tentación de tocarla. Tomé una gran satisfacción al oír jadear a Livvie. En su favor, ella se recompuso rápidamente.

—Muy bonito, Caleb. Sé que los dos estamos en el proceso de convertirnos en algo más, pero es bueno saber que hay algunas cosas que nunca cambiarán. —Levantó la rodilla más cerca del sofá.

Su vestido cabalgó hacia su cintura. Abrió las piernas y mostró su coño desnudo. ¡No había estado llevando ninguna ropa interior!

Cogí mi polla y la apreté. No estaba en ningún peligro de avergonzarme; el impulso fue simplemente demasiado como para ignorarlo. Respiré hondo y exhalé lentamente. Me acaricié una vez, dos, y detuve mi mano.

—Eres jodidamente hermosa.



Se sonrojó.

—Gracias. Tú también.

No estaba seguro de lo que sentía por ser llamado hermoso, pero tomé el cumplido. Tenía cosas mucho más interesantes en mi mente.

—¿Y ahora qué? Tengo que ser honesto, no estoy seguro de que pueda sentarme aquí y verte jugar contigo misma. Yo no tengo autocontrol.

—¿Me obligarías? —susurró. Sus dedos abrieron su coño, revelando cuan rosada y húmeda estaba.

—¡Joder! No. Pero sería realmente infantil al respecto. —Saqué hacia fuera mi labio inferior y ella se echó a reír.

—Oh, Dios mío —dijo a través de una sonrisa—. Estás haciendo esto realmente difícil. No arruines mi fantasía.

Compuse mi cara.

—Lo siento. Adelante. Está fuera de mí negarte otra fantasía. Estoy muy encariñado con la última. —Le vi la boca y recordé la forma en que sus labios se deslizaron sobre mi polla—. ¿Tal vez podamos revivir esa también?

—Tal vez —bromeó—. Si me acerco, ¿pondrás tus brazos en el sofá y los mantendrás ahí?

Tragué saliva.

—Lo intentaré. —Levanté los brazos al respaldo del sofá y me apodere de él.

Estaba duro de nuevo simplemente recordando lo Sexy que se veía mientras se arrastraba por el sofá hacía mí. Livvie es una depredadora con derecho a serlo.

Mis ojos se cerraron en el primer contacto de su mano contra mi pecho. Sabía que ella podía sentir lo fuerte que estaba latiendo mi corazón. Podría haber estado más nervioso que ella. Su vestido era suave mientras acariciaba mi adolorida polla.

—Tu vestido va a quedar arruinado. Quítatelo —susurré tan seductoramente como pude.

—Shh —susurró en mi oído. El olor de su piel se infiltró en mis sentidos. Me abracé con más fuerza al sofá—. Lo quiero como esta. —Sus muslos a horcajadas sobre mí y su coño mojado hicieron contacto con mi polla. Empujé hacia arriba. No pude evitarlo.

—¡Maldita sea, Gatita! Deja que te folle ya. —Estaba dispuesto a abandonar toda caballerosidad y autocontrol. Estaba listo para arrancarle la maldita ropa y enterrarme tan profundo que olvidaría que alguna vez fuimos personas



separadas. Lo único que me detuvo fue el repentino dolor que sentí cuando Livvie tiraba hacia atrás el lazo que me sujetaba el pelo. Una vez libre, enterró sus manos en mi cabello. Tiró de mi cabeza hacia atrás y el dolor reorientó mi atención. Sus ojos eran casi negros, sus pupilas dilatadas por el deseo. Se estaba divirtiendo. No quería detenerla.

Dejó suaves besos contra mi boca mientras hablaba.

—Por favor, Caleb. Déjame. Todavía estás al control. —Sus caderas se movían contra mí. Su coño estaba caliente contra mi polla—. Eres más grande y fuerte. Eso lo sé. Me excita que me dejes hacer esto para ti. Nunca me hubieras dejado antes.

Me aferré a ese maldito sofá porque de repente supe por qué era tan importante para ella tener la sartén por el mango entre nosotros. En este encuentro no estaba a punto de obtener su rendición, se trataba de rendirme yo mismo. Me estaba poniendo a prueba y me negué a fallar.

—Está bien, Livvie —jadeé contra su boca—. Lo haremos a tu manera. —Su lengua invadió mi boca y nos besamos.

—Puedes llamarme Gatita si lo deseas. Lo extraño —canturreó. No me dio la oportunidad de responder antes de que su lengua estuviera en mi boca. No hubo ninguna protesta cuando me sacudí contra ella.

Finalmente, ella parecía tener suficiente de su propia provocación. Se echó hacia atrás rápidamente y estiró las manos detrás de su cuello para desabrochar los botones. Cumpliendo rápidamente, sus generosos pechos, coronados con pezones como guijarros, aparecieron a la vista. Lamí mis labios mientras miraba hacia ellos.

—Dámelos —insistí.

Con las manos en mis hombros, se alzó sobre sus rodillas. Mi polla se sentía fría sin su calor. Sólo la promesa de sus pechos en mi cara fue suficiente para calmar mi decepción. Livvie es suave, ridículamente suave, y la carne de sus pechos contra mi cara era una sensación de este lado del cielo. Puse besos en uno y luego el otro, haciendo caso omiso de sus señales no verbales para que pusiera la boca en los pezones. ¡Yo también podía ser un maldito provocador!

—Caleb —dijo con cierta irritación. Sonreí.

—¿Sí, Gatita?

—Por favor. —Sostuvo su pecho y pasó su pezón por mi boca—. Chúpame.

Abrí la boca y la atraje hacia mí. Sabía aún mejor de lo que olía. Succioné más duro de lo que probablemente debí hacerlo, demasiado guiado por mi deseo de parar. Los brazos de Livvie alrededor de mi cabeza, forzándome más cerca, no



dejándome abandonar, aunque no tenía intención de ello. Hice más suave mi succión. Dejé que mi lengua viajara por su pezón, lenta y repetidamente. La hice insistir en pedir más.

Livvie fue lenta y desesperantemente calculadora en su seducción hacia mí. Aunque se retorció en mi pecho, casi suplicando que tomara el control, me hacía saber que yo no iba a mover los brazos lejos de su lugar de descanso. Me alimentó con un pecho y luego el otro. Le gustaba observarme, recordó. Por mucho que los dos queríamos que las cosas sean diferentes, nuestra historia nunca podría ser borrada. Sabía que me estaba castigando por las cosas que había hecho. En los castigos que iban, sabía que estaba rindiéndome demasiado fácil.

Apartándose lentamente, deslizó su cuerpo por mi pecho y puso su cabeza en mi hombro. Gimió una vez que se puso en contacto con mi polla de nuevo. Me las arreglé para mantener mi cuerpo respondiendo. Estaba listo. Estaba más que listo. Quería tocarla. Estaba empezando a sentir ilógico que no pudiera.

—Estoy nerviosa —susurró contra mi cuello.

—No lo estés. Todo lo que tienes que hacer es decirme que puedo tocarte. — Estaba a punto de hacerlo de todos modos.

—No. Todavía estoy enojada contigo. —Se rió en voz baja.

—Alguien me dijo una vez que no deberías dejar que las venganzas controlaran tu vida.

—Ella probablemente nunca te había tenido así. —Alzó la cabeza y me miró—. Si supiera que la venganza podría ser tan dulce como esta, nunca dejaría de llevarla a cabo. —Sonreí.

—Esperemos que no.

Perdí todo pensamiento lógico cuando sentí como la mano de Livvie viajaba por mi pecho extendiéndose hacia los muslos y mi polla. Dejé caer la cabeza cuando sentí sus tentativos dedos envolviendo mi carne y guiándome hacia su coño. Estaba tan caliente, tan húmedo y la presión requerida para que entrara la punta dentro de ella hizo alusión a lo apretado que sería.

—Livvie —le dije con insistencia—. Por favor, déjame tocarte.

Sus suaves labios besaron mi garganta.

—Dime otra vez lo mucho que me extrañaste. —Sus caderas se sacudieron hacia atrás y adelante, tratando de acomodar más de mí. Ella gimió, pero no admitió su dificultad.

Levanté la cabeza y la miré. Su rostro era una mezcla de placer y dolor, pero sus ojos permanecieron determinados. Tragué saliva espesa.



—Te he extrañado todos los días, Gatita. Cada. Jodido. Día. —Levanté mis caderas y sentí deslizarme en ella un poco más profundo.

—¡Oh Dios! —Cayó hacia delante y se aferró a mí—. Caleb —suspiró. Jadeaba ya—. Tómallo con calma. No he hecho esto por un tiempo.

Sus palabras me detuvieron en seco. Me encontré repentinamente celoso y enojado. Me resistí a demostrarlo. No tenía derecho a mi enojo, excepto que no importaba... estaba allí. Dejé de moverme.

Livvie recuperó el aliento y lentamente se meció contra mí de nuevo. Traté de ignorar el placer que me llevó a obtener una mayor entrada en el cuerpo. Me sonrió y frunció el ceño.

—No te enojas, Caleb. —Se deslizó un poco en mi polla y dejó que su peso empujara más profundo en el camino. No pude detener el gemido que se me escapó—. Me refiero a ti. No desde ti.

Mi pecho parecía expandirse y contraerse al unísono. Fue brutal, egoísta, y sin embargo, me importaba una mierda. Livvie me pertenecía. Sí, yo había estado con otras mujeres desde ella. En mi corazón, no habían contado para nada. Rompí mi promesa, pero aún así me rendí. Me rendí al poder de Livvie sobre mí. Me rendí a los estragos que desató en mi control. Levanté una de mis manos y tiré de la cara de Livvie hacia la mía. Necesitaba estar dentro de ella. Necesitaba mi lengua en su boca y mi polla en su cuerpo como necesitaba mi próximo aliento.

Gemimos en la boca del otro mientras nuestros cuerpos se movieron instintivamente entre sí. Moví mi otro brazo lejos del sofá y lo envolví alrededor de la cintura de Livvie. La tenía clavada contra mí. Una emoción oscura se precipitó a través de mí mientras cedí a mi naturaleza primordial de vencer.

Dejé de besarla y la mantuve inmóvil mientras me inclinaba en mis rodillas y empuje en ella. La oí gritar, pero no pidió que me detuviera. Sus brazos se envolvieron con fuerza alrededor de mi cabeza. Empujé de nuevo, y otra vez, hasta que por fin, sentí todo de mí dentro de su apretado calor.

Me sentía incapaz de hablar. La había deseado durante tanto tiempo. Había soñado con ella en mis horas durmiendo y sufrido por ella en las de vigilia. No había nada que pudiera decir para comparar el intenso júbilo y la satisfacción de tener finalmente lo que había deseado durante tanto tiempo.

Nada, excepto:

—Te amo.

No tenía la intención de decir las palabras. Sabía que ella no estaba dispuesta a escucharlas. Sin embargo, había estado esperando para decírselo desde el momento en que la vi marcharse y no podía mantenerlo un minuto más.



Livvie rompió a llorar y me abrazó más fuerte contra su pecho para no mirarme a los ojos.

—No te detengas —sollozó. Movió su cuerpo, deslizándose a sí misma arriba y abajo sobre mi polla en un compás que me exigía mantener el ritmo. Estaba perdido sobre qué hacer. Parecía que había hecho y dicho lo suficiente, así que hice lo único que podía hacer: hice lo que se me había dicho.

Presionado tan cerca del pecho de Livvie, era fácil encontrar el camino a sus pechos de nuevo. Puse mi boca alrededor de uno de sus pezones y reanudé mis anteriores atenciones. Le palmeé el culo con las dos manos. Fui recompensado con gemidos y suspiros en vez de sollozos. Al mismo tiempo, sentí su coño tratando de adaptarse a más. Su humedad llegó con mayor libertad después de un momento. Sus músculos se relajaron. Podía ir más rápido, presionar más y profundizar en cada empuje hacia adelante. El sonido de mis bolas en contacto con su piel húmeda, sus gemidos por encima de mí, el calor y la tensión rodeándome, todo impulsó hacia mi punto crítico.

—Más, Caleb. ¡Oh, Dios, por favor! —Las palabras eran una aguda súplica. Los movimientos eran frenéticos y desarticulados. Ella estaba persiguiendo un orgasmo que no llegaba y que luego llegó demasiado duro y rápido.

La follé a través de su clímax. Su coño se contrajo alrededor de mí, sus músculos estaban rígidos, y sus sonidos me rogaban que redujera la velocidad. No podía. Seguí golpeando en ella hasta que su orgasmo se calmó y se desplomó sin fuerzas contra mí.

—Por favor, Caleb —jadeó en mi oído. Sus pechos estaban sudorosos y se deslizaban sobre mi torso. Por debajo de mi suéter, yo también estaba cubierto de sudor. No iba a parar para quitármelo—. Más lento. —Sabía que tenía que estar sensible, especialmente después de que se había corrido con tanta fuerza. Me obligué a reducir la velocidad—. Sí —suspiró con satisfacción—: Me gusta eso. Fóllame justo así.

—Deja de decir follar —jadeé—. O no voy a ser capaz de reducir la velocidad.

Ella se rió.

—Lo siento. Lo sacas de mí. —Encontró el camino a mis labios y me besó. Después de un tiempo, sus movimientos cayeron en ritmo con el mío. Empujó hacia abajo mientras yo empujaba hacia arriba. Se retiró cuando yo lo hacía, sólo para encontrarme con la misma fuerza.

—Dios, te sientes bien —murmuré contra su boca. Me deleitaba de su gemido maullado y el aumento de ritmo. No había olvidado su rechazo silencioso. La verdad sea dicha, me pinchaba como un hijo de puta, pero sabía que no era el momento para sacar el tema. Ya había cometido ese error.

—Fóllame —dijo, aunque con respiraciones ásperas.

—Suplícame —exigí. Dos muy bien podían jugar este juego.

—Por favor, Caleb. —Me cogió la cara entre las manos y me miró a los ojos. Si había encontrado mi naturaleza primitiva, Livvie también había encontrado la suya. Su necesidad era inconfundible. Su lujuria embriagadora.

—Por favor, fóllame con tu enorme puta polla. Quiero verte mientras te corres.

—Cerró sus ojos con fuerza y movió su cuerpo más fuerte y más rápido.

Ciertamente sabía cómo pulsar mis botones. Sólo esperaba que no lo lamentara. La abracé con un brazo mientras nos levantamos del sofá y la empujé sobre su espalda. Finalmente alcancé mi suéter y me lo quité. Empujé mis jeans hasta las rodillas mientras estaba así. Hubo un momento de resistencia por parte de ella, que rápidamente se evaporó cuando empujé hasta la empuñadura.

—Una vez más, Gatita. Suplícame. —Apoyado en un brazo y sosteniendo su cara externa del muslo, me vi follándola. Recordar sus palabras me hizo sonreír. Ella era del tono correcto de rosa. Miré hacia arriba y vi sus pechos moviéndose al ritmo de mis embestidas.

—Por favor, Caleb.

No podía aguantar más, pero no estaba seguro de que debiera correrme en su interior.

—¿Dónde quieres que me corra?

Los ojos de Livvie me traspasaron con su intensidad.

—Donde quieras.

Me golpeó antes de que tuviera la oportunidad de decidir. Mis bolas se apretaron preparándose y empezó a llegar. Traté de mirar a Livvie, pero mis ojos no podían permanecer abiertos. Estaba perdido en la sensación de ser vaciado, de ser recibido en el cuerpo de Livvie.

En algún lugar fuera de mí sabía que Livvie estaba hablando. No podía escuchar con claridad hasta que mi orgasmo disminuyó lentamente. Abrí los ojos y miré hacia abajo. Su mano estaba entre nosotros, tocando el lugar donde estábamos unidos.

—Mío —le oí decir. Nada había sido nunca más verdadero.

—Tuyo —le dije.



Capítulo 3

Soñé esa noche.

Rafiq me miraba desde una mesa. Estaba temblando de miedo. Su cara estaba amoratada y sangrienta.

Hablaba calmadamente.

—¿Yo por esa chica?

Una onda de amor pasó rápidamente pisándole los talones a mi vergüenza. El sentimiento fue rápidamente superado por una vieja ira, una rabia que me mantuvo vivo cuando la muerte pudo haber sido una mejor opción.

—No. No sólo por la chica. Tú... me hiciste amarte. Me traicionaste.

Rafiq rió, fuerte y abundantemente antes de que su risa se convirtiera en una tos gorjeante.

—De nuevo traición. Siempre es traición contigo, *khoya*². —Sus palabras sonaron en mi mente como si estuviera vivo y sangrando otra vez—. Mientes, chico. No hice que me amaras. Uno no puede obligar a alguien a amar. Lo que sentías, me lo gané.

Sostenía un cuchillo en mi mano; sabía que lo hacía. Sin embargo, como es la naturaleza de los sueños, este desapareció una vez que traté de hundirlo en su muslo. Tenía tanta ira, tanta rabia, y ningún sitio donde ponerla. Rafiq encontró esto más que divertido y eso solamente alimento mi odio.

—¡Te di todo lo que merecías cuando puse una bala en tu corazón!

Rafiq tosía sangre mientras reía.

—Eres el hombre que crié. —Lentamente, su sonrisa menguó y me miró profundamente—: Sé que lavaste mi cuerpo. Sé que me enterraste de acuerdo a la ley. Sé que lloraste por mí.

Sus palabras me asombraron sabiendo que no había forma de que él supiera que hice esas cosas. Lo peor, era que dolía saber que eso era verdad.

—¿Por qué no te mueres? —dije con veneno. Rafiq sonrió con malicia.

²**Khoya:** Hermano.

—No puedes matarme, *Khoya*. No de nuevo. Soy todo lo que conoces. Soy tu madre. Soy tu padre. Soy tu hermano. Soy tu amigo. Siempre estaré aquí. Nunca podrás alejarte de mí.

Tanto como lo detestaba, era libre de llorar en mis sueños y eso hice.

—¿Cómo pudiste hacerme todas esas cosas? Robaste mi niñez. Robaste mi destino.

Rafiq, repentinamente rodó a un lado y se incorporó. Los moretones sobre su cara se habían curado y la ropa había aparecido mágicamente sobre su cuerpo.

—Eso no es lo que te molesta, Caleb. Te traicioné, sí, pero esa no fue la razón por la que me mataste, ¿verdad? —No podía mirarlo mientras procesaba mi vergüenza—. Ibas a matarme de todas formas. Me mataste porque es la única forma en que podrías liberar a la chica. Tú me habrías traicionado *a mí, Khoya*. No somos tan diferentes y eso es lo que te está comiendo. —Levanto una mano y acarició mi cabello como solía hacerlo cuando era joven. Me dolía el pecho.

Lo empujé con toda mi fuerza, golpeándolo hacia atrás sobre la mesa y contra el suelo. Exhalé y me subí sobre él. Lo golpeé. Repetidamente. No podía sentir mis puños. No pude mantener la fuerza para golpearlo hasta la muerte. Cambiando de estrategia, tomé su cuello con mis manos y traté de sacarle la vida apretándolo.

La mirada maniática de Rafiq cayó sobre mí.

—¡Soy un Dios aquí! Tú lo hiciste así.

—¡Sólo muere maldita sea! ¡Muere! ¡Muere! ¡Te odio! ¡Desearía que estés vivo así podría matarte de nuevo! —Metí mis dedos en sus ojos, desbordaba fuertemente la sangre entre mis dedos. Rafiq trató de pelear esta vez. Sus manos me empujaban, sus piernas se movían y su cuerpo se retorció como si tratara de sacarme de encima—. Puedo matarte, Rafiq. No eres Dios. No siento nada por ti.

El cuerpo de Rafiq se quedó quieto debajo de mí.

—¿Amo? —Escuché una voz, detrás de mí. Me volví y miré a Livvie. Estaba vistiendo una toga blanca que llegaba hasta el suelo. Su cabello estaba suelto y revuelto. Llevaba su collar de esclava en su garganta. Una ola de culpa abrumadora se cerró de golpe dentro de mí.

—¿Livvie? ¡No mires! —Miré hacia Rafiq. Su cuerpo había desaparecido. Solo quedaba una larga línea de sangre. Mis manos estaban cubiertas de sangre y suciedad. Me froté las manos en los muslos, pero la sangre no se limpiaba—. No mires —dije y estaba sollozando de nuevo—. No mires.

Los pasos de Livvie se aproximaban y pude sentir el peso de sus brazos mientras envolvía mis hombros. Su calidez descendió por mi espalda.



—Está bien, Amo. Sé por qué lo hiciste. No puedes evitar ser quién eres.

Me encorvé y su peso me siguió.

—No mires.

Hay momentos que definen nuestras vidas. En ese momento, la mayoría de los míos estaban definidos por las personas que había matado o esclavizado. Había hecho algo acerca de las esclavas. No podía volver atrás las muertes. Tampoco quería hacerlo. Sin embargo, mi subconsciente no estaba apaciguado por mi creencia en las muertes justificadas. Las disfrutaba quizás demasiado, me reprendía mi subconsciente. Estaba demasiado bien adaptado para ser alguien habituado a tal traición.

Desperté encontrándome el cuerpo de Livvie envuelto a mi alrededor. Su pecho estaba presionando mi espalda y sus brazos reposaban delicadamente contra mi pecho. Su cálido aliento rozaba sobre mi cuello. Sonreí para mí mismo. Con diferencia, cada momento con ella era mejor que el anterior.

El pánico persistía en mi pecho, pero estaba acostumbrándome a las pesadillas. Soy muy adaptable. Lo que encontré más terrorífico del sueño fue la voz en mi cabeza que decía que nunca dejaría marchar a Livvie. *Mía. Mía por siempre.*

Si estáis suspirando con satisfacción, o bien sois unas jodidas enfermas o no comprendéis la seriedad de la situación. Aunque ya no mate, sigo siendo un asesino. Un asesino enamorado es algo muy peligroso.

Reí suavemente porque Livvie me tenía en posición de cucharita.

—Mmm —suspiró. Sus dedos acariciaban mi pecho. Se presionó acercándose, sus labios encontrando mi cuello y dejó un beso somnoliento. Me estiré buscando su brazo y lo acaricié con mis dedos.

—¿Estás despierta? —susurré. No había forma de que pudiera volver a dormir. Mi pene estaba duro y Livvie era demasiado suave.

—No —gruñó ella. Yo reí estrepitosamente.

—Si no estás despierta no puedo tener tu coño como desayuno. —Se retorció detrás de mí. Su pie acarició mi pierna.

—Eso nunca te ha detenido antes. —Se onduló contra mí.

—¿Oh? —Sujeté su brazo y rodé hacia ella. Sus pechos se sentían calientes contra mi pecho desnudo. Era agradable junto con la sedosa sensación de sus muslos mientras deslizaba mi polla contra ellos—. ¿Te importaría si me sirvo a mí mismo entonces? —Se mordió el labio y trató de no sonreír. Estaba más que despierta, pero determinada a hacerse la dormida. Su labial se había descolorido pero el rojo se mantenía. Aparte del desordenado embrollo de su largo cabello, se parecía en cada ápice a la diosa de la noche anterior.



—Mmm, sí —murmuró.

—No estás engañando a nadie —susurré sobre su cuello. Ella no respondió.

Quitó mi propio cabello de mi cara. Livvie había estado jugando con él antes de que nos durmiéramos y no me había molestado en atarlo hacia atrás. Era molesto, pero viajaba con un pasaporte suizo y me ayudaba a parecerme como tal. A menudo viajaba con una tabla de snowboard aunque no tenía ni idea de cómo usarla.

Hundí mi cara en su cuello e inhalé. Su cabeza cayó a un lado, exponiendo su garganta hacia mí con una clara invitación. Debajo de mí, sus piernas estaban levemente abiertas. La cabeza de mi pene extrañaba su sedosa estrechez pero cedí frotándome contra las sábanas. Regresaría hacia su calor pronto, no había prisa. Me tomé mi tiempo besando la larga línea de su garganta. Gimió y se retorció contra mí. Su pie encontró los dorsos de mis rodillas y los frotó.

—Eso se siente bien —susurró.

—Shh, se supone que estás dormida y que yo me estoy aprovechando de ti. — Usé mi lengua para trazar su pezón hasta que fue un duro y pequeño guijarro.

—Bueno, ¿podrías tomar ventaja de mí un poco más rápido? —Sus brazos me apresaron a mí alrededor y me acercaron más. Su intención de que chupara sus pezones era obvia, pero la ignoré. Yo ya había hecho reservas en un restaurante diferente.

—No me hagas amordazarte —amenacé. No obtuve una respuesta verbal de su parte, tal vez un pequeño estremecimiento, pero estaba demasiado concentrado en lo que hacía como para notarlo. Besé y chupé mi camino hacia abajo por su pecho y brevemente me detuve a tentar sus pezones con la punta de mi lengua. Mantuve mi presión suave. No lamí ni chupé. Aguanté el aire para seguir provocándola mientras que continuaba descendiendo.

Las manos de Livvie encontraron su camino hacia mi cabello y agarró puñados de él. Decidí que debía cortarlo si ella iba a usarlo como asas improvisadas. Una vez más, no podía culparla. A mí también me encantaba agarrar su cabello. Decidí que hacérselo pagar sería más divertido (y nadie tenía que morir, lo cual era un extra).

Finalmente, decidí que si ella quería que mejorara el ritmo, lo haría. Ya había esperado demasiado maldito tiempo. Tomé sus manos y desenredé sus dedos de mi cabello.

—Pongamos estos en un lugar donde sea menos peligroso —susurré sobre su estómago tenso. Sosteniendo una mano sobre cada lado de sus caderas, las sujeté y descendí hasta su coño. Puse mi boca sobre ella sin vacilación.



—¡Caleb! —gritó. Presionó sus pies contra el colchón y empujó alejándose de mi boca. La sujeté hacia abajo por la cintura y continué mi asalto sobre su clitoris.

Gemí contra ella. Me encantaba la forma en la que se retorció bajo mi cara y la sentí alrededor volviéndose resbaladiza. Tracé el borde de sus labios internos con mi lengua. No paso mucho tiempo antes de que ella usara mi agarre sobre sus muñecas y sus pies en el colchón para elevarse a sí misma más cerca. Quería mi lengua en su interior... y yo lo haría, cuando estuviera bien y jodidamente preparado. Mientras tanto, disfruté su olor y su sabor. Algunos hombres no comen coños. Creo que esos hombres son maricas.

Succioné el clitoris de Livvie dentro de mi boca y lo lamí con fuerza. Fui recompensado con dolor cuando ella clavó sus uñas en mi cintura. Era bastante salvaje desde que nos reencontramos. Me había abofeteado, se había burlado de mí, me había amenazado con spray de pimienta, me había tirado del pelo, y entonces estoy lo suficientemente seguro de que me había hecho sangrar. No sabía qué hacer con eso, pero decidí combatir fuego con fuego. Apreté sus muñecas hasta que sus dedos se desplegaron y ella dejó escapar un gemido.

Dejé libres sus muñecas y me senté sobre mis talones. Las piernas de Livvie estaban abiertas totalmente, su pecho pesado con agitación, y su mojado coño suplicaba ser follado. Tampoco escapó a mi atención que ella no había movido sus manos. Pienso que eso debió excitarme más que cualquier otra cosa.

—Date la vuelta. Y levanta ese culo tan Sexy en el aire —dije tragando saliva.

—Sí, Caleb —rodó sobre su estómago y tomó una postura que reconocí inmediatamente. Yo se la había enseñado.

Sentía como si alguien hubiera acariciado mi polla y me hubiera golpeado en el pecho a la vez. ¿Estaba mal disfrutar de la vista? ¿Ella pensaba que no había cambiado? ¿Sabía que me arrepentía de haberla forzado alguna vez a seguir mis órdenes? ¿Por qué estaba tan malditamente excitado? ¿Era todavía el mismo hombre al que le daba morbo subyugarla?

No es el momento para dilemas éticos, gilipollas.

Sacudiéndome para librarme de mis pensamientos, desplacé una mano hasta la parte baja de la espalda de Livvie y sujeté mi pene con la otra. Alineé mi polla con su entrada mojada y empujé hacia su interior con fuerza hasta la mitad. Me retiré y volví a penetrarla otra vez. No me detuve hasta que mis caderas tocaron su culo. Livvie gritó y agarró las sábanas entre sus puños.

—¡Dios!

Pasé mi mano sobre su columna, presionándola hacia abajo. Me clavé en ella con mis caderas de nuevo contra su culo. Hubo pequeñas embestidas que nos



tuvieron a los dos en un frenesí de lujuria. Me incliné sobre ella y le susurré en el oído:

—¿Te gusta esto? —Gimoteó pero no respondió. Eso me enfureció. Yo era como una pantera que acabara de ver a un conejo escapándose. Pasé un brazo por debajo y agarré con mi mano una teta. Al tener su cara tan cerca disfruto de cada pequeño grito, gimoteo, gemido y suspiro mientras embisto contra ella cada vez más fuerte—. Te hice una pregunta ¿Te gusta?

Ella muerde su labio y sus ojos se aprietan al cerrarse. Debía estar disfrutando porque yo podía oír y sentir prácticamente lo mojada que estaba. Por alguna razón, se rehusaba a contestarme. Eso estaba comenzando a hacer un lío en mi cabeza. La noche anterior, le había dicho que la amaba y ella no había dicho ni una palabra. El patrón era desconcertante y decidí que si ella estaba tratando de cabrearme, lo estaba logrando.

Aleje mi peso de ella. Agarré sus caderas y ralenticé mi ritmo. Miré hacia abajo para verme a mí mismo deslizándome dentro y fuera de ella. Ciertamente, estaba completamente mojada. Su pequeño y apretado culo me llamaba. Sonreí malignamente mientras me preguntaba si mi siguiente movimiento podría hacerla hablar. Tracé delicadamente el contorno de su agujero con mi lengua. Sus caderas dieron un tirón, pero luego se calmó. Avancé hacia adelante suavemente y dejé que mi pulgar presionara abriéndose camino dentro de su culo.

—¿Qué tal esto, mascota? ¿Esto te hará hablar?

—Mmm.

—¿Sólo eso? ¿Eso es todo lo que voy a conseguir? —Me puse menos enojado. Le gustaba esto. Me deseaba. Quería las cosas que yo podía hacerle. Pero por alguna razón todavía desconocida para mí, no podía dejarlo ir y decirlo. *O tal vez le excitaba pretender que no lo hace.* Tuve que sacudir mi cabeza para alejar mis pensamientos. Era demasiado pensar sobre eso en aquel momento. Saqué mi pulgar y sujeté las caderas de Livvie. Fui hacia ella con fuerza mientras sentía sus espasmos y temblores alrededor de mi polla. Me corrí dentro otra vez y me derrumbé junto a ella en la cama.

—¡Dios, estoy hambrienta! Desearía tanto desayunar —murmuró Livvie dentro de las sábanas. Su frente estaba pegajosa con su cabello sudoroso. Me eché a reír.

—¡Puede hablar! —Empuje su cabello apartándolo de su frente y ella cerró sus ojos como si disfrutara de mi caricia. Qué extraña pareja hacíamos.

—Por un minuto no sabía si quería correrme o salir corriendo por una tortita. —Me sonrió—. Ciertamente sabes cómo sacarle todo a una chica.



—Hmm, también metí algunas cosas. —Guiñé un ojo—. Debemos salir del hotel en quince minutos. Podemos descansar después. —Sabía que eso no era un problema, pero aún así me gustaba hacer pasar a Livvie un mal rato.

—Mierda. Apenas da tiempo a tomar una ducha y sólo tengo la ropa que usé anoche. —Se dio la vuelta y refunfuñó mirando hacia el techo. Rodé sobre mi lado y me levanté sobre un codo.

—Podemos ir a mi apartamento. Está cerca.

—¿Cuán cerca?

Sonreí. —En la habitación contigua.

Sus ojos se agrandaron.

—¡Imbécil! —se rió—. Pensé que tenías una casa.

—La gente siempre dice “ven a mi casa”. Eso no significa que realmente vivan en una casa. Yo vivo en el hotel... pero no en esta habitación. No puedes culparme por ser astuto. Y... podemos pedir algo al servicio de habitaciones. —Sonreí ampliamente y esperé por su respuesta.

Gracias a Dios por las hormonas que sean que hacen a las mujeres tan agradables después de que las han follado bien, porque eso es todo lo que hizo falta para que consintiera. Y también... las tortitas.



Capítulo 4

Después de nuestras tortitas —y una cantidad obscena de sirope en algunas partes del cuerpo muy interesantes—, Livvie me informó de que tenía que ir a su apartamento y prepararse para el trabajo. No estaba muy feliz por eso, pero me decidí a ser cordial y permitirle cierta sensación de normalidad. Habíamos tenido mucho sexo y hablamos más de lo que quería hablar, pero aún así había un montón de cosas sin resolver entre nosotros. Tenía trabajo por delante con Livvie. Ni siquiera me dejó llevarla a casa.

—Puedo tomar un taxi a casa. Voy a estar apurada cuando llegue allí y me sentiría mal ignorándote —me sonrió mientras se ponía los zapatos—. ¿Te puedo llamar cuando llegue del trabajo? Será un poco antes de la medianoche, ya que es lunes.

Yo todavía estaba en la cama, desnudo. Esperaba que mi protesta silenciosa de ponerme la ropa después de nuestra ducha le inspirara a hacerme compañía, pero no funcionó. Todavía no había dicho nada de mi confesión. Me estaba poniendo más nervioso de lo que quería admitir.

—Todavía no entiendo por qué me estás dejando. Sabes que no haré nada bueno sin ti.

Me sonrió de nuevo y caminó hacia la cama. Se inclinó y me besó en la mejilla.

—Confío en ti. —Se alejó antes de que pudiera arrastrarla de vuelta a la cama.

—No llevas ropa interior —bromeé. Lo último que quería era que se metiera en problemas con algún taxista.

—Creo que las probabilidades de ser secuestrada dos veces en la vida son bastante escasas. ¿Tú no? —Su tono estaba destinado a transmitir el sarcasmo, pero había un borde en sus palabras que olía a resentimiento.

Me obligué a sonreír cuando lo único que quería hacer era decirle que ya me había cansado de recibir su mierda. Sabía que me lo merecía. Me merecía mucho más de lo que me estaba dando. No está en mi naturaleza dejar que la gente me golpee mientras ya estoy en el suelo.

—Supongo que tienes razón. Estaré aquí cuando llames. —Me levanté de la cama, la besé en la parte superior de la cabeza, y me dirigí al baño a echar una meada. Oí la puerta cerrarse.



Traté de mantener mi mente lejos de Livvie manteniéndome ocupado. Leí un libro. Devolví el Lamborghini. Comí. Busqué por las noticias locales e internacionales. A pesar de mis intenciones, no pasó mucho tiempo antes de que mis pensamientos se desviaran hacia Livvie otra vez.

Pensé en la noche anterior y en su salida precipitada por la mañana. Un grupo de pensamientos me hicieron sonreír y el otro me tenían en alerta máxima.

El apartamento de Livvie estaba cerca de su facultad. Investigué el campus y el vecindario. La delincuencia era relativamente baja. Internet no era hervidero de historias de asalto sexual en su universidad. Sin embargo, dudaba que la universidad estuviera dispuesta a ofrecer dicha información. Hice una nota mental de investigar por mí mismo en otro momento. Livvie tenía tendencia a confiar demasiado fácilmente.

Ya había hecho mi debida diligencia e investigado a sus vecinos. El hombre al otro lado del pasillo de Livvie había sido arrestado por violencia doméstica el año anterior, pero no había tenido problemas desde entonces. Había estado viviendo con una estudiante en aquel momento. Mantendría una estrecha vigilancia sobre él también.

Me duché alrededor de las diez y media.

Hice traer champán una hora más tarde.

A medianoche, esperaba que el teléfono sonara en cualquier momento.

Con cada minuto que pasaba, me di cuenta de que el vacío dentro de mí estaba sano y salvo. Estaba floreciendo. Le gustaba un nuevo tipo de miseria, de esperanza. Hacía mucho tiempo que no me había permitido tal emoción. El vacío se alimentaba de ella mientras viejos recuerdos me recordaban lo peligroso que podía ser. La esperanza y el miedo son diferentes caras de la misma moneda. Pasé de perder a Livvie a esperar que pudiera ser el hombre que ella quería. No sabía qué era peor.

Había pasado por todo tipo de escenarios en mi mente antes de contactar con Livvie. Sin embargo, su comportamiento pasivo-agresivo hacia mí no era uno de ellos. Mi mente está mucho más orientada a solucionar problemas. *¿Estás molesta conmigo? Grítame. Pégame un puñetazo si es lo que te apetece. Por favor, no me sonrías dulcemente, actuando como si nada estuviera mal y dejándome desilusionado después. Y antes de que digáis nada, sí, me doy cuenta de lo jodidamente irónica que son mis palabras.* He jugado mi buena parte de juegos mentales con Livvie. Eso no significa que me guste estar al otro lado. A ningún hombre le gusta.

Tomé un taxi a su apartamento. Había una pared de botones y un panel con altavoz a las afueras de la puerta. Pasé el dedo por una columna de botones



hasta que alguien me dejó entrar. Ignoré los insultos atontados que venían a través del altavoz. Me propuse ignorar el botón marcado con “S. Cole”.

El ascensor hasta el quinto piso se movía a un ritmo glacial. Los pensamientos se agolpaban en mi mente, cada uno bombardeándome con diferentes emociones. En el tiempo que había tomado para llegar al piso de Livvie, había cambiado de opinión acerca de qué decir o hacer una docena de veces.

Podría darme la vuelta, cambiar de hotel y dejar que se preguntara a dónde diablos había ido. Podría golpear su puerta y hacer una escena en el vestíbulo. Podría abrirme paso por delante de ella cuando abriera la puerta y negarme a irme hasta que me diera respuestas. Podría decirle que se fuera a la mierda y luego marcharme.

Podría.

No lo haría.

Respiré hondo y llamé. Mi corazón latía con un ritmo entrecortado y mis respiraciones llenaron el vacío. Había participado en buena parte de situaciones peligrosas, pero pocas tenían la capacidad de afectarme tanto físicamente.

Después de unos segundos, la puerta se abrió. Una pequeña cadena impedía que se abriera completamente. La cara llena de lágrimas de Livvie me miró a través de la brecha. Mi enfado se evaporó y el miedo floreció.

—¿Estás bien? No llamaste.

Livvie desvió la mirada y me cerró la puerta en las narices. Oí que se ocupaba de la cadena justo antes de que la puerta volviera a abrirse y me hizo señas para que entrara. Me acerqué lentamente y con cuidado. Mientras dejaba que mis ojos vagaran en torno a su apartamento, me di cuenta de que nunca había entrado en el mundo de Livvie. No conozco todas sus diferentes caras. Había un sofá azul y una mesa de café con forma de salpicadura. Margaritas naranjas de plástico sobresalían de un vaso lleno de canicas transparentes. Carteles enmarcados adornaban sus paredes: *Entrevista con el vampiro*, *El Cuervo*, *La red social*, *Inception*, un cartel de cuatro discos de diferentes colores, y un hombre medio desnudo cuyas virtudes eran comparadas con chocolate.

Me sentía visiblemente fuera de lugar. Livvie era joven. Se preocupaba por las películas, la música y los chicos. Prefiere los colores brillantes. Sonreí cuando vi su PlayStation. Un conjunto de baquetas, un micrófono y una guitarra de plástico estaban apoyados contra la base del televisor. Me pregunté si a Livvie le gustaba cantar o si prefería uno de los instrumentos. Me pregunté con quién jugaba y decidí que la pareja con la que estaba siempre parecía la más probable. Ellos la conocían de una manera que yo no. Me ponía celoso.



—Lo siento —dijo Livvie mientras caminaba hacia una puerta lateral. Llevaba una bata rosa con ositos de peluche en ella. Yo nunca habría elegido un atuendo como ese para ella. La seguí a su balcón y la vi encender un cigarrillo—. Salí del trabajo tarde y pensé que probablemente estabas dormido. —Respiró hondo y dejó que el humo saliera suavemente, el signo de un fumador experimentado.

—¿Cuánto tiempo llevas fumando? —pregunté. No me había dado cuenta de su hábito de fumar durante el curso de mi vigilancia. Sonrió y se burló con sarcasmo.

—¿Me vas a lanzar mierda por eso?

—No. Todos tenemos nuestros malos hábitos. —Haría algo sobre lo de fumar, pero no había necesidad de entrar en ello en ese momento. Volvió la cabeza hacia mí y me dio una sonrisa.

—No todos mis hábitos son malos.

Sonreí a pesar de mi inquietud.

—Hay algunos con los que estoy muy encariñado —le cité. Me acerqué y aparté el pelo de su frente. Me gustaba tocarla. Me gustaba recordarme a mí mismo que estaba viva. Para mi alivio, cerró los ojos y disfrutó de mi caricia.

—Sólo lo hago cuando estoy estresada. Empecé después de salir del hospital. No había fumado uno en meses. —Se dio la vuelta y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que no llamaste? —Mi miedo aumentó—. ¿Tú... cambiaste de opinión? ¿Sobre nosotros?

Me miró por encima del hombro antes de perder deliberadamente su mirada en la noche. Dio dos caladas más de su cigarrillo.

—No sé qué es *nosotros*.

Mis ojos estaban ardiendo. El humo, tal vez.

—Podría ser cualquier cosa que quieras que sea, Livvie. O podría no ser nada. Todo depende de ti. —Supe en el momento en que las palabras salieron de mi boca que eran una mentira. Ella frunció el ceño.

—No, Caleb, no es tan simple. Ha pasado un año. ¡Un puto año! Nunca me diste la oportunidad de estar enfadada contigo. Desapareciste y me dejaste preocuparme de que tal vez estuvieras muerto. Tuve al FBI detrás de mi culo y todo el tiempo —todo el tiempo— te defendí. Defendí lo que me hiciste, porque te amaba y tú habías arriesgado todo para salvarme. Y ahora vuelves a mi vida. —Se secó las lágrimas de sus mejillas—. Y maldita sea, no puedo soportar la idea de estar sin ti otra vez. Pero también está toda esta otra mierda. Todas las cosas que nunca me dejé sentir porque no quería admitir que quizá Reed y Sloan tenían razón. Tal vez no puedo amarte.



La adrenalina corría por mis venas mientras mis emociones latentes e infrautilizadas eran abordadas.

—Por favor —me oí susurrar. Ni siquiera sabía lo que estaba pidiendo. Tal vez era solamente que quería que dejara de decir esas cosas. Sus palabras me hieren. Me hieren más de lo que pensé que me podría afectar. Me hieren tanto como el recuerdo de los ojos de Rafiq muriendo. Mis propias palabras me burlaban.

Creo que fue realmente lindo cuando dijiste que me amabas.

Livvie, en su infinita capacidad para la compasión, apagó el cigarrillo y envolvió sus brazos alrededor de mi cintura. Tomé el salvavidas que me ofrecía y la sostuve en mis brazos. Puede que la hubiera apretado demasiado fuerte. No quería dejarla ir. No podía.

—Caleb —jadeó. Aflojé mi abrazo, pero no la dejé ir—. No quiero que desaparezcas otra vez. Por favor, prométeme que no lo harás.

Busqué a tientas mi voz y tuve que aclararme la garganta antes de que pudiera hablar.

—Lo prometo, Livvie. Pero yo... yo no sé qué hacer. Nunca he estado aquí antes.

—Yo tampoco, Caleb. Y estamos seriamente más jodidos que cualquier otra persona que conozca. —Se echó a reír con aire taciturno—. Pero tienes que darme tiempo. Tienes que dejarme estar enojada contigo. Tienes que prometerme que no importa lo que diga o haga, me perdonarás. Tienes que esperar por mí, dejarlo ir.

Tantas emociones y yo no podía dejarlas salir. Me decidí por decir lo obvio.

—Livvie, te perdono todo lo que te dé la gana. No necesitas mi perdón, nunca tienes que pedirlo. Es tuyo, Livvie. Todo lo que es mío para dar ya es tuyo. —Puse mis dedos en su pelo e incliné su rostro arriba hacia el mío. Sus labios estaban salados de lágrimas, su boca sabía a humo, pero más allá de eso estaba sólo Livvie. Necesitaba a Livvie.

En mi mejor interpretación de todas las películas de superhéroes que jamás había visto —y no había visto muchas en ese momento—, levanté a Livvie en mis brazos y la llevé dentro. Ella amablemente me dio indicaciones a su dormitorio. Hicimos el amor sobre sus sábanas de color amarillo pastel en medio de una cantidad ridícula de cojines.

* * * *

Más tarde, después de que habíamos terminado de tener sexo, Livvie me metió en una conversación. Me recordó a México. Siempre habíamos sido mejores en la oscuridad. Os voy a ahorrar y, sin duda, a mí mismo la agonía de los detalles de lo que sucedió después de que terminamos de hacer el amor. Ya sabéis lo que Livvie pasó. Sabéis la verdad sobre mi pasado. Después de esa noche, yo también lo sabía.

Aprendí que mi nombre había sido James Cole. Había nacido de una estadounidense llamada Elizabeth Cole y un hombre conocido sólo como Vlad. Tenía cinco años cuando había sido secuestrado y enviado a vivir como prostituto. Mi madre se suicidó cuando yo tenía doce años. No podía dejar de darme cuenta de que había sido tomado bajo el cuidado de Rafiq al mismo tiempo. Me pregunté si sabía que mi madre había muerto cuando decidió "rescatarme".

No podía recordar la cara de ella. Siempre recordaría a Rafiq. Mientras tanto, una voz me atosigaba: *Vladek es tu padre. Tu padre todavía está vivo.*

—¿Estás bien? —susurró Livvie contra mi cuello. Podía sentir sus lágrimas goteando sobre mí. Podía sentir su brazo envuelto con fuerza alrededor de mi pecho. Podía sentir su corazón latiendo contra mis costillas.

Sentí. Sentía y era horrible.

La atraje hacia mí y pasé los dedos por la parte baja de su espalda, llevando el consuelo que pude encontrar en tenerla cerca de mí. Ella estaba viva. Yo estaba vivo. Estábamos juntos. Traté de concentrarme en eso.

—No, Gatita. No estoy bien —le susurré—. No sé cuánto tiempo me va a llevar estar bien. Sólo sé que mientras estés conmigo, hay una posibilidad de que algún día... lo esté.

Me apretó. Tanto estaba atrapado dentro de mí, y su amor —o lo que fuera que sentía por mí—, amenazaba con persuadirme de sacarlo. Luché por mantener todo en el interior, donde podría controlarlo y nadie podía usarlo en mi contra. Mi vida estaba jodida. Siempre lo había estado. No tenía sentido insistir en cosas que no podía controlar o cambiar. Mi madre estaba muerta. Rafiq estaba muerto. Livvie y yo estábamos vivos. Fin de la jodida fiesta de autocompasión.

—Lo siento mucho, Caleb —sollozó. Cerré los ojos parpadeando para alejar el ardor y escozor—. No fue tu culpa.

Tragué saliva.

—Me gustaría que fuera verdad. Una vez, pudo haber sido, pero eso dejó de ser cierto hace mucho tiempo. Hice lo que hice, Livvie. Fue mi culpa. —Nos quedamos en silencio por un minuto mientras las palabras se establecieron.



Había algo que necesitaba saber—. Livvie, ¿por qué cambiaste tu apellido a Cole? ¿Fue por James? ¿O... por mí?

—Caleb, sé quién eres. No importa como te llame siempre y cuando sea lo que quieres —suspiró—. Lo hice porque... —Se movió incómoda.

—Me amabas. —Cerré los ojos—. Confía en mí: no he dejado de captar el tiempo pasado. Lo entiendo. —No lo entendía.

—Caleb, no es... —susurró, y apretó más—. Es sólo que... lo que dijiste sobre el cambio. Estamos cambiando. Los dos somos diferentes, y hasta que no sepamos lo que eso significa, no creo que...

—No quiero hablar de eso, Livvie. Sólo quiero estar aquí. Ahora mismo. Contigo. A la mierda el resto, porque no me importa. Si hay algo más que necesites decirme, por favor hazlo ahora. Vamos a acabar de una vez y mañana podemos empezar de nuevo. Quiero volver a empezar, Livvie. ¿Podemos hacer eso? —Seguí acariciando su espalda. Me mantenía conectado a la tierra.

—Me gustaría eso. Pero ¿qué vamos a decirle a la gente? No podemos decir la verdad, y no puedo dejar mi vida atrás otra vez, Caleb.

—¿Qué pasa con el FBI? ¿Siguen vigilándote? —Tuve un flash momentáneo de rabia mientras imaginaba encontrarme cara a cara con el agente Reed. Me gustaría golpear su rostro contra el suelo. ¡En tiempo presente!

—Se supone que debo reunirme con Reed el jueves. Sé que no te gusta. Diablos, no estoy segura de que *a mí* me guste. —Podía oír la sonrisa en su voz y eso me irritó. Ella lo había comparado conmigo demasiadas veces—. Pero es un buen tipo. Quería ver cómo estaba desde que le dije que me sentía como si alguien me observara. Aparte de él y Sloan, no trato con el FBI. No tengo nada que quieran. —Me dio un codazo en las costillas. Suspiré.

—Bueno, no lo *tenías*. Ahora sí. Con un poco de suerte podrás deshacerte de Reed fácilmente. Dile que tienes un admirador secreto de la facultad o algo así. Estoy seguro de que lo tienes de todos modos. Si le dices que no hay nada para que él examine, será sospechoso. —Una voz en mi cabeza me preguntó si podría conseguir deshacerme de él para siempre. Con calma la ignoré. Estaba decidido a ser alguien diferente. No quería ser un asesino nunca más.

—Está bien, pero ¿qué pasa con las otras cosas?

—Cada cosa a su tiempo, Livvie. No estoy listo para empezar a explicar nuestra relación más de lo que lo estás tú. Vamos a tomarnos nuestro tiempo para aparecer con nuestra historia.

Se apoyó sobre un codo y se inclinó para besar mi pecho. Limpió la humedad que había dejado en mi hombro.



—Juro que he llorado más en los últimos dos días de lo que he lo hecho en el último año —sonrió—. Creo que he terminado ahora. Realmente no quería tener que decirte todas estas cosas. Se rompió mi maldito corazón cuando tuve que escucharlo de Reed, pero tienes derecho a saber sobre tu pasado. —Su mirada viajó desde mis ojos a mi pecho. Me acarició casualmente con los dedos—. La forma en que lucías ese día... él no era digno de tu pesar.

Puse mi mano sobre la suya y me aclaré la garganta.

—Se acabó. No quiero hablar de eso.

Su expresión se tornó melancólica juguetona.

—Si me hubieras encontrado antes, podríamos haber celebrado tu cumpleaños. Encendí una vela por ti el mes pasado. Tuve que comerme el pastel yo misma. —Ella sonrió. Sus palabras eran extrañas para mí, pero me reí también.

—¿Qué clase de pastel?

—Chocolate alemán. Estaba taaaan bueno —gruñó. Sonreí, y al final fue realmente genuina.

—Bueno, mejor así. No como mucho pastel.

—¡Yo sí! Por otra parte, soy ocho años más joven que tú y mi metabolismo puede manejarlo. Tú tienes que vigilar tu hermosa figura. —Su mano se movió, bajando por mi pecho y frotó mi abdomen.

—Creo que lo hago bien —le dije. No era tímido sobre mi cuerpo. No tenía ninguna razón para serlo—. Aunque es tan raro tener un cumpleaños. ¿Crees que me veo como alguien de veintisiete años?

Su sonrisa era coqueta.

—Creo que te ves... ¡delicioso! —Su mano viajó aún más por mi abdomen hasta que rozó mi polla con sus dedos.

—Delicioso, ¿eh? Eso es nuevo. Estaba pensando viril o la personificación masculina de la perfección.

Se echó a reír a carcajadas. Su risa era contagiosa. Me encantaba la forma en que estaba un poco demasiado fuerte como para ser digna de una dama.

—Oh, Caleb. También eres esas cosas. ¿Pero ahora mismo? Estoy más interesada en tu sabor.

Se deslizó hacia abajo en la cama y tomó mi polla en su mano.

—Oh! Bueno, en ese caso... saborea. Si tienes más tarta, estaría encantado de proporcionar el glaseado. —Arrugó la nariz y me reí.



Me recosté y dejé que Livvie succionara algo más que mi mente.



Capítulo 5

El encuentro de Livvie con Reed salió bien. Aunque él no era un idiota, Livvie me lo contó. Quiso estar cerca un par de días para asegurarse que estaba a salvo. No me gustaba. Sospechaba que su visita tendía más que ver con descubrir secretos que con mantener segura a Livvie.

Habló con los amigos de Livvie, con sus compañeros de trabajo, incluso con el chico del restaurante al que a Livvie le gustaba ir. Estuvo bien que yo le hubiera pagado a alguien para que le entregara mi nota al camarero. Si le hubieran dado mi descripción a Reed, nos habría jodido bastante. Tuve que tener una gran fuerza de voluntad para alejarme de él. Sé que hay ciertas cosas que Livvie no perdonaría.

Livvie y yo no tuvimos ningún contacto durante la visita de Reed. Descubrí más pesadillas y un nivel de aburrimiento que nunca había experimentado antes en mi vida. Estoy agradecido por internet hasta que no pude resistir a realizar una búsqueda de "*Niño perdido + James Cole*".

Había un par de resultados, pero nada que me llamara la atención. Fui secuestrado antes de que Internet se hiciera algo de uso común, antes de Twitter y Facebook, y de los noticieros de 24 horas. En ese tiempo los cartones de leche y los anuncios publicitarios eran lo mejor que las personas podían hacer. James Cole nunca tuvo una oportunidad.

Esa noche soñé que estaba atrapado en el cuerpo de un niño. Estaba con Narweh de nuevo y mi fuerza no significaba nada. Se reía de mí. No me conecté durante una semana.

Nunca me gusta cuando sueño. Por lo general son sobre las cosas en las que prefiero no pensar. Cuando era un chico joven y trabajaba en el burdel, nunca soñaba. Al menos, no que yo recuerde. Había mañanas en que me despertaba y tenía nuevas e interesantes maneras de asesinar a Narweh cuando llegara el momento, pero nunca las atribuí a mis sueños.

Los primeros sueños que recuerdo comenzaron cuando Rafiq me llevó a vivir con él. La incertidumbre por mi nuevo destino tenía la tendencia a asustarme. Nunca me he sentido cómodo compartiendo mis sentimientos, especialmente mis dudas, miedos, esperanzas y deseos. Ellos son los que me hacen vulnerable y eso es lo que más odio. Una vez que Rafiq se hubo ganado mi confianza, una vez que él me hubo dado un destino y un propósito, ya no soñé tanto.



Los sueños surgieron de nuevo en las semanas siguientes al secuestro de Livvie. Los aparté en ese tiempo. Sabía que estaba en conflicto sobre muchas cosas: Mi deseo de seguir adelante con mi vida. Mi confusión acerca de Rafiq y el aumento de su secretismo. La sensación persistente de duda sobre el secuestro de Livvie. El miedo de que me estuviera convirtiendo en Narweh. Los sueños aumentaron aún más los sentimientos que había comenzado a desarrollar por Livvie. Entonces lo había negado. Ahora lo veo.

Las pesadillas que tuve después de que abandoné a Livvie en la frontera de México con Estados Unidos, fueron algunas de las peores que he tenido. Si sabéis algo acerca de mí —y hemos establecido que sí—, entonces tal vez podáis imaginar los horrores que tuve que presenciar. La verdad es que no dejo que estas cosas, los horrores de mi pasado, me arrastren consigo. Por el contrario: durante tanto tiempo, me alimentaron. Considerando lo que he pasado, muchas veces creo que estoy bastante bien adaptado. Puedo manejar cualquier cosa que el mundo me lance, pero para alguien que planifica sus movimientos antes de tiempo, la incertidumbre sobre el futuro me deja perturbado como ninguna otra cosa.

Pensé que encontrar a Livvie me daría seguridad, pero estoy aprendiendo que la felicidad también presenta nuevas maneras de sufrir. La miseria la entiendo. La felicidad es aterradora.

Además, las palabras de Livvie "*otra mierda*" comenzaron a tener significado para mí. Por primera vez en mi vida no tenía nada que hacer. Nadie tenía expectativas sobre mí. Tenía el dinero suficiente para hacer cualquier cosa e ir a cualquier parte, pero no tenía ni idea de lo que quería hacer o dónde quería ir. Tenía las manos ociosas. Mi mente, como en el proverbio, estaba posiblemente en el patio de juegos del Diablo³. Parecía como si todo lo que había mantenido escondido en los oscuros recovecos de mi mente se estuviera escapando de mi conciencia.

Respiré profundamente de alivio cuando Reed dejó España y Livvie finalmente pudo regresar a mí. Todavía tenía pesadillas, pero despertar al lado de su cálido cuerpo me hacía calmar la ansiedad.

* * * *

Era octubre y el clima se estaba volviendo impredecible. En algunas noches era la excusa perfecta para pasar horas en la cama. Livvie y yo follábamos como conejos —y también como otros animales.

³ **Una mente vacía está en el patio de juegos del Diablo:** es un proverbio, basado en múltiples citas de la Biblia, que dice que una mente que se mantiene ociosa y sin nada que hacer, sólo maquina cosas malas.



Aunque la presencia de Livvie me traía consuelo después de una pesadilla, odiaba lo débil que me hacía sentir aceptarlo. En vez de eso, me quedaba despierto después que Livvie se fuera a dormir. Dormía mientras ella estaba fuera viviendo la vida. Yo aún tenía los sueños, pero no despertaba en la oscuridad.

Con todo, las cosas estaban bien. Aparte de los sueños, no tenía nada de qué quejarme. Sin embargo, estaría mintiendo si os dijera que no estaba empezando a sentirme un poco inquieto. Livvie tenía un trabajo, iba a la universidad y tenía amigos. Yo no tenía ninguna de esas cosas. Confiad en mí, no estaba sufriendo por eso. No envidiaba esas cosas. Era simplemente que se estaba volviendo obvio que mi vida era completamente diferente de lo que había sido. ¿Qué hace un ex secuestrador/asesino en su jubilación?

Después de tres semanas de manos ociosas, me decidí a comprar un coche. Compré un BMW Serie 5. No es tan Sexy como el Lamborghini, pero sirve para mis propósitos. Podría hacer largos viajes y evitar la estéril habitación del hotel. Incluso cuando estaba fuera, me mantenía reservado. Después de haber decidido que iba a estar en Barcelona por tiempo indefinido, no necesitaba ni quería llamar innecesariamente la atención hacia mí mismo. Era un gran riesgo simplemente estar con Livvie.

No pasó mucho tiempo hasta que los amigos de Livvie se dieron cuenta de que algo había cambiado. Ella prácticamente los abandonó durante las tres primeras semanas. Trabajaba tres noches a la semana y asistía a la facultad de lunes a jueves. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre conmigo.

—Entonces —Livvie comenzó cuando nos sentamos a comer lo que el servicio de habitaciones nos había traído—. ¿Recuerdas cuando dijimos que nos tomaríamos cada cosa a su tiempo y que averiguaríamos lo que íbamos a decir a la gente cuando llegara el momento? —Mordió un trozo de espárrago. Me tragué el trozo de carne que tenía en la boca sin masticar.

—Sí.

—Bueno, creo que deberíamos empezar a hablar sobre eso. Claudia y Rubi están empezando a quejarse de la cantidad de tiempo que *no* estoy pasando con ellos.
—Me sonrió.

Mastiqué un pedazo de brócoli como si me debiera dinero.

—¿Por qué les importa? Eres adulta. No necesitas su permiso para verme.

—Caleb —me advirtió—. Son mis amigos. Han estado ahí para mí. Si quieres estar en mi vida, vas a tener que encontrar una manera de conocerlos. No puedo seguir viniendo aquí todas las noches. Es agotador. ¡Tengo una vida!



—¿Y no eres afortunada? Bien por ti. —Metí comida en mi boca y evité sus ojos. No sabía por qué estaba tan enfadado. Ella me había dado un argumento perfectamente válido y yo me había cagado en él. Su sonrisa desapareció rápidamente.

—¿Sabes qué? ¿Qué te parece si dejo mi trabajo? —dijo bruscamente.

Levanté la vista de mi plato. *Ya estamos...*

—Livvie...

—¡No! —Estaba en racha. Sus ojos gritaban con locura—. ¡Es perfecto! Voy a dejar la universidad y a sacar a mis amigos fuera de mi vida. ¡Luego puedes tenerme solo para ti! Puedes mantenerme en tu pequeño cuarto oscuro y follarme hasta volverme estúpida. Puedes *poseerme*. Es eso lo que quieres, ¿no es así?

Mi rabia era un monstruo vivo y que respiraba en mi interior y se alimentaba con cada palabra que había dicho. No tenía duda de que había estado esperando para decirme esas palabras desde la noche en que habíamos hablado en su balcón. ¿Esas palabras me herían? Sí. Pero también me excitaban. Mi polla estaba dura y un familiar zumbido me latía en los oídos. Quería una pelea. *Necesitaba* una pelea. Estaba enfermo y cansado de actuar como alguien agradable. ¡YO NO SOY AGRADABLE!

Mastiqué mi comida lentamente y con una sonrisa en mi cara. Mire a Livvie de cerca. Estaba tratando de no romperse bajo la presión de mi silencio. Livvie no podía manejarlo —todavía no puede hacerlo. Podía oír su respiración. Sus ojos se entrecerraron hacia mi cara. Si hubiera sido un chiquillo de su edad, podría haberme preocupado por mi seguridad. Pero yo había visto el miedo, y Livvie simplemente no se ajustaba al perfil. Era demasiado dulce, demasiado Sexy.

—¿No me vas a dar una jodida respuesta? —se estaba burlando de mí y disfrutándolo. Su pecho subía y bajaba ganando velocidad. Podía distinguir las puntas de sus pezones a través de su camisa.

Tragué mi comida y tomé un sorbo de mi copa de vino. Había echado de menos la familiaridad con la que empujaba los botones de Livvie. No quería hacerle daño. Me prometí no hacerle daño de nuevo. Pero eso no significaba que tuviera que convertirme en un pusilánime.

—¿Quieres una respuesta, Gatita? —El miedo cruzó justo por detrás de su mirada furiosa. Se estremeció antes de que pudiera evitarlo. Tomé la servilleta de mi regazo y la puse sobre la mesa. Livvie me miraba fijamente—. Aquí está mi respuesta.



Deslicé mi brazo por toda la mesa. Nuestros platos, vasos y cubiertos se estrellaron en el suelo. Me puse de pie, justo a tiempo para atrapar el brazo de Livvie, que había saltado de su silla y corría hacia la puerta.

—¡Caleb, no! —gritó. Puse mi mano sobre su boca y la levanté con un brazo. Sus piernas me pateaban con saña. Sus dientes mordieron mi mano. Sus uñas se clavaron en la carne de mi brazo. El dolor sólo me estimuló.

Presioné su cuerpo contra la pared hasta que apenas podía moverse. Se retorció contra mí. Podéis odiarme por esto, pero me encantó cada segundo. De todas formas, sabía que no iba a hacerle daño, no de verdad. Una vez que la tuve inmovilizada, le susurré al oído.

—¿No crees que si eso fuera lo que quisiera, simplemente lo haría? —gimoteó—. Sería más fácil para mí. Serías mía de todas las formas posibles. —Froté mi polla entre las mejillas de su culo. Casi me corro en los pantalones cuando ella gimió. Luchaba, pero apenas se estaba esforzando.

—Podría mantenerte encadenada a la cama. Te follaría cada noche y nunca dejaría que te corrieras. Sólo las buenas chicas pueden correrse, Gatita. ¿Serás una buena chica para mí? —Aparté mi mano de su boca y alisé su pelo hacia atrás para poder ver el lado de su cara.

—Que te jodan. Déjame ir —jadeó. Su tono de voz era serio, pero su lenguaje corporal decía otra historia. Se movió contra mi polla.

Estábamos en un terreno peligroso. Sabía que la situación podría estallarme en la cara, pero la emoción era demasiado fuerte. No me pude resistir. La apreté más fuerte contra la pared, hasta que se quedó sin aliento. Planté besos suaves en su cuello.

—Te dejaré ir si no estás mojada —susurré en su oído.

No se movió. No dijo nada.

—¿Qué, no respondes? ¿Debería comprobarlo? —Mi corazón latía con fuerza. Tenía miedo de ir demasiado lejos. Tenía miedo de saber que *ya* hubiera ido demasiado lejos y que no supiera cómo regresar—. Dime que pare y lo haré. Dime que no quieres que tire de tus medias hacia abajo y te folle contra esta pared. Recuérdame la terrible persona que soy. Dime que soy un enfermo hijo de puta y que quieres sacarme de tu vida para siempre.

Livvie cerró fuertemente los ojos. Su labio temblaba, pero no lloró.

Me suavizo hacia ella. No quería hacerle daño. La amaba. No sabía cómo hacer las cosas como la gente normal. No sabía cómo decirle lo asustado que estaba. Apoyé mi frente en la parte trasera de su cuello y lo intenté.

—Dime que no te merezco. Dime todas las cosas que ya sé.



—Caleb... —mi nombre era un sonido desgarrador proveniente de sus labios. Me preparé para lo peor y comencé a alejarme. Las manos de Livvie se apoderaron de mi antebrazo y me sujetó en el lugar—. Fóllame.

No hubo tiempo para pensar. Reaccioné. Levanté su falda hasta la cintura. Bajé sus bragas y medias hasta las rodillas. Ella se quedó sin aliento. Sus manos golpearon la pared buscando mantener el equilibrio. Fueron sólo unos pocos segundos antes de que mis pantalones bajaran hasta los tobillos. Me sumergí dentro Livvie rápido y duro.

Estaba húmeda. Estaba húmeda y caliente y el jodido cielo se envolvió a mí alrededor. No quería abandonar jamás la seguridad de su cuerpo. Mientras estuviera dentro de ella, era mía. Nadie podría quitármela. Yo no podía arruinar las cosas entre nosotros.

Golpeé fuerte dentro de ella. Puse mis manos alrededor de sus muñecas y la follé contra la pared. Prácticamente levanté su cuerpo con cada embestida... y me humillé.

—Lo siento, Livvie. Lo siento. Perdóname. Perdóname. —Y seguí follándola.

Después, Livvie se fue a toda prisa. Estuve tentado a detenerla, pero no lo hice. Sentí que le había hecho suficiente daño para una noche. Dejé todos los platos rotos en el suelo y me fui a tomar una ducha con agua muy caliente, hirviendo. Me negué a dormir esa noche.

Temprano en la mañana siguiente, Livvie me llamó.

—¡Hola tú! —podía oír la sonrisa en su voz. Tenía una ligera sospecha, pero con cautela acepté que podía ser que no estuviera enojada por lo sucedido la noche anterior.

Me froté los ojos. Estaba exhausto.

—Hola.

—Sólo quería hacerte saber que tengo trabajo después de clases, pero mañana estoy libre. Así que me puedo quedar esta noche, y mañana pensé que podríamos ir a ver una película. Quiero ver *Let Me In*.⁴

Me senté apoyándome contra el cabecero.

—Um... bien. —Había estado esperando enojo por su parte. Tal vez incluso excusas de que no podría verme por un tiempo. Decidí que era mejor aceptar su oferta que cuestionar sus motivos—. ¿De qué se trata?

⁴ **Let Me In** (Déjame entrar) película estadounidense de cine romántico de terror del año 2010. Está basada en la película sueca *Let the Right One In* (*Låt den rätte komma in*) y en la novela homónima escrita por John Ajvide Lindqvist.



—Es una especie de película de terror, pero no realmente. Me gustó mucho la versión sueca llamada *Let the Right One In*⁵, pero tengo curiosidad por ver lo que hizo el director.

Sonreí. Recordé todos los posters de películas que había en su apartamento.

—Por supuesto, Livvie. Podemos hacer eso.

—¿No hay nombres de mascotas hoy? —bromeó.

—Pensé que no te gustaban.

Silencio desde su lado de la línea. Y luego en voz muy baja:

—Me gustó mucho anoche.

Mi polla se movió.

—Es bueno saberlo.

—Sí, bueno... solo no te hagas muchas ideas. No puedes resolver todo con el sexo, Caleb.

Un hormigueo de vergüenza floreció en mi pecho.

—Trataré de recordarlo.

—Bien. Nos vemos esta noche, Sexy.

Me eché a reír.

—¿Ese es nombre de mascota? Lo odio.

—Trataré de recordarlo.

Colgué el teléfono y me fui directo a dormir. Ni siquiera soñé.

⁵ **Låt den rätte komma in** o Déjame entrar (publicitada como: *Déjame entrar* en España y México y *Criatura de la noche* en otros países de Hispanoamérica) es una película sueca de horror y romance dirigida por Tomas Alfredson. Está basada en la novela del mismo título de John Ajvide Lindqvist, que también escribió el guion de la película.

Capítulo 6

A Livvie le gustaba ver un montón de películas y leer un montón de libros. A menudo se lamentaba de no ser capaz de leer tan a menudo como le gustaría porque su vida estaba muy ocupada entre el trabajo, las clases y dividir su tiempo libre entre sus amigos y yo. Yo a menudo cambiaba el tema cuando lo sacaba a relucir lo más mínimo. Sabía que quería que los conociera. Sin embargo, la idea de rodearme con los típicos veinteañeros era menos que apetecible. No tenía nada en común con la mayoría de la gente y menos con aquellos que nunca habían disparado a una persona a quemarropa. ¡Al menos Livvie y yo teníamos eso en común!

—Acción de gracias es la próxima semana —dijo Livvie mientras se deslizaba dentro del coche. Acabábamos de terminar de ver *Harry Potter y las Reliquias de la Muerte: Parte 1*. Livvie había insistido que tuviéramos una maratón antes para que yo me pusiera al día antes de ver la película. Sorprendentemente, de verdad disfruté las películas. Me preguntaba si yo era más parecido a Harry o a Voldemort—. Caleb.

—¿Sí? —Miré hacia Livvie y sonreí. Ella suspiró.

—Sabes a dónde voy con esto. No lo hagas más difícil para mí.

—Vamos, Gatita. ¿Otra vez? Ya tengo suficientes amigos. No quiero tener más.

—Tú no tienes amigos, Caleb.

—Tú eres mi amiga. —Le guiñé el ojo mientras encendía el coche. Ella sentía debilidad por mis flirteos.

—¡Boh! —Levantó las manos sarcásticamente—. ¡Eres tan irritante! Si no fueras tan guapo te daría un puñetazo en la cara. —Me reí—. Vamos, Caleb. No seas idiota. He sido realmente paciente, pero esto es importante para mí. Tú eres importante para mí... y también lo son ellos. Por favor, no me hagas elegir.

A pesar de su tono bromista, podía decir lo sería que era la situación en realidad. Le había hecho pasar por mucho. Después de todo, una velada con sus amigos tenía que presagiar algo mejor para mí que para Livvie cuando ella había tenido que pasar tiempo con los míos.

—¿Qué les vamos a contar acerca de mí?

Se giró en su asiento y me dio una mirada de calmada excitación.



—Oh Dios mío, ¿me lo estás preguntando porque de verdad lo estás considerando? —Puse los ojos en blanco.

—Supongo —gruñí. No estaba preparado cuando Livvie desabrochó su cinturón y saltó sobre mí con un chillido de placer. Pisé los frenos y oí un claxon tronando detrás de mí—. ¡Livvie! ¿Pero qué coño? ¡Estoy conduciendo! —Ella estaba completamente falta de remordimientos.

—¡Soy tan feliz! Muy feliz, feliz, feliz. —Bailó en su asiento y se puso de nuevo el cinturón—. Claudia va a alucinar cuando te vea. Rubi es súper educado, pero Claudia es un poco charlatana. Así que espera que te deje sordo. A veces se pone un poco personal, pero la avisaré con tiempo de lo gruñón que eres. Oh-Dios-mío, ¿qué vamos a comer? Espero que el ultramarino tenga pavos. ¡Pavos grandes!

Mis niveles de ansiedad estaban subiendo. ¿Qué demonios acababa de aceptar?

—Livvie, no va a ser tan fácil. Tenemos que ser cuidadosos si no quieres enviarme cartas a la cárcel.

Su excitación menguó ligeramente. Descansó su mano sobre mi brazo.

—Huiremos antes de que deje que eso pase, Caleb. —Estaba completamente seria. Mi pecho se sintió un poco más apretado—. Además —continuó—, el FBI está lejos de aquí y no me vigilan a menos que yo les avise antes. Sloan llama a veces, pero ahora que sabe que tengo amigos y que no me siento por las esquinas llorando por ti, no sé mucho de ella. Estamos bien, Caleb. Estamos perfectamente.

Sonreí a mi pesar.

—Estamos bastante lejos de la perfección, Gatita. Soy la persona más jodida que conoces.

—Sí, pero yo soy la segunda persona más jodida que conozco, y cuando pones juntos dos negativos, obtienes un positivo. Son matemáticas, Caleb. Las matemáticas son el lenguaje del universo. No puedes discutir con el universo. — Su sonrisa era claramente absurda.

Joder, te amo tanto.

—Sí, bueno, el universo ya me ha jodido antes.

—¡Lo sé! Nos lo debe. —Sacó la lengua. Yo me reí.

—En serio, ¿qué les vamos a decir? —Sostuve su mano mientras me concentraba en la carretera.

—Bueno, es como escribir. Empiezas con algo que conoces, y lo que sé es que las mejores mentiras están basadas en la verdad. Tu nombre es James. Naciste en



Portland, Oregón. Tienes veintisiete años, eres un trotamundos y llevamos viéndonos un mes y medio.

Me eché a reír.

—Has estado pensando en ello, ¿verdad que sí? Mi pasaporte no dice James. Además, en el caso de que tus amigos del FBI vengan a entrometerse, no estoy seguro de que tener a James Cole en tu vida vaya a pasar inadvertido. Y luego está: ¿a qué me dedico? ¿Por qué tengo acento si crecí en América? ¿Cómo es mi familia? ¿Tengo alguna afición? —Vi como el entusiasmo de Livvie se desvanecía lentamente de su rostro. Me sentí como una mierda—. Lo siento, Livvie. Sé que te mereces algo mejor, pero simplemente no sé como piensas que podemos sacar adelante esto.

Estuvo callada durante el resto del viaje de vuelta a mi hotel. Nos desnudamos y nos metimos en cama. Tiré de ella acercándola. Prácticamente podía oír los engranajes girando en su cabeza.

—Les diremos que estamos ambos en protección de testigos —dijo—. Se suponía que no debíamos estar juntos, pero no podíamos soportar estar separados. El FBI quiere que desveles pruebas que pertenecen a otro país. Es por eso que Reed estuvo entrometiéndose y que he sido tan reservada acerca de donde estoy pasando las noches. No pueden hablarle a nadie de nosotros. Por lo que a ellos concierne, nos conocimos en *El Paseo*. Ellos me quieren, Caleb. Guardarán nuestro secreto.

Negué con la cabeza.

—¿Realmente crees que funcionará? Parece rebuscado.

—No más que la verdad.

Consideré sus palabras cuidadosamente. Podría funcionar si sus amigos pudieran ser realmente de confianza, pero no les conocía de nada. Tendría que vigilarlos minuciosamente, mantener los ojos sobre ellos. A Livvie no le gustaría. Tendría que hacerlo a escondidas de ella, pero era mejor que ser sorprendido en una emboscada en un futuro. Rafiq estuvo conmigo durante doce años antes de que descubriera que no podía confiar en él. Nunca iba a cometer ese error otra vez.

—Esperaremos para hablarles de la protección de testigos. Evitaremos detalles más allá de mi nombre, dónde nos conocimos y lo que hago. Si todo va bien, podremos decirles la “verdad” más adelante.

—¿Qué les vas a contar acerca de tu trabajo?

—Les diré que soy adinerado de forma independiente. Tengo un fondo fiduciario. He viajado desde que era niño y es por eso que mi acento es tan



extraño. Tengo veintisiete años, soy un trotamundos y nos hemos estado viendo desde hace mes y medio. —Besé a Livvie en la coronilla.

—Gracias, Caleb.

—De nada, Gatita. —Estiré la mano hasta su pecho y tracé su pezón con mi pulgar. Besé su garganta cuando suspiró, inclinando su cabeza a un lado para permitirme el acceso. Mi mano se deslizó desde su pecho, bajando por sus costillas y acabando sobre su culo hasta que di una palmada a su carne y la apreté—. Me debes una —susurré contra su cuello.

—Mmm. ¿Qué es lo que quieres? —Imitó mis acciones y me dio una palmada en el culo. Estaba curiosamente obsesionada con mi cuerpo. No podría quejarme.

—Quiero muchas cosas. —Succioné la carne de su hombro con mi boca. Arqueó su cuerpo contra mí, frotando sus tetas contra mi pecho. Sus dedos se clavaron en la carne de mi culo—. Empecemos contigo moviendo tu mano y poniéndola en algún sitio más útil. —Se rió nerviosa en voz baja.

—Me gusta donde está. —Me azotó. Sonó fuerte, pero no dolió. Me reí.

—En tus jodidos sueños, Gatita. Pero si son los azotes lo que disfrutas, permíteme que te complazca. —Dejé mi mano caer en su culo con contundencia. La fuerza la empujó más cerca de mí.

—¡No! —aulló y se retorció en mi abrazo—. No, Caleb. ¡Lo juro por Dios! —Estaba riéndose pero también tenía pánico. La dejé ir e hizo exactamente lo que yo esperaba: huir. Su cuerpo desnudo brincó por encima de mí hasta el suelo y salió corriendo hacia la sala de estar con un chillido.

Le di caza.

—Vas a hacer que los de seguridad suban hasta aquí —me burlé desde un lado del sofá. Livvie estaba en el otro lado, contrarrestando cada movimiento que yo hacía en la dirección contraria. Se reía como una maníaca, medio excitada, medio aterrada.

—Bien. Les diré que estás intentando azotarme. ¡Pervertido!

—Te encanta. ¡Tú eres la pervertida! —Empujé el sofá hacia ella, alterando su equilibrio. Embestí, pero se apartó y echó una carrera hacia la mesa del comedor. Pagaba una escandalosa cantidad de dinero por la habitación. No me importaba una mierda si la destrozábamos.

—¡Deja de perseguirme!

—Deja de correr.



Rodeó la mesa, tirando las sillas mientras avanzaba. Sus pezones estaban duros como pequeñas piedrecitas y no podía apartar mis ojos de ella mientras sus pechos llenos se sacudían y balanceaban con sus movimientos.

—¿Prometes que no me azotarás?

Sonreí abiertamente.

—Ni en tus jodidos sueños. —La observé cuidadosamente mientras seguía yendo alrededor de la mesa, pasando por encima de las sillas que ella había tirado. Si hacía mi movimiento demasiado pronto, ella podría correr hacia el dormitorio y posteriormente encerrarse en el baño. En el otro lado de la mesa, su espalda estaba hacia la pared. La dejé disfrutar de la excitación de evitarme en una vuelta más alrededor de la mesa. Brinqué encima de la mesa, sorprendiéndola. Se echó hacia atrás y golpeó la pared con su espalda. Salté hacia abajo y la sujeté.

—Te pillé.

Estaba respirando con dificultad. Me encantaba verla reír incluso cuando estaba esforzándose por no hacerlo. A pesar de su obvia belleza, a menudo ponía las caras más espantosamente cómicas.

—¿Qué vas a hacer? —Envolvió sus brazos alrededor de mis hombros. De pronto estaba muy coqueta.

—Lo que yo quiera. —Besé sus labios hasta que se abrió para mí. Mientras deslizaba mi lengua dentro, sentí satisfacción por la forma en que gemía y se frotaba contra mí. La idea que alguna vez hubiera pensado en desprenderme de ella era casi suficiente para enfadarme. Sin embargo, si estar tan cerca de Livvie me había enseñado algo (y me había enseñado muchísimo), era que estar enfadado era casi imposible mientras ella se derretía contra mí.

En las semanas anteriores, había aprendido que a Livvie le gustaba jugar un poco rudo. Encajaba bien conmigo cuando no pensaba demasiado en ello. Le gustaba que la mantuviera abajo y la tomara desde atrás. Le gustaba que le dijera lo que tenía que hacer. Le gustaba ser azotada. Aunque, principalmente, le gustaba correrse. No le importaba cómo ocurriera, sólo que lo hiciera. Ayudaba a suavizar las cosas para mí.

Me eché hacia atrás, acariciándome la polla. Me gustaba la forma en que los ojos de Livvie seguían mi mano. Realmente le gustaba observarme (siempre y cuando no hubiera otra mujer en la cama conmigo). Sus labios estaban hinchados de besarnos. Se los lamió y esperó. Condescendí acortando su espera.

—Pon tus manos en la mesa y separa las piernas.

Sonrió con malicia.



—Sí, Caleb. —Rápidamente asumió la postura.

Pasé mi mano por su larga melena de ébano. Sabía que algún día iba a insistir en envolverlo alrededor de mi polla y correrme en él. Aparté el pelo a un lado y repetí mi caricia en su espalda. Sonreí cuando bajó más el pecho, levantando su culo. Llegaría allí, pero me tomé mi tiempo tocando todo. Sus tetas parecían más pesadas en su posición: llenos. Los pellizqué y gimoteó. Pellizqué su clítoris y gimió. Sus gemidos y quejidos eran como alimento para mi alma oscura.

—¿Estás lista para que te azote? —En realidad no era una pregunta. Era una advertencia. Respiró hondo y soltó el aire lentamente. Su respiración se detuvo con anticipación.

—Sí, Caleb.

—Pon tu pecho hacia abajo sobre la mesa y sujeta los lados. —Esperé pacientemente a que cumpliera. La hermosa piel de Livvie estaba libre de imperfecciones. No había cicatrices que estropearan su esbelta espalda. Había estado a salvo de mi destino y estaba profundamente agradecido.

Sujeté su cuerpo contra mi cadera con una mano. Entregué mi primer golpe con mi mano libre. El sonido desgarró el aire. Livvie jadeó, pero por lo demás se mantuvo en silencio. Miré su culo volverse rosado donde mi mano había estado.

—Ya está rosado, Mascota ¿Cuántos crees que le llevará a tu culo para que sea de rojo brillante?

—No lo sé, Caleb. —Habló en voz baja. Sus piernas temblaban.

—¿Deberíamos averiguarlo? —Seguí el verdugón con mi dedo. Livvie gimió de nuevo.

—Si eso es lo que quieres, Caleb. —Sonreí para mis adentros. Sabía que era un jodido enfermo. Livvie también me hizo un jodido suertudo. La azoté dos veces, una palmada tras otra. Livvie se apoyó con los brazos, pero no apretó su culo. *Práctica, práctica, práctica.*

—¿Eso es bueno, Gatita? —Mi respiración había ganado velocidad mientras mi excitación se disparaba por las nubes. Los sonidos de Livvie, junto con ella retorciéndose, me tenían en un estado agudo de lujuria.

—Sí, Caleb. Más, por favor.

Siseé. La palmeé cuatro veces en una rápida sucesión. El culo de Livvie estaba caliente bajo mis dedos. Ella recogió sus pies y se retorció contra la mesa.

—Estás bastante roja ahora, Mascota. —Yo estaba jadeando—. Pon los pies en el puto suelo. Ya lo sabes bien.



—Sí, Caleb —susurró Livvie. Estaba a punto de llorar. No podría aguantar mucho más. Diablos, yo no podría aguantar mucho más.

Usé mis dedos calientes para frotar su coño por detrás. Gimió y abrió más las piernas.

—Estás terriblemente húmeda, Gatita. Tiene que gustarte realmente recibir azotes. —Deslicé mi dedo índice en su interior y lo moví hacia adelante y atrás lentamente. Ella se sacudió.

—Me gusta más esto. Más por favor. Más duro. —Comenzó a mover sus caderas tanto como pudo conmigo sosteniéndola. Se estaba follando a sí misma con mi dedo.

—No estás siendo muy buena mascota en este momento, Gatita. Tú no decides cuando eres follada. —Reduje la velocidad de mi dedo y gimió de frustración. Sonreí—. ¿Quién decide, Gatita?

—Tú, Caleb. —Se quedó inmóvil y relajó todos sus músculos. Ella era un recipiente para mi placer, una participante dispuesta para mi depravación.

—Así es, Gatita. Yo. —Le pegué tres veces más antes de escuchar un pequeño sollozo. Ella había tenido suficiente. Yo había tenido suficiente. Me puse de pie detrás de ella, levantando sus caderas y deslizando su coño mojado por mi polla hasta que llegué al fondo de ella.

—Oh, ¡Dios! Por favor, Caleb. —Ella tomó rápida ventaja de la mesa y la usó como palanca para verse ir y venir sobre mi polla. Se sentía tan bien, que temporalmente me rendí en llevar el control. No podría durar mucho tiempo. No era lo que ninguno de los dos queríamos. Yo quería control. Livvie quería renunciar a él.

Reuniendo la cordura, me acosté sobre ella. Mido más de un metro ochenta alto (uso los pies para tu beneficio, pero realmente debes aprender métrica, América) frente al metro sesenta y cinco de Livvie. Cubrí todo su cuerpo. Para evitar no agotar su suministro de oxígeno, me apoyé en un codo y me agarré al otro extremo de la mesa con mi mano libre.

—¿Quieres que sea duro, Mascota? Voy a dártelo. —Moví mis caderas con golpes largos casi saliendo cuando me movía hacia atrás, haciendo gruñir a Livvie cuando le daba todo de mí de una vez en el camino hacia delante.

Lo hicimos así hasta que me dolía el codo y estábamos chorreando sudor, entonces nos di la vuelta e hice que Livvie me montara hasta que ambos nos corrimos.

Después se quedó dormida encima de mí. Mi polla estaba aún en su interior, ablandándose. El semen chorreaba hacia fuera cada vez que alguno de los dos se movía. No me importaba. Era tan condenadamente feliz...



Capítulo 7

La noche antes de Acción de Gracias tuve un sueño en el que Livvie decía que pensaba que no podía amarme. Me desperté con pánico e hice que Livvie tuviera sexo conmigo. No pareció importarle.

Tuvimos la cena de Acción de Gracias en el apartamento de Livvie. Claudia y Rubio trajeron botellas de sangría ya que aparentemente era la bebida favorita de su pequeño grupo. Yo empecé a beber whisky antes de desayunar.

Livvie pensaba que era “lindo” lo nervioso que estaba. Era verdad, estaba un poco nervioso, pero principalmente porque me ponía ansioso hacer conversación. Me imaginé que mi olor mantendría a la gente a distancia.

Claudia era una fuerza de la naturaleza, una criatura con aspecto de duendecillo con el pelo corto y oscuro, ojos verdes y una sonrisa siniestra y maliciosa. Era incluso más pequeña que Livvie, pero no te habrías dado cuenta dada la forma en la que tendía a invadir el espacio personal de uno. Siendo yo ese uno.

—Oh, Dios mío, eres guapísimo. —Sostuvo mi cabeza con ambas manos y movió mi cara de un lado a otro y luego arriba hacia el techo. Me sentí como si me estuviera buscando piojos, o peor: siendo evaluado. Aparté mi cara y le fruncí el ceño—. ¡Ah! Quisquilloso. Sophia me dijo que lo eras.

Se encogió de hombros y saltó hacia la cocina.

Rubio era mucho más respetuoso. Es atractivo de una forma un tanto desmañada. Es alto, pero desgarrado. Su pelo tenía un falso aspecto de desaliño al estilo de la juventud europea. Compartía el mismo color de ojos que su novia.

No tuve dudas de quien dirigía la relación entre Claudia y Rubio. Al menos Rubio tenía la decencia de parecer avergonzado.

—Lo siento, le hace eso a todo el mundo. Cuando la conocí, me dijo que era adorable y que era su novio.

—¿Y te convertiste en su novio? —Le miré y sonrió.

—Llevaba una camiseta ajustada y podía verle las tetas.

No pude evitar sonreír.

—Hiciste lo correcto.

—Lo sé —se encogió de hombros.



Acción de Gracias es una fiesta americana. Livvie y yo tuvimos que rastrear las tiendas de ultramarinos para encontrar un pavo que fuera, en apariencia, lo suficientemente adecuado para alimentar a un ejército a pesar de que nuestra única necesidad era alimentar a cuatro personas. Sin embargo, mientras observaba a Livvie sacar el pavo del horno y colocarlo en lo alto de la cocina, supe que había sido un tiempo bien gastado. El orgullo de Livvie por su ave era inconfundible.

—¡Mira! Es mi primer pavo. —Livvie exhibió el pájaro entre sus brazos extendidos con una reverencia.

—¿Se supone que debe estar nadando? —pregunté. Olía delicioso y no podía esperar a comerlo, pero adoraba lanzarle mierda a Livvie. Es mi segundo pasatiempo favorito.

—Odio el pavo seco. Puede que lo haya salseado de más. Aunque ¿a quién estoy engañando? De eso nada. Te comerás mi puto pavo y te chuparás los dedos cuando hayas terminado. —Sacó una tira de carne de la parte superior del pavo y me la puso en los labios—. Abre la boca amor.

Puse mi brazo alrededor de ella y tiré. Olía a perfume y a comida. Abrí la boca y la dejé alimentarme. Era el mejor pavo que hubiera probado: jugoso por dentro y con piel crujiente. Chupé los dedos de Livvie mientras los retiraba.

—Hmm, no está mal. Por poco no recuperas el dedo.

Livvie me sonrió abiertamente.

—Bueno, entonces soy una chica afortunada. Hay muchas cosas que quiero hacer con los dedos. —Tiró de mi boca hacia la suya y me besó. Entre nosotros, mi polla dio un respingo. Livvie se apartó lentamente con un único y último besito contra mis labios—. Claudia y Rubi están aquí.

Froté la parte delantera de mis pantalones contra su vientre. Nuestra diferencia de altura siempre confundía a mi polla. No podía decidirse entre buscar la calidez entre sus pechos o el calor húmedo que esperaba justo debajo.

—Pueden mirar. Tal vez el chico aprenda algo.

Livvie rió y se apartó.

—No todo el mundo está tan obsesionado con el sexo como tú. No creo que lo apreciaran mucho.

Me encogí de hombros.

—Podríamos preguntarles.

Justo entonces el duendecillo entró en la abarrotada cocina.



—¡Dime que la comida está lista! Estoy hambrienta. No he comido en todo el día porque me dijiste que viniera con hambre. —Agarró un panecillo de una sartén cercana y empezó a masticar—. Mmm, este todavía está caliente. —Se embutió el resto dentro de la boca.

—¡Claudia! Eso no es para picotear perra. —Livvie azotó a la otra chica en el culo y ambas soltaron una risita.

Las chicas son tan extrañas. Si otro hombre me llamara perra y me azotara, no terminaría en risitas. Sin embargo, las mujeres por naturaleza son mucho más bisexuales que los hombres, en mi opinión. La idea me hizo reflexionar mientras me imaginaba a Livvie haciéndole cosas obscenas al duende. Me volví hacia la sala de estar y me escabullí antes de que mi polla se pusiera más dura. La cocina ya estaba suficientemente abarrotada.

Rubio estaba en la sala de estar desenredando cables y conectando la PlayStation cuando entré. Estaba sorprendido de que pudiera hacer cualquier labor vistiendo los pantalones que llevaba. No entiendo los pantalones estrechos para hombres. ¿Quién quiere caminar con los huevos apretados? Por un segundo me pregunté lo que opinaría Rafiq de esa moda pasajera. Una extraña clase de melancolía me atravesó y dejé el whisky sobre la mesa de café. Lo último que quería eran reflexiones de borracho.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunté. Necesitaba una distracción.

—No, ya lo hice. ¿Tocas o cantas? —Me sonrió y de pronto me sentí viejo y desconectado del mundo que estaba invadiendo.

—Ninguna de las dos cosas —dije. Me quedé de pie sintiéndome extraño sin una bebida en la mano y con nada que hacer. Rubio sonrió y me puso una guitarra de plástico en la mano.

—Puedes empezar con la guitarra. Es más fácil si estás empezando. —No esperó mi respuesta antes de encender la TV y una fuerte música de rock llenó la sala de estar. Lo encontré molesto pero no dije nada.

—¿Qué hago? —pregunté.

—Primero tienes que elegir un personaje. Luego escoges una canción y presionas los botones de colores de la guitarra tal y como aparecen en la pantalla. Yo tocaré la batería. —Rubio parecía emocionado y no lo entendía. Nunca me consideré a mí mismo como socialmente inepto hasta ese momento.

Elegí a un rockero barbudo como mi personaje y acomodé la guitarra de juguete que tenía en las manos. Por lo menos, me sentía menos incómodo teniendo algo que hacer. Rubio seleccionó su personaje y continuó hacia la lista de canciones.

—¿Cuál es el nombre de nuestra banda?



—Sophia lo eligió. Somos The Sex Rifles —se rió—, pensó que sonaba más gángsters que The Sex Pistols. —No sabía quieres eran The Sex Pistols pero podía apreciar el sentido del humor de Livvie.

—¡Ooh, sí! Quiero jugar —chilló Claudia mientras se nos unía en la sala de estar. Miré alrededor buscando a Livvie y no la vi. *Por favor, no me dejes solo con los dos.*

—¿Dónde está Li... Sophia? —Me impedí a mí mismo decir “Livvie” y me alegré de que los dos estuvieran demasiado ocupados ajustándole un bajo a Claudia.

—¡Sophia! ¡Ven a jugar! —gritó Claudia en un volumen odioso. Debí poner una mueca porque me respondió—: Acostúmbrate, guapo. Si vas a ser parte del grupo, vas a tener que lidiar con nuestro comportamiento grosero. No hay espacio para la buena educación en una familia. —Me guiñó un ojo. Sonreí.

—Me sorprendiste, eso es todo; no creo que seas grosera. —En realidad era muy grosera. Si no fuera la amiga de Livvie le habría enseñado algo de buenos modales. Desgraciadamente había prometido a Livvie no volver a torturar a la gente que no me gustaba. Y en cuanto a familia, realmente estaba hablando con la persona equivocada.

Livvie entró y la felicidad que vi en su cara me derritió. No estaba seguro de haberla visto nunca tan feliz. Me puse celoso de sus amigos. Había dado mi puta vida para estar con ella y nunca había parecido tan feliz conmigo. Caminó hacia mí y jugueteó con la correa de la guitarra.

—Bueno, mírate. ¿Te estás portando bien Sexy? —Se puso de puntillas y frunció los labios. Me incliné y acepté su beso sin pensar.

—Tengo un nombre, ya lo sabes.

Sonrió.

—Lo recuerdo Sexy. —Se volvió y estiró el brazo por el mando y el micrófono—. La cena está lista así que solo podemos hacer una o dos canciones y luego cenaremos.

—La comida está tan buena Rubi. Me alegro de que me conocieras a mí antes que a Sophia. Nunca te prepararé nada tan bueno —dijo Claudia.

—Lo que tú me das es mejor que la comida —replicó Rubio en un tono neutro. Besó a su novia en la mejilla y ella se sonrojó. Gané un poco de respeto por ambos. Su amor era obvio y esperaba que algún día Livvie y yo pudiéramos tener lo que ellos tenían... sin pantalones estrechos... y sin el recordatorio de que nos conocimos en circunstancias horribles.

Sentí un golpe contra mi culo. Livvie me estaba lanzando una seria mirada de “ven y fóllame.”



—¿Listo para jugar Sexy? Asegúrate de configurarlo en modo fácil para que no te hagas daño.

Algo de mi ansiedad se disipó.

—Y tú mejor recuerda con quién estás hablando o tendré que recordártelo.

—Oh, lo estoy deseando. —Me apretó el culo. Negué con la cabeza y me eché a reír—. De acuerdo, voy a hacer “*Eye of the Tiger*.”

—Siempre haces esa —gimoteó Claudia.

—¡Cállate! Cuando sea tu turno de cantar elige tu canción. No me avergüences delante de Sexy. Quiero que se maraville de lo talentosa que soy —dijo Livvie.

—Deberías dejarle leer tus obscenidades. Apuesto que le encantaría —Claudia puso sus dedos en forma de garra y arañó el aire con un movimiento que nadie en su sano juicio consideraría Sexy, pero se suponía que lo era.

—¿Es eso lo que siempre estás escribiendo en tu ordenador? —Sonreí ampliamente, sabiendo que iba a poner mis manos en el ordenador de Livvie en cuanto tuviera oportunidad. Livvie se puso pálida por un segundo.

—No es nada. Olvídalo. Juguemos ya.

—Oh, vamos Sophia. Es muy bueno. —Se volvió hacia mí—. Va de una chica que...

—¡Claudia! —dijo Livvie seriamente y la fulminó con la mirada.

—Muy bien. De acuerdo, juguemos —dijo Claudia sarcásticamente.

Si antes había picado mi interés, ahora, con la reacción de Livvie me volví como un perro con un hueso. Le haría preguntas luego, eso era seguro. Por el momento, decidí enfocarme en la guitarra de plástico entre mis manos y en pulsar los botones correctos. Era bueno que mi mente fuera tan rápida, porque incluso en nivel medio estaba teniendo dificultades en seguir la ráfaga de colores que pasaban por la pantalla.

La introducción me pareció eterna, pero una vez que Livvie empezó a cantar, me sorprendí dejándome llevar por el juego. La voz de Livvie era bonita, ronca y poderosa. Parecía tan llena de talentos que yo desconocía. Quería saber todo lo que había que conocer sobre ella. Fugazmente, me pregunté qué talentos poseía yo que se pudieran comparar con los suyos. Se volvió hacia mí durante una sección instrumental.

—¡Lo estás haciendo bien! Yo doy pena con la guitarra.

Le guiñe el ojo.

—Intento concentrarme Mascota. Si no te importa.



—¡Ja! Toca, estrella del rock, no dejes que yo te detenga. —Volvió de nuevo a gritar a pleno pulmón el estribillo y me pregunté cómo sus pulmones eran capaces de guardar tanto aire. Finalmente la canción terminó y pasé la ronda con un setenta y cinco por ciento de acierto. El resto de la banda anotó por encima de noventa y Livvie tuvo la máxima puntuación con un noventa y nueve por ciento. Un hecho del que no dejó de alardear. Nunca había visto a Livvie tan petulante, y sentí mi pecho expandirse con algo similar al orgullo al ver una de mis propias peculiaridades en ella. Habíamos llegado tan lejos y yo estaba curiosamente desesperado por ver hasta donde más podríamos llegar.

Claudia cantó a continuación. Su voz más suave y lírica iba bien con “*Nine in the Afternoon*.” Tuve dificultades para seguirla con la guitarra pero parecía superar a Livvie, que estaba intentando tocar el bajo con todo su cuerpo. Su lengua estaba fuera mientras se concentraba en la pantalla, sin prestar atención a la forma en que yo la miraba fijamente a cada oportunidad que tenía.

Después de que Claudia terminara su canción y todos se rieran de mi precisión del sesenta y dos por ciento (Livvie solo tuvo un sesenta y cinco, el por qué eligieron reírse solo de mí nunca lo sabré... bastardos) se decidió que era hora de cenar. La mesa de Livvie no era lo suficientemente grande para toda la comida e invitados, así que cada quién se sirvió en la cocina y llevamos nuestros platos a la mesa. Era todo muy extraño para mí. Me sentía un poco como intruso, aunque literalmente había estado más cerca de Livvie que cualquiera de sus amigos.

Una vez que todos estuvimos sentados agarré mi tenedor ansioso por llegar al pavo y su relleno pero Livvie detuvo mi mano. La miré y gruñí a propósito. Ella solo sonrió y me dio unas palmaditas en la mano.

—Todavía no Sexy. Es Acción de Gracias. Tenemos que dar un rodeo y decir por qué estamos agradecidos.

—Estaría agradecido si pudiera comer —murmuré. Bajé el tenedor y miré alrededor de la mesa. Todos me estaban sonriendo. Era espeluznante. Y creedme: sé lo que es espeluznante.

—Sophia, es tu casa. Deberás ser la primera —sugirió Rubio.

—De acuerdo —dijo Livvie y respiró hondo—. Bueno, primero quiero decir que estoy agradecida por la comida. No puedo esperar para comerla. Pero lo más importante... estoy agradecida de estar aquí. —Tragó saliva y la visión de sus ojos volviéndose húmedos con lágrimas no derramadas me hizo desear decirles a todos que se fueran para poder besarla hasta que olvidara todo lo que estaba sintiendo. En lugar de ello, tuve que sentarme y fingir que no era el villano en la vida de Livvie—. Ha sido un año difícil para mí. El año pasado pasé Acción de Gracias sola. No sabía a dónde iba a ir con mi vida o lo que quería de ella.



Estaba... con el corazón roto y miserable. —Una lágrima rodó bajando por su mejilla.

—Sophia... —Claudia estiró el brazo hacia Livvie por delante del pecho de su novio. Livvie sonrió.

—No, está bien. No pretendo llorar. Es solo que... este año, tengo dos de los mejores amigos que una chica pueda pedir, un apartamento propio, ¡en España! Y... —me miró y, maldita sea, me sentí atrapado en sus emociones— te tengo a ti. Tengo un lugar al cual pertenecer. Tengo una familia que me ama. Estoy profundamente agradecida por eso. No sé dónde estaría sin todo esto. —Se secó la mejilla y se sacudió—. Ehhh, perdón por ponerme toda emotiva. Es solo que os quiero, cabrones, eso es todo. Alguien debería seguir ahora.

Me senté perfectamente quieto en mi asiento, intentando procesar exactamente lo que estaba sintiendo. Livvie me había incluido en su lista. Estaba agradecida por mí. Había encontrado un lugar al que pertenecer conmigo. Me sentía exactamente de la misma manera, pero nunca podría ser tan casual expresando mis emociones. Quizás si estuviéramos solos, quizás si estuviéramos a oscuras, o posiblemente desnudos, podría decírselo. Pero todo el mundo me estaba mirando. Livvie estaba sonriendo con dulzura, alentadora. La mirada fija de Claudia era mucho más invasiva y prácticamente intentaba intimidarme para hablar. Rubio simplemente esperaba. Él era de los pacientes. Me aclaré la garganta y sonreí.

—Bueno, es difícil superar eso pero intentaré ofrecer algo. —Miré hacia Livvie—. No nos conocemos desde hace mucho. Solo llevamos viéndonos mes y medio. —Me sonrió con los ojos entrecerrados—. Sin embargo, puedo decir honestamente que... éstas han sido las mejores seis semanas que he tenido. Estoy agradecido por el tiempo que se nos ha dado hasta ahora y espero que el próximo año... —miré hacia todos los demás— os quiera a todos vosotros, cabrones, del mismo modo.

Claudia y Rubio se echaron a reír. Retorné mi mirada hacia Livvie. Me estaba mirando fijamente con una expresión que no había visto antes. Me gustaba.

—Estoy agradecido por la buena comida, los grandes amigos y el amor. Que Dios bendiga esta comida y nuestras amistades —dijo Rubio rápidamente. Con reticencia aparté la vista de Livvie y sonreí. Claudia atrajo a Rubio hacia su boca con rudeza y le besó mucho más apasionadamente de lo que era quizá apropiado en la mesa de la cena. Amor juvenil. Eso es lo que yo deseaba.

Claudia le susurró en español—: Estoy agradecida por ti mi amor. —Hacia el resto de la mesa dijo—: Estoy agradecida por mi familia, mis amigos y toda esta comida. Ahora, por favor ¡comámosla!



Todos nos reímos y estuvimos de acuerdo en que era hora de comer. Era mi primera Acción de Gracias e inmediatamente decidí que la celebraríamos cada año.

Durante la cena escuché a Livvie discutir acerca de las clases con sus amigos y de las películas que estaban viendo. Habían estado viendo la obra de *Stanley Kubrick* y discutiéndola en clase. Claudia y Rubio eran fans, pero Livvie sentía que mucho de su trabajo carecía de habilidad para comunicar un mensaje claro para la audiencia.

—Todo eso que se dice acerca de la Naranja Mecánica, como si fuera la mejor película de la historia o algo así —decía Livvie con el pavo en la boca— diría que dos tercios de la gente que vio la película no entendió una mierda. Es como la historia del emperador que no tiene ropa. Tanta gente dijo que era brillante que los idiotas que no la entienden fingen comprenderla para que no se les llame idiotas, lo que hace de ellos unos idiotas cobardes. La película podría haber sido mejor. Podría haber dado el mensaje de una forma mucho más clara e inspirar un verdadero diálogo acerca de la naturaleza humana, la sociedad y la psicología como terapia. En lugar de eso, todo el mundo recuerda la escena de la violación. Es estúpido.

—Tengo que disentir —dijo Rubio—. Claramente es una película sobre cómo a la sociedad no le importa su propia destrucción. A la sociedad no le importa la enfermedad, solo quiere tratar los síntomas. No le importa que Alex sea violento o lo que haya ocurrido para hacer de él un sociópata. Solo quiere que sea castigado y “rehabilitado”. Pero no existe un control del comportamiento. Tiene que ser una elección, una persona tiene que elegir ser una mejor persona y, la única razón por la que elige ser mejor es si hay una razón. Alex fue forzado a rehabilitarse con una terapia de rechazo, pero una vez que sale de vuelta al mundo y se encuentra con toda la violencia que todavía está ahí fuera, se vuelve violento otra vez. Es la naturaleza de los seres humanos. Kubrick hizo un trabajo increíble.

—Sé de qué va la película Rubi. Capto el punto. Pero mi punto es que Kubrick está tan obsesionado en retratar el futuro distópico, que se niega a impulsar el mensaje a una audiencia convencional. Los estudiantes de cine y los artistas generalmente no son propensos a la violencia. El mensaje no es nada nuevo para ellos. El público habitual de las películas tiene que ser golpeado en la cara con la verdad o no captarán una mierda. ¿Por qué crees que *La Pasión de Cristo* de Mel Gibson funcionó tan bien? Era un martillo de culpa golpeando a la gente en la cara.

—¡Qué jodan a Mel Gibson! —Contribuyó Claudia—. No me importa si tiene talento. Es un beato gilipollas y es la última persona que tiene ningún derecho a hacer una película sobre Jesús. —Rubio acarició el brazo de Claudia.



—No hace falta exaltarse Claudia. Solo estamos hablando —Rubio me miró—
¿Qué opinas James? ¿Eres un fan de Kubrick?

Era la primera vez que alguien me llamaba James. Era un simple nombre. No había ningún significado oculto como perro o discípulo leal. Era solo un nombre. Un nombre normal para una persona normal.

—Um, nunca he visto la película y realmente no sé quién es Kubrick. Vimos la nueva de *Harry Potter* la semana pasada. Me gustó. —Sonreí y bebí algo de sangría. Todo el mundo estalló en carcajadas y Livvie se inclinó hacia delante para darme otro beso ligero.

—Lo siento Sexy. A veces sacamos nuestros nerds internos sin pensar en otra gente. Cambiemos de tema.

—No me importa. Me gusta escuchar lo que pensáis. Sigo la conversación. Me gusta pensar que una persona pueda cambiar para mejor. Pero creo que Rubio tiene razón también: una persona tiene que tener una razón para cambiar. Tienen que creer que su situación será mejor cambiando. Si no, esa persona está en desventaja. La violencia es necesaria si vives en un mundo violento. —Mi corazón estaba retumbando fuerte.

La expresión de Rubio se volvió amarga.

—Yo nunca dije que la violencia fuera necesaria. Dije que hay demasiado y que necesitamos encontrar una manera de tratarla como enfermedad social.

—Eso nunca sucederá. Incluso las flores se matan Rubio. Y los seres humanos tienes bastantes más debilidades que las flores. Todos hacemos lo que sentimos que debemos hacer. Si eso significa matar... que así sea. La supervivencia...

—Es lo más importante —terminó Livvie. Su expresión se volvió melancólica. Bajó su tenedor y se puso en pie—. Estoy cansada de esta conversación. Vayamos a jugar a Rock Band. —Sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos. Conocía bien esa sonrisa.

Me arrepentí de haber abierto mi estúpida boca.

Jugamos a Rock Band durando unas pocas horas más. Conseguí ser mucho mejor a la guitarra y en verdad me divertí. Había estudiado un montón de cosas sobre América y los americanos. Había aprendido sobre su cultura pop, pero nunca había jugado a un videojuego. Era muy entretenido y decidí que compraría una PlayStation al día siguiente.

Más tarde, Claudia y Rubio decidieron empaquetar más que su parte de sobras y dirigirse a casa. Me abrazaron para despedirse (sí, ambos) y pensé que era un poco extraño. Sin embargo, me dejé llevar. Podría llegar a ser una persona que abrazara... quizás. No, era raro.



—Si estuviéramos en Estados Unidos podrías comprar una de saldo mañana. Qué mal que en España no se celebre el Viernes Negro —dijo Livvie mientras abría el grifo y empezaba a enjuagar los platos.

—¿Qué coño es eso? —pregunté y abrí el lavaplatos.

—Es una tradición sagrada en la que cientos de compradores acampan fuera de las tiendas y luego apalean a sus vecinos para conseguir los mejores precios en las PlayStation y los Ipad. Solía ir con mi madre. —Se encogió de hombros.

—Creo que simplemente pediré una a través del ordenador. A menos que encuentres romántico que apalee a tus vecinos. —Sonreí. Livvie se echó a reír.

—Hmmm... quizás. Veamos si después se quejan por la música de rock a todo volumen. —Me empujó con su hombro—. Lo hiciste bien hoy. Creo que mis amigos están un poco enamorados de ti.

Sentí un extraño golpe en el pecho.

—Lo hice lo mejor que pude. Parecen agradables. Claudia es demasiado amistosa y no entiendo como Rubio puede hacer nada en esos pantalones estrechos, pero obviamente te quieren. Eres muy afortunada, Gatita. —Hice una pausa—. Parece que no escasea la gente que te ama.

Livvie estaba fregando una cacerola y no me miró a los ojos.

—Caleb —suspiró.

—Me gusta James. Quizás deberías llamarme así. Menos oportunidades de que tengas un lapsus con tus amigos. Podría llamarte Sophia. Podríamos, no sé... fingir. Podríamos fingir ser normales... juntos. Aunque no voy a vestirme con esos pantalones estrechos. —Intenté mantener la conversación ligera. Habíamos tenido un gran día y no quería arruinarlo.

Livvie me pasó la cacerola para enjuagarla.

—He estado pensando en eso. Creo... podría ser una buena idea. Puede sonar raro, pero cuando me cambiaron el nombre me sentí libre de convertirme en alguien diferente. Livvie era una chica triste. Se preocupaba demasiado por cosas que no importaban y dejaba que la gente se aprovechara de ella. Sophia es consciente de sí misma y no acepta mierda de nadie.

No me importaron sus palabras.

—Tú nunca aceptaste la mierda de nadie. Eres la persona más fuerte que conozco. Más fuerte que yo —tragué saliva—, pero sé lo que quieres decir. Rafiq empezó a llamarme Caleb después de que me... —no podía decir la palabra “rescató” pues Rafiq nunca me rescató—. Solían llamarme algo mucho menos halagador.



Livvie me pasó otro plato y se movió más cerca de mí. Nuestros brazos rozaban dondequiera que nos moviéramos.

—¿Qué era?

Mencioné el nombre en árabe.

—Eso no suena mal. ¿Qué tiene de malo?

Tuve que reír para evitar sentir todo lo demás.

—Significa perro. Mi nombre era perro. —Tomé el plato que Livvie había estado enjuagando y lo enjuagué yo antes de meterlo en el lavaplatos. No quería ser consciente de su conmoción.

—¿Por qué haría alguien...? El mundo es un sitio jodidamente asqueroso. —Dejó de lavar platos y puso sus brazos alrededor de mi cintura desde atrás—. Creo que eres un milagro James. Creo que mereces ser feliz. Ambos lo merecemos.

Seguí lavando platos.

—No sé si tienes razón, Sophia. Sé que tú mereces ser feliz. Sé que mereces a alguien... mejor, pero soy egoísta. Te deseo. Te deseo lo suficiente como para esforzarme por ser alguien mejor. Dicho eso, no me sorprendería si decidieras que es demasiado poco, demasiado tarde. No me quedará un segundo más de lo que tú quieres que esté. Lo prometo.

No mencioné la parte donde perdería la puta cabeza. No estaba seguro de lo que haría si Livvie no quisiera estar conmigo. No tenía necesariamente nada a lo que volver excepto a matar y traficar. ¿Era una mejor persona? Quizás no. Solo era mejor cuando vivía por ella. Me sentía como una bomba de relojería.

—Entonces yo también soy egoísta porque te deseo en igual medida. Sé que lo de nosotros ha sido raro ¿cómo podría no serlo? No nos conocemos en este mundo, pero he visto lo peor de ti y lo que sé es que harías cualquier cosa para protegerme. Eso es suficiente por ahora. El resto llegará. —Me besó la espalda y volvió al fregadero a continuar lavando.

—No hay mucho más en mí ¿sabes? no mucho que sea bueno en cualquier caso. ¿Qué esperas descubrir? —Sé que mi expresión no estaba haciendo mucho por esconder mi frustración.

—Sé que a ambos nos gusta Harry Potter. Sé que tienes que emborracharte para conocer a mis amigos porque te pones nervioso. Prestas atención cuando no estás hablando y haces lo que haces, añades algo a la conversación. Te gusta leer tanto como a mí. Sé que nunca te veré con pantalones estrechos —se echó a reír y me empujó con la cadera— sé que aprendes rápido. Lo hiciste con la guitarra en pocas horas. Ayudas con los platos. Estoy aprendiendo un montón de cosas sobre ti, James. Me gusta.



—Esta es la parte en la que te agarro y te follo delante del fregadero, pero tengo que ser honesto: ¡estoy lleno! No puedo esperar a ponerme un par de pantalones cómodos y dormir.

Nos echamos a reír.

—Es el pavo. Pone a todo el mundo somnoliento. Mañana comeremos sobras todo el día. Bien —me miró de lado e hizo que sus labios se curvaran en una sonrisa traviesa—, me aseguraré de pedirte que me folles antes de alimentarte.

—¿Pedirme? —pregunté entre risas. Nunca tendría que pedírmelo.

—¿Suplicarte? —ronroneó.

Mi polla se despertó.

—Bueno, supongo que sí me conoces.



Capítulo 8

—¿Tienes planes para Navidad? —le pregunté a Livvie. Me pasó una taza de café y tomo un sorbo de la suya. La temperatura había estado bajando de forma constante pero las calles todavía estaban abarrotadas con compradores potenciales. Livvie y yo parecíamos un poco en desacuerdo con lo que nos rodeaban debido a nuestra falta de bolsas con compras. Ella me sonrió resplandeciente.

—Sí. Planeo pasar la mejor parte del día pegada con pegamento a tu cuerpo. —Bajó una de sus manos revestidas con mitones por la parte frontal de mi abrigo. Me reí.

—Bien entonces estoy deseando que llegue ya. Me aseguraré de envolverlo para regalo. —Tiré de ella más cerca y la besé más apasionadamente de lo que era apropiado en público. Sus labios estaban fríos pero el interior de su boca era cálido y sabía ligeramente a café y azúcar—. Pero me refiero con otra gente. ¿Hay gente a la que tengas que ver?

Una extraña expresión estropeó sus rasgos.

—No. Somos solo nosotros. Claudia y Rubio van a pasar tiempo con sus familias. Sólo se verán durante parte del día porque la familia de Rubio vive en Madrid. Claudia nos invitó a pasar por casa de su madre, pero me imaginé que no querías ir. Honestamente, yo tampoco me sentía con ganas de ir. Aunque podríamos juntarnos para Nochebuena. ¿Por qué lo preguntas?

Tomé su mano y la guié hacia la corriente de cuerpos, abriéndonos camino hacia el siguiente bloque de tiendas. Había sido idea suya ir de compras, pero Livvie aún no había comprado ni una sola cosa.

—Nunca he celebrado Navidad. No he celebrado un montón de festividades, en realidad. Pensé que ya que me gustó tu Acción de Gracias, podría... diversificarme.

—¿Ah, sí? —dijo Livvie con excitación—. ¡Es genial, Sexy! Ahora me siento mal por no haberte comprado un regalo aún. Tendremos que hacerlo de inmediato si es tu primera Navidad. Me imaginé que no la celebrabas, así que no quise forzar el tema. Si no estabas animado a ello, no había razón para que yo lo celebrara.

Me di cuenta del trasfondo de tristeza en la voz de Livvie y sospeché que tenía que ver por su falta de familia. Estaba extrañamente tentado a preguntar acerca de ellos. No me importaba mucho su madre, pero sabía que tenía hermanos y no



sabía si hablaba con ellos o no. Así y todo, que ella tuviera una relación con su familia no auguraba nada bueno para mí.

—Ya me has dado más de lo que he tenido jamás. No querrás malcriarme, ¿verdad? —Proyecté mi más sugerente sonrisa. Livvie me miró de reojo.

—No soñaría con malcriarte. Ya eres una molestia bien grande así.

—Lo siento, pensé que era suave. —Me preparé para el puñetazo que sabía que iba a venir. Ella puede ser una cosita muy violenta.

—¡No seas grosero! —me reprendió. Era difícil tomarla en serio mientras estaba riéndose—. Me pregunto si todavía habrá tiempo para conseguir un árbol. Generalmente la gente los pone después de Acción de Gracias, pero debe haber un montón de sitios donde los vendan. Le preguntaré a Claudia. Normalmente sabe a dónde ir a por las cosas. Quiero decir, he aprendido un montón desde que estoy aquí, pero como no soy de aquí, necesito ayuda a veces. ¡Ja! Aquella vez que me perdí... —Livvie parecía completamente abstraída en el arte de la conversación unilateral. Lo admito, desconecté un poco. Pensé que había descubierto las diversas caras de Livvie mientras estábamos en México, pero estaba empezando a sentir como si solo hubiera escarbado la superficie. Me gustaba más la idea de los nuevos descubrimientos, incluso cuando el descubrimiento era que Livvie podía ser mucho más charlatana que Claudia.

—Estaba pensando en algo totalmente diferente —interrumpí. Livvie se detuvo, para disgusto de los peatones que estaban detrás nuestro intentando pasar a contracorriente.

—¿Qué estabas pensando? —Parecía en cierto modo perturbada y no estaba seguro de por qué.

—¿A qué viene esa cara?

Sacudió la cabeza y se pegó una sonrisa edulcorada.

—Nada. Nada. Es sólo que... ¿qué ibas a decir? —Sonrió un poco más genuinamente.

—Estabas pensando en algo. Sólo dime lo que es. —Tomé un sorbo de mi café. Nunca había sido un gran bebedor de café, pero estaba creciendo en mí lentamente. Livvie normalmente tomaba algo con el desayuno. Resopló soltando aliento.

—No lo sé, pensé que podrías decir algo acerca de... visitar amigos tuyos. O algo.

—Wow —dije—. ¿Crees que tengo amigos? Amigos con los que pasaría las fiestas, nada menos. —Tuve que reírme en alto por la ridiculez de ello.

—Bueno, no amigos, pero... tú conoces gente. —Levantó una ceja color ébano e inclinó su cabeza hacia un lado con suspicacia.



—He dejado todo eso atrás, Livvie. Ya lo sabes —dije sin alterar la voz.

—Pensé que ibas a llamarme Sophia de ahora en adelante. —Miró a su zapato y pateó una roca imaginaria.

—Esa pregunta no estaba hecha exactamente para James, ¿no? —Mantuve mi tono agradable.

—Tienes razón. Lo siento, James. —Dió un paso más cerca y dio una patada juguetona a la punta de mi zapato con su pie calzado con deportivas—. ¿Me perdonas? ¿Todavía conseguiré mi sorpresa?

Me reí porque no tenía otro recurso. Había llegado a entender que nuestra relación estaría acibillada de momentos donde el pasado succionaría toda la alegría del presente. Mi única esperanza era que con el tiempo suficiente, Livvie y yo construiríamos recuerdos capaces de superar nuestro comienzo.

—Sí, cuenta para los dos. Estoy demasiado emocionado por tu regalo como para dejarte que nos lo arruines.

Livvie levantó la vista hacia mí con una mirada fulminante que se convirtió en sonrisa.

—Es para los dos, ¿eh? No es lencería, ¿verdad? Porque eso es más para ti que para mí. No estoy diciendo que no me la pondría, pero voy a insistir en conseguir otros regalos también.

—Eres ridícula. —Empecé a caminar y Livvie rápidamente igualó el paso junto a mí.

—Tú eres Sexy —susurró mientras arrastraba mi brazo alrededor de sus hombros. Hacía incómodo caminar, pero no me importaba.

—Sí, lo sé. Es una maldición. En cualquier caso, estaba esperando que pudieras tomarte la semana de Navidad libre de trabajar. Quiero llevarte a París. —Tiré de ella más cerca y coloqué un beso en lo alto de su cabeza. La pelusa rosa de su sombrero se quedó pegada a mis labios. Levanté mi brazo de sus hombros y la quité.

Por el rabillo del ojo, observé a un hombre mayor observándonos a Livvie y a mí. No me habría dado cuenta, pero estaba solo y sin bolsas de compras y nada en sus manos. Me pilló mirándole e inclinó su cabeza a modo de saludo antes de volverse a mirar un escaparate. Cautelosamente volví mi atención hacia Livvie. El anciano no era nadie que conociera y difícilmente parecía peligroso. Había dejado el mundo de la intriga atrás. Los ancianos solo eran ancianos.

—¿París? Eres tan dulce cuando quieres. Aunque ya he estado en París, el año pasado. —Rebotó mientras caminaba con felicidad—. Aunque probablemente pueda tomarme el tiempo libre en el trabajo. Es tarde para hacer peticiones,



pero Giovanni es bastante bueno acerca de ese tipo de cosas. Estoy estudiando y no creo que espere demasiado de mí.

—Giovanni... ¿es atractivo? —Parecía estar rodeada de hombres algunas veces: Reed, Marco, Rubio y ahora Giovanni.

—Solo por el hecho de que es alto, de piel oscura y extranjero. No es mi estilo, en realidad. —Sonrió.

—Idiota. —Le di una palmada en el culo mientras caminábamos. La gente estaba empezando a mirarnos mientras caminábamos. Pensé en el anciano y empecé a sentirme mejor acerca de que nos observara. Era más que posible que Livvie y yo estuviéramos simplemente atrayendo la atención hacia nosotros. Alguna gente incluso parecía disfrutar nuestras payasadas—. En cualquier caso, ya sé que has estado en París antes. Lo leí en ese email que le mandaste a tu amiga.

—No me lo recuerdes —dijo Livvie.

—Te lo estoy recordando. No parecía que lo hubieras pasado muy bien mientras estuviste en París. Estabas sola y algún bastardo te robó la cartera. Pensé que podríamos ir juntos y hacer nuevos recuerdos. Nunca he hecho el papel de turista antes. Podría ser divertido. ¿Qué opinas? —Tomé varios sorbos de café, agradecido de que se hubiera enfriado lo suficiente.

Los ojos de Livvie me dijeron lo que necesitaba saber. Estaban brillantes y emocionados.

—Opino... que eres increíble, James. Nadie me hace tan feliz como tú.

Enganchó su brazo en el mío y descansó su cabeza en mi brazo. Dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción que me calentó más que el café.

—Está decidido entonces. Haré todos los preparativos. Nos quedaremos en el mejor hotel y comeremos en los mejores restaurantes. Veremos todas las mejores cosas y tendremos el mejor sexo. —Estaba asombrosamente aturdido. Nunca había sido de ese tipo antes. Intenté no pensarlo demasiado a pesar de la irritante preocupación que siempre corría por el fondo de mis pensamientos y que me advertía de lo peligrosa que podía ser la felicidad.

—¡Y yo estaré con el mejor novio del mundo! —Livvie dio un pequeño brinco y salpicó café en su mitón y su manga—. ¡Ah, no! Mi guante está todo mojado. Oh, bueno, al menos no me quemé la mano.

Nos detuvimos junto a la siguiente papelería y tiré el café. Livvie se quedó de pie, quieta mientras la limpiaba lo mejor que podía con mis manos enguantadas. Una vez que terminé, me quité mis guantes y los tiré a la basura junto a los suyos.



—Es la primera vez que me llamas novio —mencioné suavemente—. Compraremos guantes nuevos en aquella tienda de allí —señalé—. No hará daño buscar algunos atuendos para París. Me gusta más la idea de verte en lencería.

Me incliné hacia abajo y le besé los labios. Livvie se atrevió a profundizar nuestros afectos acunando la parte de atrás de mi cabeza y presionando sus labios una, dos, tres veces, contra los míos hasta que abrí mi boca a su lengua.

Los besos de Livvie habían ido de tímidos a hambrientos durante el transcurso de nuestra relación. Estaba sorprendido de descubrir mi creciente gusto por el descarado de Livvie. Había tenido una naturaleza recatada en el pasado y me habría encantado jugar a El Lobo Feroz con su Caperucita Roja. La levanté hacia mis brazos y envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Una madre metió prisa a sus niños para pasar junto a nosotros y nos llamó indecentes. Agarré el culo de Livvie y lo apreté antes de apartarme del beso y dejarla bajar. Tiré de mi abrigo hacia abajo.

—Sólo besaría así a mi novio —jadeó y se rió nerviosa. Le di un beso más y me las arreglé para mantenerlo casto.

—Acepto. Esos labios me pertenecen oficialmente y míos seguirán siendo. Si los encuentro en cualquier parte cerca de otro hombre, más le vale estar emparentado contigo. —Estaba completamente serio.

—Te las arreglas para decir las cosas más románticas de la forma más espeluznante posible. Si no te conociera, estaría aterrorizada de ti —dijo con una sonrisa y un guiño.

—Oh, todavía soy aterrador.

—No para mí —suspiró. Sentí un pinchacito en el pecho.

—Sólo es aceptable de ti. —Incliné mi barbilla hacia la tienda que había mencionado antes—. ¿Deberíamos hacer algunas compras de verdad en este paseo de compras o solo hemos salido para pervertir a niños pequeños?

—¿No podemos hacer ambas? —dijo con tal seriedad que luché por mantener una cara impassible. ¿Bromean tanto otras parejas? No lo creo.

Volvimos al apartamento de Livvie con tantas bolsas como podíamos manejar. Había habido algo de inquietud por parte de Livvie sobre permitirme pagar nuestras compras, pero fui rápido en señalar que era mi derecho como novio colmarla de regalos. Había perdido la oportunidad de cortejarla apropiadamente, había dicho y tan solo era justo que me permitiera compensarlo. Sentí que mil quinientos euros eran una propuesta suficiente para un día.

Ella había comprado bolsos, zapatos, vestidos de coctel, guantes nuevos y suficiente lencería como para tenerme arrancándosela durante unas cuantas



semanas. Había un par de tangas de encaje en particular que no podía esperar a abrirme paso a través de ellas a mordiscos. Oh, y un picardías rojo con copas en el pecho que era de un interés particular para mí. Había buscado una capa roja que fuera a juego pero me vine de vacío. La urgencia de cazar a Caperucita tendría que esperar.

—¿Tienes hambre? —preguntó Livvie. Apenas podía oírla mientras dejaba las bolsas en la sala de estar. Livvie se había encaminado hacia la habitación.

—Sí —grité—, pero no creo que tengas nada en tus alacenas que merezca...

—¡Entonces ven aquí y cómeme el coño! —interrumpió Livvie.

—Pequeña zorra —murmuré bajo mi respiración y me eché a reír. Me pilló—. ¡Vas a pagar por esto, Mascota! —grité mientras me abría camino hacia el dormitorio mientras me despojaba de guantes, abrigo y camisa—. Voy a lavarte tu sucia boca con mi polla. —Oí la ducha corriendo en el baño contiguo. Me quité los zapatos a patadas, me saqué el cinturón y deslicé el resto de mi ropa hacia abajo por mis piernas y me la quité.

—Ooooh, tengo taaaaaanto miedo —se mofó Livvie. Ya estaba en la ducha y enjabonando las partes que pretendía meterme completamente en la boca.

Ingredientes para Increíblemente Sexy: 1 Livvie y tan solo añadir agua.

No perdí tiempo una vez que entré en la ducha. Agarré a Livvie por el pelo mojado y tiré de su espalda hacia la pared de la ducha. El agua estaba caliente y pinchó mi fría piel. Me gustaba el ardor.

—¿Quién te crees que eres, dándome ordenes? ¿No te he enseñado mejor? —Lamí un caliente y húmedo camino subiendo por el lateral de su cuello mientras deslizaba mi polla contra su barriga.

—No se me quedó —jadeó caliente cerca de mi oído—. Enséñame otra vez.

Sus palabras hicieron que mi pulso se acelerase. Había habido momentos entre nosotros en México en los que había sido testigo de atisbos de la desfachatez de Livvie. Sin embargo, eran exactamente lo que habían sido: atisbos. La Livvie con la que estaba saliendo estaba a años luz de la Livvie que había mantenido cautiva. Después de una vida de ser subyugado o a la inversa, sacar a palos la desobediencia de los demás, me sorprendía cuanto disfrutaba el tira y afloja.

Pero, a pesar de que Livvie parecía determinada a presionar mis botones, sus acciones contaban una historia diferente. Estaba empezando a ver que sus palabras trataban menos acerca de ponerme en mi lugar y más acerca de forzarme a tomar unas medidas que me llevarían a comportarme... de un modo poco caballeroso.



—Es esa boca tuya. —La besé suavemente y casi pude sentir su disgusto después de esperar algo más rudo—. Te mete en problemas siempre. —Otro beso suave y otro.

Livvie hizo pequeños sonidos de frustración. Intentaba inclinarse hacia delante y profundizar el beso pero yo elegí ese momento para recordarle que mi puño estaba firmemente incrustado en su pelo. Hizo una mueca de dolor.

—¿Eso te dolió? —susurré contra sus labios y dejé otro beso débil. Hizo otro sonido de frustración y sentí el calor de sus manos en mis caderas urgiéndome hacia ella. Levante mi mano libre y tracé sus labios abiertos con la punta de mi dedo—. Te hice una pregunta, Mascota. Espero que la respondas.

Los dedos de Livvie presionaron más hondo en mis caderas. Sus ojos estaban ligeramente cerrados. Por alguna razón, nunca parecía poder manejar la rectitud de mi mirada. Lo permitía solo porque disfrutaba la forma en que abandonaba su autocontrol siempre que no pudiera ver. Pensé en todas las veces que le había vendado los ojos para conseguir los mismos resultados. Su lengua lamió sugerente mi dedo mientras rodeaba sus labios. *Nunca* había sido tan desvergonzada en México, no sin que le fuera recordada antes su necesidad de sobrevivir. Las cosas eran diferentes. Me deseaba. Quería entregarse a mí. Me sentí indigno de aceptar tal regalo, pero no me detuvo de aferrarlo ferozmente en mi pecho.

Largos segundos pasaron sin una respuesta.

—Haz lo que vas a hacer. —Su voz estaba repleta de lujuria.

Tiré de ella hacia abajo por su pelo, despacio pero con la fuerza de mi agarre detrás. Bajó con facilidad, con solo un pequeño chillido asombrado para sugerir su sorpresa.

—Dije que te iba a lavar la boca con la polla. —Envolví mi mano alrededor de mi polla y tracé sus labios con la punta—. Ábrela.

Me lamí mis propios labios mientras la lujuria que tamborileaba a través de mi cuerpo crecía en intensidad. Vi los labios de Livvie fruncirse con desafío. Colocó pequeños besos en la cabeza de mi polla y despacio bajó a lo largo. Era agradable de ver, pero no me ofrecía satisfacción. Si quería una lección, estaba obligado a dársela. Golpeé su cara con mi erección y sonrió con malicia. Agarré su pelo fuerte y jadeó, permitiéndome colarme dentro.

Calidez. Estaba rodeado por ella. Era una calidez que vibraba con cada murmullo de sorpresa que Livvie intentaba hacer. Embestí dentro gradualmente. Observé los labios de Livvie estrechándose sobre mi carne y centímetros de mí desaparecían dentro del calor de su boca dispuesta. Ahondé más profundo, hasta que los dientes arañaron los laterales de mi polla y la garganta de Livvie se contrajo a mi alrededor. *¡Sí! ¡Justo ahí!*



Sé que hay un montón de mujeres a las que no les gusta chupar pollas, pero Dios, amo a las que sí lo hacen. Por un momento me sentí a la deriva en la sensación de la boca cálida, húmeda y apretada envolviéndose alrededor de mi polla. La sensación era de ser casi doloroso apartarse. Cada instinto en mi cuerpo estaba insistiendo en que empujara más fuerte, más profundo, seguir follando, pero no lo hice. Me retiré rápidamente. Livvie estaba jadeando en voz alta. Un largo rastro de saliva conectaba sus labios sonrojados con la punta de mi polla.

—¿Más? —pregunté. Livvie asintió y empujé de nuevo hacia delante. Succionó y mis muslos empezaron a temblar.

No había mucho que pudiera hacer para contenerme de volverme demasiado rudo. Retiré mis manos lejos de Livvie y de mi polla y las coloqué en la pared frente a mí. Sentí más al oír el suspiro agradecido de Livvie. Fui recompensado más allá cuando sus manos deambularon desde mis caderas hasta mi culo y me empujó más profundo dentro de su boca.

—¡Joder! —Me permití quedarme quieto. Quería quedarme quieto. Se sentía tan bien. Las arcadas de Livvie empezaron a notarse y me retiré rápidamente. Más jadeos. Más saliva. Livvie abrió los ojos mientras recuperaba el aliento. Había lágrimas en sus ojos, pero sabía que no estaba llorando. Estaba lujuriosa. Su cabeza vino hacia delante y se frotó contra mi muslo suplicante. Era difícil procesar todas las cosas que sentía cuando Livvie se expresaba de esta manera. Si fuera un lobo, habría aullado. Si fuera un león, habría rugido. Si viviéramos en la jungla, le habría traído un lobo y un león para que se diera un festín.

Estiré el brazo hacia abajo y acaricié su cabeza mojada. Inclino su rostro hacia mi mano, sus ojos suplicando, su boca dejando besos en mi mano. Tuve un pensamiento: *¿Me ama a mí o ama todas las cosas que le hago?*

—Dime lo que quieres —dije. No era una pregunta. Los ojos de Livvie no abandonaron los míos y era fácil ver la súbita vulnerabilidad en ellos.

—Hacerte feliz —dijo. Parecía insegura, aunque no podía adivinar por qué.

—Soy feliz —dije. Sabía que podía presionarla más, pero no estaba de humor para las repercusiones. Tiré de ella hacia arriba sobre sus piernas temblorosas y finalmente le di el beso apropiado que había estado deseando. Mientras rompía el beso dije—: Date la vuelta y separa las piernas.

Hizo lo que le pedí mientras yo reacomodaba mi gran estructura en el pequeño espacio. La ducha de Livvie realmente estaba hecha para una sola persona. Me las arreglé para sentarme en el suelo de la ducha con sus muslos separados sobre mi cara. Besé su clitoris una vez antes de deslizar mi lengua en su interior y hacerle correrse.



Mientras se desmoronaba sobre mí, la guíé abajo hacia mi cuerpo hasta que finalmente se sentó en mi polla. El vacío dentro de mí se estremeció. Era suficiente, me dije. Todo lo que Livvie y yo teníamos era suficiente. No presté atención al vacío cuando cantó: *Por ahora*.

Livvie y yo nos besamos. Follamos.

El vacío estaba en silencio...



Capítulo 9

París es una ciudad hermosa, incluso en invierno. Es una exquisita mezcla entre lo viejo y lo nuevo. Es uno de los pocos lugares en que puedes encontrar un edificio de quinientos años con un Starbucks⁶ dentro. Sin embargo, como la ciudad más popular del mundo para visitar, la congestión de turistas afecta algunas de las experiencias. Por lo menos para mí. No me gusta la gente como regla general y me gustan aún menos cuando están pegados contra mí en un espacio abarrotado.

Era nuestro segundo día en París y Livvie había insistido en visitar el Museo Louvre. Gracias a una generosa propina, nos las arreglamos para sortear la cola para ver la *Mona Lisa*, pero no las tropas de gente que ya estaban dentro.

—Me gustaría poder verla mejor. Todo ese vidrio hace difícil ver los detalles. Aunque aún es bastante genial. ¿Qué opinas? —Livvie miró hacia arriba y torció su cuello para verme.

Fruncí el ceño, aparentemente es algo que hago muy seguido.

—Pienso que este bastardo detrás de mí debería tomar su borrosa fotografía y dejar de chocarme antes de que decida hacer una demostración de arte con su cara.

La sonrisa de Livvie se convirtió en un mohín de crítica.

—Está abarrotado, Sexy. El tipo no puede evitarlo. Por lo menos estamos delante. La última vez que estuve aquí, estaba más o menos en el medio y no podía ver a través de la gente. Me empujaban de todos lados. Finalmente sólo me di vuelta y me fui. —Se inclinó contra la pequeña barricada para dar un vistazo de más cerca.

—Bueno, esa idea promete. —Mire al hombre detrás de mí mientras Livvie no estaba observando. El levantó su mano e inclinó su cabeza disculpándose. Fue tan agradable que realmente me sentí mal por estar enojado. Éste era el efecto de estar con Livvie. Mi viejo yo hubiese dicho: *Sí, lo sientes. Ahora que te jodan.*

Hubo un golpe en mi pecho y me gire hacia Livvie, quien aparentemente me había pillado.

6 Starbucks : Cadena de Café Americana



—Se. Agradable. No quiero ser arrastrada a la cárcel de *Les Mis* con mi ropa elegante. Las lesbianas me comerían viva. —Sonrió.

—Dos chistes en una sola broma —dije con un tono sofisticado—. Te extralimitas un poco. Además se pronuncia *lay*, no *les*.

—De cualquier manera, fue divertido. —Livvie se sonrojo y se acunó contra mi pecho. Finalmente tuve que sonreír. Me llevó mucho tiempo darme cuenta de cuán adepta es Livvie a manejar estados de ánimo. Me había hecho olvidar que estaba enfadado y lo había hecho sin que yo me diera cuenta.

Tomé su mano y navegue nuestro recorrido a través de la multitud para que pudiéramos visitar otras exhibiciones menos solicitadas. Como la mayor parte de la gente, no sé de arte, pero sé lo que me gusta. Por mi parte, aprecio algunas de las piezas *menos sublimes* que la *Mona Lisa*. No encuentro su sonrisa tan misteriosa, para ser honesto. Disfruté *Otoño* de Giuseppe Archimboldo mucho más. El artista incorporó frutas y vegetales para crear el retrato de un hombre. Me hizo pensar sobre la vida y la muerte. Todas las cosas maduran y mueren. Pensé sobre tener veintisiete años. Sabiendo que la edad de uno tiene consecuencias.

Luego del Louvre, almorzamos en un pequeño café cerca del museo. El hotel proveía un chofer de cortesía, pero Livvie insistió que era hacer trampa utilizar esos servicios. Caminar era ciertamente más parisino y por lo tanto necesario en nuestra experiencia turística. No me resultaba extraño el hecho de caminar, pero no compartía sus pensamientos sobre este tema.

Para el momento que alcanzamos la torre Eiffel por el camino del Arco de Triunfo, estaba listo para lanzar a Livvie dentro de un taxi. Pero, por supuesto, teníamos que alcanzar lo alto de la torre. Livvie, siendo la hermosa, joven, y activa chica que es, aún estaba llena de energía y sonrisas. Era sólo su suerte, y mi mala fortuna, que su alegría pareciera ser infecciosa lo que me mantenía lejos de gruñir con desdén ante las trampas para turistas.

—¡Increíble! El ascensor está funcionando esta vez —dijo Livvie.

Tiré de ella lejos de la ventanilla de billetes antes que fuera su turno.

—Lo siento, gatita, pero no voy a entrar en esa cosa. ¿Qué pasa si se estropea? ¿Realmente quieres estar atrapada en una pequeña caja con docenas de extranjeros? La idea no es atractiva. —No me gustan los espacios confinados que no sean de la variedad apretada, húmeda y caliente.

—Ohh, ¿eres claustrofóbico? —Livvie puso una mueca triste y burlona.

—Cuidado, gatita. Odiaría tener que azotarte el culo delante de toda esta gente. —Tiré de ella cerca y le di una palmada firme en su trasero. Alguien sonrió tontamente mientras caminaba a nuestro lado. Livvie río.



—No puedo creer que hayas hecho eso.

—Pienso hacer mucho más, más tarde —susurre en su oído y lo mordisqueé en buena medida. Dio un pequeño grito y se alejó—. Sólo espero tener la energía después de subir todas estas malditas escaleras.

—¿En serio? ¿Las escaleras? —Al final era Livvie la que estaba quejándose sobre hacer las cosas de la manera difícil.

—Sí. Las escaleras. Y te está bien empleado por hacerme caminar por todo París. Espero que tus muslos se pongan delicados y doloridos en el camino hacia arriba. Eso hará las cosas mucho más interesantes cuando te haga sentarte de cuclillas sobre mí más tarde. —Arrugó su nariz y yo me reí.

—Eres cruel —dijo.

—¿Me querías de otra manera? —Recibí poco más que una mirada sospechosa—. ¿Tienes algo en el bolsillo de tu abrigo?

Inspeccionó su abrigo.

—No, todo lo que traje fue mi pasaporte, pero tú lo tomaste.

—Bien. Odiaría que te robaran nuevamente. —Besé su frente y dirigí nuestros pasos hacia las escaleras.

—¿Qué pasa si te roban a ti?

—Que tierno es eso, mascota. —Medio deseé que alguien lo intentara. Me estaba volviendo cada vez más desesperado por una pelea. Habían pasado meses desde que había tenido algún tipo de altercado. Estaba sorprendido de descubrir cuanto lo extrañaba. Aleje el pensamiento, por quizás centésima vez.

Mientras otros se apretujaban en el ascensor, Livvie y yo miramos hacia las escaleras. Me arrepentí de mi decisión de usar pantalón y zapatos de vestir casi inmediatamente. Había una pequeña capa de escarcha en las escaleras y mientras la pisábamos sólo se volvía más resbaladiza.

—Intenta de hacerlo con Mary Janes⁷ de terciopelo. Te lo juro, si muero, voy a estar muy enfadada contigo. —Livvie subió otro tramo escaleras.

—Como si yo fuera a permitir que te pasara cualquier cosa. Sería un sangriento desperdicio de redención, ¿no lo crees? —Estaba seguro que yo estaba sufriendo

⁷ **Mary Jane:** tipo de calzado consistente en un zapato de correa de talones bajos, frente cerrado y una correa que se abrocha a través del empeine. Usualmente solían llevarlo las niñas, pero hoy en día lo llevan mujeres de todas las edades y hay variedades con tacón más o menos alto. También se llaman *merceditas*.



mucho más. Además de escalar, estaba empujando a Livvie para ayudarla a subir las escaleras.

—¿Sangriento? Nunca te había escuchado decir eso antes. —Ella rió—. Y aunque aprecie la galantería, estoy bastante segura que la redención es para ti.

—Es una expresión común. Además... —me estire para estabilizar a Livvie después de que se resbalara en un escalón—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Pero en serio James, ¿podemos *por favor* tomar el ascensor una vez que hayamos llegado a la primera plataforma? Son más de 1000 escalones hasta la cima.

Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello mientras mantenía su aliento. Su frente estaba un poco sudorosa y sus mejillas estaban rojas por el frío. —¿Por favor? —Depositó suaves besos en mi mejilla—. Estoy suplicando. —Reí mientras absorbía la vista de su malévola sonrisa y su ceja levantada.

—Supongo —murmuré. *Realmente* no quería entrar en ese maldito ascensor. Subía raramente y exclusivamente si estaba solo.

La primera vez que tome un ascensor fue algunos años después de que llegaré a vivir con Rafiq. Él tenía negocios en Karachi y me llevó. Debía tener dieciséis años o algo así. Rafiq no me advirtió que la maldita construcción se movería y cuando salí de la caja mortal en movimiento vomité en el recibidor. No sólo nunca más lo acompañé a una de sus reuniones, sino que me hizo subir y bajar durante todo el tiempo que estuvo ocupado. Me llevó alrededor de siete u ocho viajes y la amenaza de un guardia de seguridad armado que dejara de gritar mientras el elevador viajaba entre los pisos.

—Eres el mejor novio que existe. Me dejas subir a ascensores y todo. —Livvie rió de alguna forma maniática.

—Ríete, mascota. Será *hilarante* cuando quedemos atrapados y el olor de los turistas mal aseados esté invadiendo tus fosas nasales. —Livvie sólo rió más fuerte mientras continuamos nuestro camino por las escaleras.

—No te preocupes Sexy, yo te protegeré. —Se giró y me guiñó un ojo. Livvie estaba lentamente pillando algunas de mis particularidades y pensé que no lo admitiría, pero eso siempre me hacía sentir... contento.

—Bien. Yo seré el que esté tratando de forzar las puertas para abrirlas con mis manos desnudas.

* * * *



—¡Dios! Creo que mañana voy a llevar zapatillas todo el día. Mis pies me están matando. —Livvie cojeó hacia la silla del escritorio de nuestra habitación e inmediatamente se estiró para quitar la tira que sujetaba el zapato en su lugar.

—Fue idea tuya caminar a todas partes —me reí mientras me mofaba de ella—. Ahora tendrás ampollas para conmemorar nuestro viaje a París. Puedes contarle a Claudia todo acerca de las tiritas parisinas que te compré en recepción. —A modo de burla cambié la voz imitando su vocabulario—. Estará *tan celosa*. —Hice una mueca de dolor mientras me quitaba los zapatos. Livvie me fulminó con la mirada.

—Sólo espero que sea capaz de oírme por encima del sonido de sus propias carcajadas cuando le cuente como le chillaste a aquel adolescente y a su novia en el ascensor.

—¡Estaban saltando de arriba a abajo! Sacudían la cosa entera. Son afortunados de que solo chillara. —Puse una silla delante de Livvie y estiré el brazo hacia uno de sus pies. Estaba tentado de hacerla volcar para detener sus carcajadas.

Su risa se transformó en un largo gemido lastimero mientras frotaba sus pies con ambas manos.

—¡Oh! Te amaré para siempre si no te detienes.

Un extraño calambre se propagó por mi pecho. Lo ignoré. Si Livvie me amaba, no tenía ninguna prisa en hacérmelo saber y yo no había sacado a relucir mis sentimientos por ella desde Acción de Gracias. Estábamos llevando las cosas despacio y conociéndonos. Lo discutiríamos con todo lujo de detalle. En cualquier caso, las palabras me revolvieron. El vacío bostezó como si despertara de una siesta.

—Esto no es caballerosidad —argumenté—. Espero que me devuelvas el favor completamente cuando termine. Además, creo que un buen masaje de espalda está a la orden del día. Mis músculos están tensos después de haber sido encerrado y apretado en nuestra gradual y tortuosa ascensión.

Livvie sonrió con los ojos cerrados.

—Amo la forma en que dices las cosas.

Estaba completamente perdida ante mi asistencia. Su falta de tacto en la elección de palabras ni siquiera se le pasaba por la cabeza y supuse que lo hacía mucho más fácil de perdonar. Sabía que aunque no me amase, se preocupaba por mí en gran medida y nunca me haría daño a propósito.

Livvie continuó:

—¿Consigo un masaje de pies y la oportunidad de frotarte? Realmente soy la chica más afortunada de París. ¿Siquiera te das cuenta de cómo te miran las



mujeres, Caleb? James. Lo que sea. Tú simplemente... eres jodidamente hermoso, eso es lo que eres.

—Guapo. Soy guapo. Y no, no me doy cuenta. Estoy demasiado ocupado mirándote. O usando mi cuidadosamente trabajada mirada mortífera para amenazar a cualquier hombre lo suficientemente estúpido para poner los ojos sobre ti. —Sonreí por el suspiro de satisfacción que obtuve de Livvie.

—Sí, definitivamente tienes talento para las palabras. Deberías ser escritor; verdaderamente estas lo suficientemente jodido para el trabajo

—¿No eres tú la escritora?

Livvie abrió los ojos y se incorporó. Hubo un breve momento en el que percibí que estaba nerviosa, pero se desvaneció rápidamente. Era todo sonrisas coquetas cuando habló.

—No en realidad. No es como si alguien leyera mi material. Solo está en mi ordenador.

—No es cierto. Claudia aparentemente lee tu trabajo. No sé si lo sabes, pero yo leo. Podría echarle un vistazo si quieres. Claudia parece pensar que no hay que perderselo.

Livvie lentamente retiró sus pies de mi regado y se sentó a horcajadas en mi asiento.

—¿Qué? ¿Sabes leer? ¡Estoy conmovida! —Me besó brevemente en los labios.

—Estas intentando distraerme —dije, poco impresionado.

—No lo estoy. Simplemente estoy ansiosa por darte ese masaje. —Frotó mis hombros y gruñí—. ¿Conlleva algo de aceite? La idea de deslizar mis manos por todo tu cuerpo es realmente atrayente. Podría quitarme toda la ropa si quisieras. —Presionó sus pulgares en mi cuello y frotó sus caderas contra mí. Sentí su aliento mientras susurraba en mi oído—: Incluso haré la parte frontal.

—No me olvidaré de esto —dije con poco entusiasmo.

Con toda honestidad, lo único que estaba verdaderamente pensando era en una Livvie resbaladiza y en lo fácil que sería deslizarme dentro de ella. Algunos días parecía que el único momento en que estaba firmemente conectado a ella era cuando estaba literalmente dentro de ella. Podía imaginarme como su *Príncipe Encantador*. No era un monstruo. Era digno. Mi corazón no era una cáscara vacía, estaba hinchado con sangre y sentimientos.

—Hey —susurró Livvie contra mi boca—. ¿A dónde te has ido, Sexy? —Estaba preocupada. Podía oírlo en su voz y los recuerdos amenazaban con invadirme. Odiaba lo familiar que era su preocupación por mí. Hice contacto visual con ella.



—Estoy aquí, exactamente donde quiero estar.

Sonrió.

—Yo también. —Me besó despacio, apasionadamente, e inherente a la presión de sus labios había un trasfondo de gratitud. Era difícil para mí aceptarlo dadas nuestras circunstancias, pero el vacío lo consumía de todas formas. Tenía la desfachatez de exigir más.

—Dime que eres mías, Livvie —el pasado se entrometió.

—Soy tuya, Caleb. —Sus labios viajaron cruzando por el lateral de mi cara y bajando hasta el cuello. Nuestras atenciones habían ido de lentas y apasionadas a rápidas y hambrientas. Succionó la carne de mi cuello dentro de su boca, marcándome. Yo ya llevaba sus arañazos en mi espalda—. Y tú eres mío. Sólo mío.

Odiaba dónde habíamos empezado Livvie y yo. Aborrecía que alguna vez hubiera herido a una persona tan increíble. Sin embargo, el pasado no venía sin su consuelo. Había habido una ocasión en la que trabajé con la ilusión de un objetivo y con fuerza. Livvie había proclamado su amor por mí y yo había mantenido todo el poder. Por todos los horrores de mi pasado, me conforté en mi entendimiento de la oscuridad de mi alma. Livvie había dejado entrar la luz y me había cegado. Busqué a tientas para tomar dentro mi nuevo mundo. Con Livvie a mi lado, me aferraba a ella, impotente y a menudo petrificado. Momentos como en el que nos encontrábamos eran un dulce auxilio.

Deshice los tres diminutos botones con forma de perla de la nuca de Livvie con cuidado antes de tirar contundentemente de la cremallera a lo largo de la espalda. Hizo un sonido sorprendido pero ansioso contra mi cuello. Desplegué la tela y la dejé deslizarse abajo por sus brazos pegándola a sus costados. Livvie gimió mientras se retorció contra mí. Sus caderas hacían pequeñas embestidas mientras perseguía su placer.

Puse mi boca contra su clavícula y succioné. Había dejado mis propias marcas en Livvie: había arañado con mis dientes a lo largo de sus caderas. Había dejado la huella de mi mano en su culo. Había un cardenal cerca de su pezón donde la había pellizcado mientras se corría. Su coño todavía tenía mi corrida la noche anterior. ¿Qué más necesitaba? ¿Qué más me merecía?

—Me haces sentir tan bien —jadeó Livvie. Sus rodillas se clavaron en mi cadera y sus manos tiraron de mi camisa en busca de más contacto. La larga línea de su garganta, hombros desnudos y escote expuesto se ofrecían a mi boca libremente mientras la cabeza de Livvie estaba echada hacia atrás. Dejé que mis labios rozaran contra la marca púrpura que había dejado en su clavícula.

—¿Sólo bien? No debo estar esforzándome lo suficiente.



—Mmm... esfuérzate más entonces.

Agarré sus caderas y la froté más fuerte hacia abajo contra mi erección. Sacó sus brazos liberándolos de su vestido y los envolvió alrededor de mi cuello mientras intentaba montarme. Incliné sus caderas hacia atrás y la sujeté en su lugar, dándome un festín con sus soniditos hambrientos.

—Otra vez con esa boca. Tan impertinente.

—Caleb —ronroneó—. Déjate de joder. Ya sabes lo que quiero.

Sonreí.

—¿Y eso que puede ser?

—A ti. Dentro de mí.

Mi polla dio un pequeño brinco de excitación.

—¿Quieres sentirme? —Puse mi mano bajo su vestido, tanteando la sensible carne de sus muslos donde sus medias se apretaban. Decidí que le compraría un liguero, como debería vestir una chica francesa. Continué mi exploración levantando el ribete de sus bragas de encaje para poder rozarla con las puntas de mis dedos.

—Sí... por favor. —Oí como Livvie tragaba saliva. Sus caderas intentaban guiar mis dedos. Mi dedo tiró del trozo de tela hacia delante. Sus bragas estaban mojadas donde su coño había descansado.

—¿Realmente crees que lo mereces? ¿Soy el tipo de hombre que aprecia una boca impertinente? —Un recuerdo: *“Me gusta tu boquita impertinente. No quiero hacerle daño.”*

—Yo... —Presionó hacia delante, su coño buscando—. Eso espero.

La toqué con el dorso de mis dedos.

—Lo soy —susurré y tomé su boca, ambas, al mismo tiempo. Se estremeció. Bombeé mis dedos dentro de su carne mientras recolectaba sus gemidos en mi boca. El placer de Livvie fue breve. Retiré mis dedos lentamente—. Pero eso no quiere decir que puedas hablarme como quieras.

Frunció el ceño.

—Caleb. —Presioné mis dedos mojados contra su boca. Se apartó. Estaba sorprendida y un poco disgustada. Había lamido su labio antes de pensar en ello. Traje su boca hacia la mía y lamí sus labios hasta que los abrió para mí otra vez.

Me gustaba el sabor a coño en su boca. Me volvía salvaje de lujuria. Una familiar parte de mí disfrutaba su horror y siempre lo haría. Me sentí como yo mismo.



Me sentí poderoso. Me aparté del beso. Me puse de pie, cargando con Livvie hacia la cama y la tiré sobre ella.

—Date la vuelta y tumbate extendida sobre la cama. Quiero follarte. —Livvie se sentó, su pecho agitado con su vestido arrugado juntándose alrededor de su cintura. Estiró la mano hacia él, para quitárselo, asumí—. No te dije que te lo quitaras —espeté. El miedo se encendió en sus ojos y ardió rápidamente hasta formar ascuas.

—Sí, Caleb —susurró. Lentamente, se dio la vuelta y gateó hasta la cabecera de la cama. Una vez allí, se levantó el vestido para descubrir sus bragas. La tela de encaje no la cubría completamente, dejaba el final de sus nalgas expuesto y enmarcaba su culo. Hizo contacto visual y me pilló mirando. Sonrió con coquetería y finalmente se tumbó en la cama.

—Sí, me gusta lo que veo. Había pensado que eso ya era muy obvio a estas alturas. —Palmeé su culo con un golpe sonoro—. No es necesario ser engreída. —Estiré el brazo hacia sus bragas y las deslicé hacia abajo por sus piernas. Me puse de pie para quitarme el cinturón. Livvie se tensó visiblemente. Sus manos formaron puños en el edredón. Para su crédito, no se movió. No intentó girarse para ver lo que estaba haciendo. No preguntó qué tramaba. Simplemente esperó. Paciente. Confiada. *Sumisa*.

Estuve tentado de azotarla con mi cinturón. La imaginé jadeando por la sorpresa, sus nalgas exhibiéndose rojas. Imaginé la forma en que lucharía por permanecer quieta. Visualicé los verdugones que dejaría mi cinturón. Otra señal. Otra marca. Otra declaración. Mi puño se apretó en mi cinturón. Lo dejé ir. No quería recordarle más de lo que ya había hecho.

Me desnudé lentamente. Me tomé el tiempo de colgar mis pantalones en el armario. Coloqué mis otras ropas a un lado para enviarlas a lavar. Observé a Livvie todo el tiempo, dejando que mi lujuria aumentara con cada minuto que ella esperaba pacientemente a que yo regresara.

O emitiera una orden.

Ojeé entre el equipaje para rescatar una botella de aceite que había traído. Realmente quería ese maldito masaje, pero podía esperar. Tenía planes diferentes. Dejé que mi boca mordisqueara y lamiera los dorsos de las piernas de Livvie en mi camino de vuelta a su Sexy culo. Ella temblaba. Un pequeño chillido escapó de sus labios cuando salpiqué el aceite en sus hoyuelos.

—¿Esto está bien? —pregunté. No necesitaba una respuesta a mi pregunta. Simplemente disfrutaba escuchando su respuesta. Fue lenta en consentir. No fue hasta que froté el aceite dentro de su raja con la cabeza de mi polla que sus labios se abrieron.



—¿S—s—sí? —Froté más fuerte—. Oh... espera... por favor... —Livvie se apoyó en sus codos e intentó arrastrar su cuerpo más arriba en la cama. No podía. Estaba clavada debajo de mí.

—Shhh. —Sujeté sus codos y la obligué a volver abajo—. ¿Confías en mí, gatita? —Desabroché su sujetador y masajeeé las marcas rojas que había dejado. Le gustó eso—. ¿Me crees cuando te digo que no te haría daño? No como antes. Jamás. —Mis pulgares presionaron en cada lado de su columna entre sus hombros y presioné adelante hacia la base de su cuello. Livvie suspiró.

—Sí. Confío en ti. —Su boca se puso flácida y sus músculos se aflojaron bajo mis manos—. Tan solo... sé suave.

Ostenté una sonrisa triste que Livvie no pudo ver. La primera vez que me había dicho esas palabras, había pensado que estaba a punto de hacerle el amor. En lugar de eso, me había dicho que me amaba y yo había sido cruel. No cometería el mismo error. Asentí la longitud de mi cuerpo sobre ella. Besé su hombro.

—Lo prometo, gatita. Me detendré si no lo quieres. —Presioné mi polla contra ella—. Separa las piernas. —No hubo duda esta vez. Los muslos de Livvie se separaron a cada lado de mí en invitación.

Observé el lateral de su rostro atentamente mientras movía mis caderas. Mi polla estaba resbaladiza. Sabía que podía sentir su calor y su peso deslizándose entre sus nalgas. La penetración no ocurriría, y habiendo eliminado la amenaza de ello, sabía que la tentación sería sembrada.

Los ojos de Livvie estaban cerrados, solo abriéndolos ocasionalmente cuando acompañaban un tímido gemido. Sus dientes acosaban a su labio y ya sus dedos estaban cerca de su boca. La mancha rosa de la excitación pintaba su mejilla.

Besé su mejilla, su nuca, su hombro... ligeros y pequeños besos que ofrecían consuelo pero no hacían nada por aliviar el calor de la excitación. La quería delirante de deseo. La quería palpitando con lujuria. La quería suplicando.

Ajusté mi ángulo y por primera vez dejé que la punta rozara su apertura. Era una sugerencia implícita, pero solo eso. Quería que ansiara mi dominación tanto como yo deseaba su sumisión.

¡Victoria!

Livvie dejó salir un sonido de súplica. Sus caderas hicieron pequeñas embestidas antes de que pudiera evitarlo. Volví a frotar contra ella. Atesoré el suspiro de desilusión de Livvie, la forma en que obligaba a sus caderas a dejar de moverse.

—Dime lo que quieres —dije ardiente en su oído.

Frunció el ceño, resistiéndose.



Aparté hacia atrás mis caderas y acaricié su agujero con un dedo aceitoso. Presioné dentro lentamente, solo hasta la primera falange. Livvie estaba gimiendo en voz alta. Me retiré.

—Dímelo.

—Por favor, Caleb —Levantó el trasero.

—Dímelo. —Sostuve la punta de mi polla contra ella y empuje suavemente.

—¡Oh, Dios! —Agarró con los puños las sábanas y arqueó la espalda—. Por favor, Caleb, te necesito.

En verdad era suficientemente bueno para mí. Sin embargo, habiéndome ganado de repente la sumisión que deseaba, me pregunté si quizás estaba mal aceptarla.

Besé el hombro de Livvie.

—Gracias por eso. Sé que soy un hombre difícil para confiar. —Mis dedos encontraron su carne mojada y se deslizaron dentro. Era territorio conocido. No requería que fuese suave o cuidadoso. No requería que ella doblegara su voluntad a la mía. Era *seguro*.

Livvie siseó con excitación. Sus caderas se movieron tanto como eran capaces bajo mi peso.

—¿Qué estás haciendo? —su voz llevaba poco más que aliento.

Curvé mis dedos hacia abajo, presionando contra el frente de sus paredes internas. Sabía que la haría correrse de esa manera.

—Pensé que era obvio. Primero voy a hacer que te corras y luego voy a follarte hasta que lo hagas otra vez. Y quizás una vez más después de eso.

Gimió. Yo vivía para ese sonido.

—Pero... pensé... oh Dios... justo ahí... —Una serie de gemidos y suplicas incoherentes llenaron el pequeño e íntimo espacio entre la boca de Livvie y mis oídos. Una ráfaga mojada escapó alrededor de mis dedos enterrados. El cuerpo de Livvie estaba rígido, interceptado por su orgasmo. Y luego se volvió floja. Retiré lentamente mis dedos. Estaba ansioso por reemplazarlos.

—No, Caleb —murmuró contra las sábanas—. No así.

—¿No así qué?

—Sé lo que quieres.

—No quiero hacerte daño.



—Quiero que me hagas daño —susurró.

Su pelo estaba apelmazado contra su frente. Su cuerpo estaba enrojecido y sus ojos cerrados. No se dio cuenta de mi reacción tensa. No abrió los ojos para asimilar el momento. Parecía flotar en su dicha a pesar de pedirme que le hiciera daño. *¿Quién coño eres tú?*

—¿Quieres que te haga daño? —susurré.

—Confío en ti, Caleb.

—Pero...

—Shhh —arrulló—. No lo analices. Solo hazlo.

Con más que una pequeña cantidad de inquietud, lo hice. Presione dentro de su culo en minúsculos grados. Podía oír su aliento, respiraciones profundas, dentro y fuera. Me estaba permitiendo entrar en su cuerpo a través de su sumisión. Se mantenía abierta y preparada.

Mi corazón latía con suficiente fuerza como para dejar un cardenal en mi pecho. No lo entendía. Ella quería que yo cambiara. Quería a alguien diferente. ¿Verdad? ¿Por qué me estaba atormentando? A una parte de mí no le importaba. Lo deseaba demasiado como para importarme. Me concentré en mis embestidas poco profundas. Me concentré en la presión rodeándome y en la leve rozadura de cada centímetro ganado con sudor mientras me enterraba.

Livvie gimió. Era un sonido nacido del dolor. Me quede perfectamente quieto.

—Más —susurró. Obedecí.

Había lágrimas en sus ojos para cuando estuve totalmente dentro. Casi tenía miedo de moverme, pero igualmente estaba determinado a tomar lo que Livvie tan valientemente ofrecía. Mi mente estaba aturdida, mi cuerpo no.

—Última oportunidad —dije. Presioné mis labios en su mejilla y volvieron mojados. Lamí mis labios para ingerir sus lágrimas. Había saboreado su tristeza. Había saboreado su alegría. Me preguntaba qué tipo de lágrimas saboreaba en ese momento.

—*Por favor* —y sus caderas moviéndose fueron su respuesta.

Estaba tan enmarañado por dentro que fue un alivio dejar que mi cuerpo se hiciera cargo. Me dejé caer, dentro de un ritmo, dentro del vacío, dentro de Livvie. Dejé sus quejidos, gemidos y gritos entrar en mis oídos. Los respondí con gruñidos, rugidos y siseos de respiración. Mientras mi ritmo se incrementaba, el sonido de nuestros cuerpos golpeando juntos se unió al coro.

Livvie se retorció debajo de mí. A veces me urgía a ir más profundo, más fuerte y más rápido. Otras veces, sus sonidos y movimientos me suplicaban que fuera



más despacio y me retirara. No había pausa. Detenerse era inaceptable para ambos.

Cuando no pude soportar el calor, tiré de Livvie para ponerla de rodillas. Empujó hacia atrás contra mí, enterrándome dentro. Gritó, viniendo y montándome más fuerte.

Mi mundo se inclinó en su eje. *¡Mía!*

—Me voy a correr —advertí.

—Dime que me amas —dijo.

—¡Tu primero! —grité y me derramé dentro de ella.

No discutimos nada de eso después. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a ceder más terreno emocional.



Capítulo 10

Para cuando los primeros días de enero asomaban su cabeza, Livvie y yo estábamos empezando a establecernos como pareja. Por supuesto, no éramos la típica pareja, pero estábamos poniéndonos cómodos con lo que éramos. Las pesadillas eran menos frecuentes y nos atacábamos el uno al otro con menos continuidad. Livvie me dejó metérsela por el culo a veces (sonrisa).

Naturalmente, tuve que poner mi mejor esfuerzo para joderlo todo.

Bueno, antes de que continúe, por favor, permitidme decir que no estoy orgulloso de lo que hice a continuación. Estaba aburrido y con una curiosidad insaciable. Además, en caso de que no lo hayáis notado, no estoy hecho de la materia del típico novio.

Era la primera vez que había estado en el apartamento de Livvie solo. Tenía clases durante el día, pero no tenía que trabajar por la noche. Me preguntó si estaría allí cuando llegara a casa y le dije que sí, porque le ganaba a estar en mi habitación de hotel.

El sol inundaba el apartamento de Livvie. Me acosté en su cama, cubierta de cojines de diferentes colores y formas (en serio, señoritas, ¿qué mierda con todas las almohadas?). Me sentí especialmente sucio masturbándome en su cama con volantes. Me aseguré de limpiarme con una almohada de pelo rosa. Esperaba que eso provocara que Livvie se deshiciera de la maldita cosa.

Después, me di una ducha, me preparé un plato de *Cocoa Puffs*, y examiné la pila de películas que Livvie había alquilado y dejado en la mesa de café. Nunca había sido el tipo de hombre que le gustaba comer cereales, por no hablar de cereales para niños, pero a Livvie le encantaban esas cosas y a menudo era lo único que podía encontrar en su cocina. Sabía que ella podía cocinar cuando quisiera, pero rara vez parecía de humor para hacerlo. Algunas noches comíamos cereales para la cena.

Decidí no ver las películas sin Livvie, ya que parecía disfrutar entreteniéndome con factoides⁸ de películas al azar mientras las veíamos. Cometí el error de preguntar por qué estábamos viendo el "*Episodio IV*", en lugar de empezar desde el principio y lo que siguió fue una diatriba acerca de George Lucas y cómo arruinó *Star Wars* cuando lanzó tres precuelas. No presté mucha

⁸ **Factoide:** Se trata de una mentira mezclada con verdades, una "media verdad" o incluso un "hecho" veraz porque está provisto de cierto fundamento verdadero, aunque es dudoso, no verificado, incorrecto o directamente "fabricado" para parecer un hecho.

atención, pero disfruté viendo a Livvie despotricar sobre cosas que no estaban relacionadas conmigo. Lo que no me gustaba mucho era la forma en que me observaba todo el tiempo mientras veía la película para evaluar mi respuesta durante las escenas “impresionantes”.

Mientras estaba sentado en el sofá comiendo mis cereales, mis ojos se posaron en el ordenador portátil de Livvie. ¡Estaba simplemente allí en la mesa de café, provocándome! Livvie estaba con esa cosa cada vez que tenía tiempo. Quería saber desesperadamente lo que había estado escribiendo y por qué estaba ocultándomelo. Me acordé de la forma en que Livvie le había espetado a Claudia que se callara. Y luego, la forma en que había evitado el tema en París. Solo me puso más curioso. Determiné con bastante rapidez que tenía que tratar acerca de mí, o de nosotros, o mejor, de ella.

Metí el resto de los cereales en mi boca y puse el tazón en la mesa. Recogí el portátil y lo abrí. Una sonrisa curvó mis labios cuando vi la pantalla. Era una foto mía durmiendo en su sofá en Acción de Gracias. Llevaba pantalones, pero la fotografía se centraba en mi cara y pecho desnudo. *Qué pequeña perversa, tomándome fotos mientras estoy indefenso.*

Me solicitaba una contraseña. ¿Por qué tenía que tener una contraseña? ¿Acaso no confiaba en mí? Espero que estéis sonriendo porque sé que yo lo estaba haciendo.

De todos modos, me llevó la mayor parte de la mañana, pero finalmente accedí al ordenador portátil de Livvie. Su contraseña me provocó una mezcla de emociones: Supervivencia. Si estáis horrorizadas, por favor considerad que era plenamente consciente de que Livvie descubriría lo que había hecho. No estaba tratando de ocultar mis actos. Solo quería saber qué diablos había en su portátil y por qué eligió ocultármelo.

Hubo un momento fugaz en que consideré que podría estar abriendo la caja de Pandora, pero realmente fue fugaz. Hice mi negocio de saber lo que está pasando a mi alrededor, que me ha salvado el culo más de una vez.

Livvie es muy sistemática. Su escritorio estaba organizado en una serie de carpetas: CIN101, ING202, HIS152, ART102, Plan de Estudios, y la más atractiva, CAUTIVA. ¿Alguna conjetura en cuanto a qué carpeta abrí por primera vez? ¡No! No fue la de cine.

Había varios documentos diferentes dentro de la carpeta: Caleb, Reed, Sloan, procedimientos del FBI, México, Oriente, Síndrome de Estocolmo, Tráfico humano, Cautiva_D1_R2. Mis dedos comenzaron a temblar mientras merodeaba sobre cada archivo. Me preguntaba lo que iba a descubrir. Me preguntaba si podría procesar lo que encontraría. Me preguntaba si me sentiría diferente hacia Livvie una vez que los leyera. Si ella me estaba traicionando de



alguna manera, ¿querría saberlo? Ya sabía que no habría vuelta atrás. La ignorancia nunca me ha servido bien.

Probé las aguas al abrir un documento denominado “Sloan”. Contenía una descripción de su apariencia y una lista de sus particularidades. Sloan me pareció interesante de una extraña manera (¿Tejido libre y taxidermia interpretativa? ¿Qué?). Inmediatamente me trasladé al archivo de Reed.

Altura: 185 cm. Peso: 88 kg. aprox. Descripción: pelo negro azabache, un poco demasiado largo (sorprendente debido a su trabajo y su obvia retentiva anal). Se le enrosca un poco alrededor de las orejas y la nuca. Sus ojos son oscuros y expresivos, debido a sus oscuras cejas. Bien afeitado (muy meticulosamente arreglado, aparte del pelo). Sus labios (mmmmm). Su boca es cálida y sabe a café y menta. Se cabrea un poco cuando le besas inesperadamente (¡já!).

La rabia me impactó rápida y fuertemente. ¿Por qué lo había besado? ¿Qué había estado haciendo realmente con Reed cuando había venido a “chequearla”?

Tuve que dejar de leer y tomar unas cuantas respiraciones profundas. Livvie no me traicionaría. ¿Lo haría? Obviamente no me había delatado. Me obligué a seguir leyendo.

Livvie pasó a describir a Reed como apuesto e ingenioso. ¡Yo soy jodidamente apuesto e ingenioso! Apuesto a que Reed habla solo un idioma. ¡Yo soy ingenioso en cinco!

Me trasladé a mi archivo. Sin duda, tenía que ser mejor que lo que tenía en Reed. Recordé a Livvie diciéndome en México que esperaba escribir un libro algún día. También me había dicho que la primera regla de la escritura era escribir acerca de lo que sabes. El pensamiento me llenó de aprensión.

El documento era más largo que los dos anteriores, sobre tres páginas. Había logrado una gran cantidad de detalles. La descripción me tranquilizó un poco. Livvie era muy halagadora, excepto que sentí que me había transformado de una persona a un personaje, y no estaba seguro de lo que sentía por ser escogido aparte.

Altura: 190 cm. Peso: ¿95? Descripción: pelo rubio, ojos color azul Caribe. Una boca llena hecha para besar. Tiene un colmillo que está un poco demasiado afilado y ligeramente fuera de línea con todos esos otros dientes perfectos (la primera vez que lo vi, sonreí). Musculoso, pero fibroso, no voluminoso o excesivamente musculado. Piel bronceada por el sol, no por una máquina. Tiene vello rubio casi invisible por todas partes (besando su espalda, se encuentra hacia el final, súper suave).

Particularidades: Caleb siempre parece estar pensando que algo es gracioso o divertido (con esa ridícula sonrisa). Sus ojos pueden ser hermosos o jodidamente aterradores (aguas tranquilas versus oscuras aguas turbias).



Su boca se pone tensa cuando está enojado e intenta no mostrarlo. Frunce el ceño mucho y a veces lo hace mientras está sonriendo, lo que por lo general significa que está a punto de hacer algo especialmente cruel (esos primeros azotes).

El perfil de personaje de Livvie continuaba hablando sobre mí. Escribió trozos de cosas que recordaba acerca de mí. Incluso llegó a describir mi polla, cómo lucía cuando me corría, y la forma en que me reía. ¿Claudia había leído estas notas? Sabía que había leído al menos una parte de la historia de Livvie. ¿Qué diablos podría haber estado pensando posiblemente? Me molestó darme cuenta de inmediato lo apretados que estaban mis labios mientras me mordía la punta de mi lengua para intentar calmarme. Me eché a reír amargamente.

Finalmente abrí *Cautiva*.

Prólogo:

Esto no es un romance. Los romances están llenos de hombres valientes y damiselas de sonrisas bobas en apuros. Los romances tienen héroes dignos de ese título. Matan dragones y trepan torres para rescatar a hermosas princesas con quienes se casan inmediatamente y las embarazan. Los romances terminan con finales felices para siempre. Esto no es un romance.

Esta es una historia de amor. Los personajes son imperfectos hasta el punto de estar rotos. El héroe es hermoso, pero horrible en formas que desafían la imaginación ordinaria. La heroína no se encuentra atrapada en una torre, sino en una habitación oscura y solitaria. No hay ningún príncipe viniendo a salvarla. Mientras el amor florece y prospera, no hay incluso un final de felices para siempre. El amor no siempre comienza ni termina de la forma en que nosotros deseábamos que lo hiciera.

Una historia de amor puede ocurrirle a cualquiera. Ésta me ocurrió a mí.

Las palabras agitaron algo dentro de mí. No había duda en mi mente. Livvie estaba escribiendo un libro acerca de nosotros. Nuestra historia no es un romance. No era digno de ser llamado un héroe. Era hermoso por fuera y horrible por dentro. Nosotros... No teníamos un final de felices para siempre.

Tragué saliva. Tragué saliva un par de veces más.

Había llegado demasiado lejos para detenerme. Seguí leyendo:



Estoy corriendo por la acera, tratando de escapar del hombre siniestro dentro del coche detrás de mí, cuando miro hacia arriba y lo veo. Tal vez es su fácil paso, o la forma en que su mirada pasa más allá de mí en vez de sobre mí, pero por alguna razón, parece seguro. Pongo mis brazos alrededor de su cintura y le susurro—: Solo sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

Lo hace y estoy sorprendida cuando sus brazos se envuelven alrededor de mí. El momento de peligro parece pasar muy rápidamente, pero por alguna razón no quiero dejarlo ir. Me siento segura en estos brazos y nunca me he sentido segura antes. Y huele bien, huele como me imagino que un hombre debe oler, como a fresco jabón limpio, piel caliente y un ligero sudor. Creo que me estoy tomando demasiado tiempo para dejarlo ir, así que lo suelto, como si me hubiera quemado. Entonces levanto la vista y reconozco al ángel delante de mí. Mis rodillas casi se doblan.

Es la cosa más hermosa que he visto nunca. Eso incluye a cachorros, bebés, arco iris, puestas de sol y amaneceres. Ni siquiera puedo llamarlo hombre, los hombres no se ven tan bien. Su piel está muy bronceada, como si el sol se hubiera tomado su tiempo besando su piel a la perfección. Sus antebrazos musculosos se espolvorean con el mismo pelo dorado de la cabeza. Y sus ojos imitan el azul verdoso del mar Caribe que solo he visto en los carteles de cine.

Sonríe, y no puedo evitar sonreír también. Soy una marioneta. Él tira de mis hilos. Su sonrisa revela sus hermosos dientes blancos, también su agudo canino en el lado izquierdo. Sus dientes no son perfectos, y la pequeña imperfección parece hacerlo más hermoso.

Está diciéndome algo, algo acerca de otra chica, pero me niego a escuchar.

Era la primera vez que nos conocimos. Se había sentido segura en mis brazos, sin sospechar, sin saber lo que iba a hacer con ella. Incluso sabiendo todas las cosas que sucedieron después, el hecho de que estuviéramos teniendo una relación, me sentí mal del estómago por encima de sus palabras. Su elección de frases hizo evidente su juventud. Me había comparado con cachorros, bebés, y el arco iris. Tan joven e ingenua; yo arruiné eso.

El primer borrador de Livvie no se parecía a nada de lo que hayáis leído. No tenía mi perspectiva. No tenía conocimiento de mis pensamientos o las cosas que estaban en juego durante los primeros encuentros. El cuadro que pintó era de una niña triste, sola y atrapada en una habitación en manos de un monstruo sádico que no le importaba nada su bienestar. Este era el recuerdo de mí que Livvie tenía.



Leí sobre su secuestro, viviendo cada momento de su miedo con ella y sintiendo rabia cuando hablaba de Jair golpeándola hasta dejarla inconsciente. Estaba más allá de lo surrealista leer las primeras impresiones de Livvie sobre mi voz fría y distante mientras estaba atada y ciega en la casa de Felipe. Había pensado que iba a violarla y matarla. Supongo que yo sabía esas cosas entonces, pero no me importaban y eso era lo peor. Recordé que no había importado. Esa era la verdad sobre el hombre que era.

Estaba ávido de castigo y seguí leyendo. Para mi sorpresa, me encontré con connotaciones eróticas. Mientras recordaba los momentos vívidamente y con un cierto cariño enfermizo, leerlos desde su punto de vista era como un cuchillo girando en mis entrañas. No estaba seguro de si la Livvie que había llegado a conocer era de verdad la Livvie que había sido. Quizá simplemente la había alterado para adaptarse a mí.

Me pregunté si Livvie hubiera sido otra persona, una chica diferente como la que había sugerido una vez, si hubiera seguido adelante y la hubiera vendido a Vladék. Me pregunté si Livvie nunca hubiera escapado de mí, o nunca sufrido el encuentro con los moteros, si hubiera tomado a esta hermosa mujer y la habría arruinado. En ese momento, habría hecho cualquier cosa para deshacer las palabras en frente de mí. No quería que existiesen. No quería que fueran verdad. Con todo lo que era, deseaba volver a ese primer día que conocí a Livvie y tomar decisiones diferentes. Sin embargo, había una persistente voz en mi cabeza que me recordaba a qué distancia tendría que ir a deshacer mis errores. Tendría que volver a la noche en que Narweh me golpeó y renunciar a mi lucha por vivir.

¿Dónde estaría Livvie en su vida si yo simplemente hubiera muerto?

¿Dónde estarían todas las mujeres que había hecho sufrir? Era demasiado tarde para salvar a Pia Kumar. Había enterrado a sus amos vivos junto a ella para que pudiera ser capaz de oír sus gritos.

Tuve que apartar la vista de la pantalla. Tuve que dejar a un lado el ordenador portátil y caminar hacia el balcón para tomar aire. Mi pecho se sentía pesado. No era de extrañar que ella no pudiera decir que me amaba. ¿Qué derecho tenía a ser amado? Entré en la casa y le escribí una nota.

He leído tu libro. Sé que estarás furiosa y tienes derecho. Me doy cuenta de que querrás gritarme y tienes derecho a eso también, pero tengo que ser honesto y decir que no estoy seguro de que pueda aguantarlo por el momento. Voy a estar en el hotel por unos pocos días. Tengo que pensar.

Tuyo,

Caleb



PD. Lo siento por todo.

Recogí las escasas pertenencias que tenía en el apartamento de Livvie y cerré la puerta detrás de mí cuando me fui. Estaba entumecido y sin saber qué hacer a continuación.

Apenas podía conducir. Mi atención no se centraba en la carretera, sino en Livvie. ¿Por qué me había dejado quedarme con ella? Después de todas las cosas que le había hecho pasar, no me podía imaginar sus razones para invitarme de nuevo en su vida. Tal vez era solo que me temía. Tal vez solo quería mantenerme cerca y mantener un ojo en mí. Era la cosa más inteligente para hacer. Es lo que yo haría.

Odiaba lo débil que mis sentimientos por ella me habían hecho. No era un niño llorón. Odiaba la forma en que me sentía vacío cuando no estaba cerca de ella. Detestaba esperar en mi habitación del hotel a que saliera de la universidad o el trabajo. Pensaba en ella como *mía*. Era mía, y sin embargo no podía tocarla donde importaba. No podía tocar su corazón y forzarla a que me diera cosas que estúpidamente había llegado a necesitar. Por un momento... la odié. Odié amarla.

Quise regresar a mi hotel, pero mis pensamientos me llevaron a otro lugar. Había visto el gimnasio un par de veces e incluso había pensado en ir pero al final decidí no hacerlo. Yo era una persona violenta. No pensé que fuera una buena idea estar cerca de la violencia. Al parecer había cambiado de opinión. Mi violencia necesitaba ser liberada.

Estacioné el vehículo y entré. Fui asaltado inmediatamente por el olor a sudor masculino. La sala prácticamente estaba llena de olor corporal. No había aire acondicionado, ni escaleras mecánicas, o paredes forradas con cintas de correr y máquinas de entrenamiento de circuito. Este era un verdadero gimnasio. Este era un lugar donde los hombres iban a convivir con la bestia que vive en todos nosotros.

La adrenalina me encontró por fin. Mi corazón latía con ella, mis puños, mis músculos se estiraron y flexionaron. Estaba prácticamente excitado por una pelea. Busqué en la habitación a alguien que pudiera estar dispuesto y ser capaz de enfrentarse a mí.

—¿Puedo inscribirle? —Alguien preguntó en español. Me volví y miré al hombre detrás de mí.

No era muy alto, pero se movía con extrema confianza. Era tal vez un poco más joven que yo, también, y pensé que eso se añadía a su actitud. Tomé mi medida lentamente y decidí que el hombre era probablemente algún tipo de artista marcial, sus piernas parecían capaces de romper huesos.



—Me gustaría pelear —dije con toda la calma que pude. No debí tener un gran éxito en retratar tranquilidad porque me miró un tanto sospechosamente.

—¿Inglés? Está bien. Hablo un poco. Necesitas... —Luchó por una palabra, pero terminó señalando su ropa.

—No traje nada —dije—. No lo necesito. Simplemente así. —Barrí mi mano por mi camiseta y pantalones vaqueros. No me molesté en explicar que podía hablar español. No estaba de humor para conversar. Él sonrió y negó con la cabeza.

—¿Luchador? ¿Qué estilo? —Caminó hacia la puerta principal y hacia una habitación doblando a la izquierda. Supuse que era la oficina. Entré, un tanto molesto porque no pudiera saltar a la acción.

—Estoy entrenado. —Rafiq había sido un oficial del ejército y me había dado bastantes instrucciones. Uno de mis recuerdos favoritos era el día que finalmente lo había derrotado en el mano a mano. Había tomado un gran riesgo enseñándome todo lo que hizo. Sin él habría sido un analfabeto, un prostituto indefenso. Era irónico que las mismas habilidades que él me había enseñado hubieran ayudado a su fallecimiento.

El hombre de recepción puso los ojos en blanco y murmuró acerca de mí en español. Pensaba que era un idiota que había venido para conseguir que le patearan el culo. Parecía divertido por la idea. Agarró unos documentos de una impresora detrás de él y los puso delante de mí.

—Por favor, escribe toda tu información y firma en la parte inferior. Necesitas identificación y dinero para la membresía.

Llené la información necesaria y saqué todo el dinero en mi cartera. Era suficiente para cubrir mi membresía por tres meses. El hombre de recepción parecía contento con mi pago y se levantó para darme la mano.

—Carlos.

No viendo ninguna razón para hacer un nuevo enemigo, le estreché la mano y probé mi nombre.

—James. —Dejé caer mi mano y miré hacia el ring—. ¿Puedo luchar ahora?

Carlos sacudió la cabeza, un poco exasperado.

—Está bien. Lucha. —Caminó más allá de mí y lo seguí hacia el ring. Llamó a un luchador cercano. Escuché mientras informaba al hombre de mis intenciones. El luchador me midió y sonrió antes de que le informara a Carlos que estaba dispuesto a luchar. Ninguno de ellos parecía pensar que yo tuviera algún talento.

Les di un pequeño asentimiento mientras me quitaba los calcetines, zapatos y camisa. No me importaba cómo fuera a ir la lucha. Solo me importaba golpear.



Acepté el protector bucal mal ajustado que me entregaron y me lo puse. También presté atención y llevé el casco obligatorio.

En cuestión de minutos, estaba en el ring frente a Fernando. Pensé que estábamos bastante igualados. Era un poco más bajo que yo, pero sus músculos eran más voluminosos y definidos. Sabía que su estilo de lucha implicaba el uso de sus piernas mientras las estiraba, doblando sus pies hacia su culo.

Rodé mi cabeza y hombros, moviendo mis brazos. Salté sobre las puntas de los pies, calentando mis músculos tanto como podía en el corto espacio de tiempo que me había dado para prepararme. No mantuve ilusiones acerca de no ser golpeado. De hecho, anhelaba los golpes que pronto aterrizarían en mí. Sabía que me enfurecerían. Sabía que iban a desencadenar la furia que había estado guardando bajo llave.

Sabía que una vez que la furia se hiciera cargo, todos los pensamientos de Livvie cesarían. Sabía que el dolor interior cedería al dolor externo.

Carlos nos llamó hacia el centro y citó las reglas para mi beneficio: nada de dedos en los ojos, morder, romper huesos, golpes en la ingle, cabezazos, o luchar después de la campana. Había más reglas de lo que estaba acostumbrado, pero hasta entonces, nunca había peleado contra nadie, excepto Rafiq por diversión. Aun así, estaba aprendiendo la supervivencia. Implícito en las reglas, pero no necesario para nadie más que yo, había una regla más: No matar.

Fernando y yo asentimos el uno al otro y tomamos uno o dos pasos hacia atrás desde el centro. Carlos abandonó el ring y tomó una posición no muy lejos. Tocó el timbre. El hombre frente a mí no estaba ansioso. A pesar de la sonrisa y el exceso de confianza que mostraba, se tomó el tiempo girando en el ring y midiendo mis fuerzas. Hice lo mismo.

Entró en erupción rápidamente. Ya que esperaba una patada de sus poderosas piernas, me quedé atrapado con la guardia baja cuando simplemente me empujó con toda la fuerza de su cuerpo. Me levantó y golpeé mi espalda contra una esquina. Una rodilla subió y aterrizó en mis costillas. Mi respiración me dejó en un segundo.

Con mis manos libres, las junté y aporreé en la unión entre su cuello y hombro. Dio un paso atrás y aterricé otro golpe en el mismo lugar antes de tener suficiente espacio para levantar mi pierna derecha y empujarlo hacia atrás. Sonrió e hizo un movimiento con las manos levantadas: *Vamos*.

Me había dejado sin aliento y yo no había hecho casi nada para convencerlo de que era un digno oponente. Era una situación que pretendía remediar rápidamente. Llegué a él con una serie de patadas que aceptó con bastante facilidad. Con tantas patadas que desvié su atención de mis manos e hice mi movimiento. Le di un puñetazo en el lado del cuello con la izquierda, me detuve



y envié un codazo en su sien con la derecha. Perdió el suficiente equilibrio para ser capaz de enganchar una de sus piernas y empujarlo a la lona.

Fernando era un combatiente experto y el ataque no le aturdió por mucho tiempo. Rápidamente se puso de pie, me tomó con sus poderosas piernas y me arrojó a la lona. Su pie se acercó y el talón se posó en mi espalda con una fuerza impresionante. El gimnasio parecía volver a la vida en el momento en que los demás comenzaron a reunirse alrededor del ring. Animaban a Fernando.

En la lona, forcejeamos, cada uno de nosotros evitando un brazo alrededor del cuello o un agarre de brazo que sin duda daría lugar a un doloroso abrazo de sumisión. La campana sonó antes de que ninguno de nosotros estuviera dispuesto a renunciar a su posición.

—Separaos —llamó Carlos. Le di una patada a Fernando fuera de mí y me puse de pie. Nos miramos el uno al otro y jadeamos para respirar. Carlos rió y señaló que yo tenía más pelea de lo que pensaba.

Fernando me dijo que no me emocionara demasiado. Había estado tomándoselo con calma, pero estaba dispuesto a patearme el culo tan pronto como Carlos sonara la campana.

Me quité el arnés y lo tiré fuera del ring. Imitando el gesto de la mano de Fernando de antes, levanté mis manos y le dije que pateara mi culo si pensaba que podía. Todo el mundo parecía gratamente sorprendido por mi capacidad de hablar español. Todo el mundo excepto Fernando. Se quitó el arnés y lo tiró. Carlos tocó la campana.

Fernando se precipitó otra vez, pero estaba preparado en esta ocasión. Esperé hasta que estuviera al alcance de un brazo extendido y utilicé su impulso en su contra. Di un paso hacia un lado, lo tomé del cuello con el brazo y salté sobre su espalda. Caímos con un fuerte golpe mientras cabalgaba a Fernando en el suelo. Con mis rodillas firmemente plantadas en sus lados, di puñetazos en el rostro de Fernando antes de que se lo cubriera. Mis manos palpitaron de dolor después de chocar con el hueso.

Fernando rodó, golpeándome hacia un lado, y dio una patada hacia atrás que aterrizó entre mis omoplatos. Grité, mis manos luchando para dominar la carne sudorosa del otro hombre. Vestir vaqueros había sido un error. La tela me atrapó. Dos tiros más aterrizaron en mi espalda y vi puntos negros.

La pelea había ido de un combate a una lucha seria. Fernando se apresuró a ponerse de espaldas, con los brazos tratando de terminar su camino alrededor de mi cuello. Mantuve mi brazo para proteger mi tráquea.

Un sentimiento familiar se extendió por todo mi cuerpo. De repente, lo único que importaba era ganar. Un puño chocó con el costado de mi cara y mis dientes mordieron con fuerza el protector bucal. Podía saborear la sangre en la boca.



—No me puedes matar, Khoya. Yo soy un Dios aquí.

Apreté los dientes y empujé con todas mis fuerzas el brazo tratando de rodear mi cuello. El brazo de Fernando tembló y, finalmente, se vio obligado a reajustar su posición sobre su espalda. La campana sonó y Carlos nos gritó para separarnos, pero ninguno de nosotros escuchó. Me negué a ser salvado por la campana por segunda vez. Me levanté con mis brazos, dejando al descubierto el cuello de Fernando de una manera que no podía resistir. Mientras él envolvía su brazo alrededor de mi cuello, su rostro se presionó al lado del mío, llegué detrás de su cabeza con un brazo y agarré mi otra mano. Apreté. Fernando gruñó en mi oído. Aplasté su tráquea con mi hombro mientras me presionaba por detrás.

Ambos nos teníamos por el cuello, se convirtió en una prueba de resistencia. La posición de Fernando era mejor que la mía, pero estaba acostumbrado a luchar por deporte. Estaba acostumbrado a luchar para vivir. Le apreté hasta que mis hombros quemaron. Me había quedado sin oxígeno hacía mucho tiempo y los puntos negros invadieron mi visión. Pero me aferré. Me aferré hasta que sentí a Fernando hundiéndose contra mí, solo unos segundos antes de desmayarme.

Fui devuelto a la consciencia por un golpe contundente y agua fría siendo salpicada en mi cara. La furiosa mirada de Carlos era todo lo que necesitaba para darme cuenta de lo que había sucedido. Miré más allá de él para ver cómo otro hombre trataba a Fernando igual. Se sentó con una tos y se frotó el cuello.

—Sabía que eras un alborotador cuando entraste —dijo Carlos en español—. Vístete y lárgate de una puta vez. —Se puso de pie y arrojó mi camisa sobre mi pecho. Me la puse y me levanté tan rápido como pude.

—Buena pelea —conseguí decir a través de una garganta tensa—. Lo haremos de nuevo. —Fernando se las arregló para sonreír y asentir con la cabeza mientras yo me giraba para dejar el ring.

Agarré mis calcetines y zapatos y me fui sin ponérmelos. El frío era vigorizante mientras caminaba hacia mi coche, pero no me importó. Era lo único que me mantenía en posición vertical. Sabía que iba a estar jodidamente magullado por la mañana. Por fin, algo se sentía normal.

Me las arreglé para volver al hotel antes de que los primeros movimientos de músculos magullados, carne raspada y huesos cansados me tuvieran anhelando la comodidad de un baño caliente. Poco a poco, acomodé mi cuerpo en el agua. Escocía con saña. Me puse hielo en la cara. Nadie podría acusarme de ser guapo en ese momento.



Capítulo 11

Me estaba quedando dormido cuando oí el aporreo en la puerta. Gemí mientras trataba de moverme de golpe. La luz que entraba a través de las cortinas me dijo que aún no era de noche. Livvie no había esperado mucho antes de venir a encontrarme.

Decidí que más movimientos eran poco recomendables. Mi garganta estaba demasiado dolorida para chillar. Había una extraña clase de pellizco en mi pecho. Quería ver a Livvie, pero no quería pelear con ella.

Viviseccionada. Es la única palabra que se me ocurre para describir cómo me siento —viviseccionada. Como si alguien me hubiera abierto con un bisturí, sin que el dolor penetrara hasta que la carne comenzara a separarse y mi sangre saliera a borbotones. Pude oír el chasquido de mis costillas al ser separadas. Lentamente, mis órganos, húmedos y pegajosos, fueron sacados uno a uno. Hasta que estoy vacía. Vacía y sin embargo, sintiendo un dolor insostenible, todavía viva. Todavía. Viva.

Mientras estoy tumbado incapaz o reticente a moverme con Livvie aporreando mi puerta, se me viene a la mente: *Siempre va a doler*. Sí, «viviseccionada» ha sido una palabra muy apropiada para usar. Amar a Livvie era como permitirme a mí mismo ser despellejado y vaciado. Ella me hace débil. Me hace vulnerable. Me hace sufrir y anhelar y esperar por cosas que podrían nunca ser mías.

La puerta se abre.

—¿Caleb? —llama Livvie. Era la primera vez que usaba la llave que le había dado y gruñí por mi propia estupidez. Esa era otra cosa que Livvie me hacía: estúpido.

—Estoy aquí —dije. Haber sido estrangulado hasta casi la inconsciencia es duro para las cuerdas vocales. Odio la forma en que mi corazón golpea en mi pecho. Realmente quiero verla. Quiero decirle que lo siento. Vergonzosamente, quiero que me vea magullado y usarlo para contenerla de gritarme.

Jadeó cuando me vio pero no se estiró para tocarme.

—¿Qué has hecho ahora? Quiero decir, ¿aparte de invadir mi intimidad y romper mi confianza? Ha sido un día ocupado para ti.

Dejé que las palabras colgaran en el aire entre nosotros. ¿Qué podía decir? Finalmente se acercó y rozó con sus dedos atravesando mi mejilla. Siseé.



—Te estuvo bien —dijo bruscamente. A través del enfado oí preocupación—. ¿Qué pasó?

—Me metí en una pelea —susurré—. Deberías ver al otro tipo. —Reí y dolió.

—Está... ¿Está vivo el otro tipo? —preguntó sin entonación.

—Sí —dije con igual frialdad—. Tenías que preguntarme, ¿verdad? Yo siempre estoy matando gente por motivos mezquinos. —Me giré apartándome de ella—. Si viniste a por pelea, no te molestes. Me rindo. —Sentí una intensa presión en el pecho—. Tan sólo vete.

—¿Realmente quieres que me vaya? —preguntó. No había emoción en su voz y eso me acojonó. *Por favor, no te vayas. No me dejes.*

—Si has acabado conmigo —dije en su lugar.

—Cobarde —escupió—. Llevarías una paliza. Te enfrentarías a hombres con armas. Matarías. Pero Dios no permita que tengas que tragarte tu maldito orgullo y disculparte por ser un entrometido de mierda.

Me incorporé rápidamente.

—¿Crees que no me trago mi orgullo? ¡Que te jodan! Todo lo que he hecho durante meses es tragarme mi orgullo. Me he disculpado hasta las náuseas. Te follo cuando quieres ser follada. Soy agradable con tus amigos. Espero a que vengas a casa porque no tengo nada más que hacer. ¡Te has convertido en toda mi vida!

»Mientras, tú estás escribiendo sobre mí. Todavía me ves como el hombre que era. Me ves como el asesino, bello por fuera y horroroso por dentro. ¿Por qué estás conmigo? ¿Por qué me estoy esforzando tanto por ser alguien diferente cuando todo lo que siempre seré para ti es el hombre que arruinó tu vida? Te sigo alrededor como un perro enfermo de amor y cada día lucho contra la urgencia de volver a lo que conozco. Hay días en los que quiero volver a ser la persona que era porque esa persona no podría amarte. ¡El hombre que era *nunca* sería así de débil!

Grité a través del dolor en mi garganta y eso, unido con la emoción abriéndose camino hasta la superficie, amenazó con bloquear mis vías respiratorias. El rostro de Livvie era una máscara de indiferencia. Me enfriaba los huesos. ¿Cómo aprendió a ser tan fría? Sabía la respuesta incluso mientras hacía la pregunta.

—¿Me amas? —preguntó mientras me miraba a los ojos—. ¿Cuándo llegaste a esa conclusión? ¿Fue cuando te dije que te amaba y me dijiste que era linda? ¿O quizá fue después de que matara a un hombre? ¿Posiblemente cuando te supliqué que no me abandonaras en la frontera?



»¿Te diste cuenta de que me amabas mientras estaba sola en el hospital y llorando por ti? ¿Cuándo gritaste tu amor desde los tejados, Caleb? No pude oírte. Estaba demasiado ocupada intentado respirar de una puta vez sin ti. Estaba ocupada convenciendo a todo el mundo a mi alrededor que no estaba loca por defender a mi secuestrador. Así que, recuérdamelo. ¿Cuándo dijiste las palabras? Me aseguraré de volver atrás en el tiempo y consolar a la chica rota que dejaste tras tu estela. Tu amor puede consolarla, porque yo ya no soy la misma persona nunca más.

»He aprendido a respirar sin ti. He aprendido que no hay nadie en esta vida en quien pueda confiar. No se trata de que leyeras mis palabras. No me importa eso. Te lo habría enseñado al final. Es la nota que dejaste. Es ahora. Es saber que en cualquier momento vas a salir corriendo y abandonarme otra vez. ¿Cómo puedo decirte que te quiero? ¿Cómo puedo sobrevivir otra vez?

Estaba estupefacto en silencio. Cada célula de mi cuerpo se humillaba con vergüenza. Livvie era una superviviente. Me había sobrevivido a mí. Me di cuenta entonces que lo que había atestiguado no era indiferencia: era dolor. Livvie estaba sufriendo y era mi culpa.

No sabía lo que estaba pasando, pero me vino de pronto. Mi nariz empezó a gotear y sorbí. Sabía que Livvie estaba mirándome. Sabía lo ridículo que debía parecer, cuán débil y roto. No podría siquiera importarme. No tenía nada que perder. Hice un esfuerzo por aclarar mi garganta antes de hablar.

—No podía decirlo, Gatita. Yo acaba de terminar... le quería. —Sentí mi pecho temblando.

—¿A quién? —susurró Livvie. Todavía estaba muy estoica.

—A Rafiq —dije suavemente. Livvie suspiró.

—¿Por qué, Caleb? Sabes lo que hizo.

—Sí. Sé lo que hizo. También sé lo que no hizo: nunca me tocó de la forma que otros lo hicieron. —Una parte de mí no podía creer que estuviera a punto de entrar en eso con ella. Había leído su historia y me había tenido pensando en la mía propia. Supongo que pensé que le debía la otra mitad de nuestro relato. Necesitaba que supiera que no la había expulsado sin buenas razones—. Era tan joven, Livvie. Estaba tan indefenso. Cada día era violado por alguien. Era violado cada día hasta que me convencí a mí mismo de que no era violación. Les dejaba tocarme. Les dejaba... follarme. Sonreía a los que veía más a menudo que a los otros, imaginando que debían preocuparse por mí. ¿Por qué más iban a volver a usarme repetidamente?

»Al final, les creí. Les creí cuando me dijeron que se preocupaban. Les creí cuando me prometieron que me comprarían a Narweh. Me permití esperar a que un día sería libre. —Me oí a mí mismo sollozar. El sonido era lejano, como si



alguien más estuviera derrumbándose y no yo—. Nunca sucedió. Nunca les importó. Nunca iban a venir a liberarme. Era la esperanza con lo que les encantaba jugar: mi esperanza. La dejé morir.

»Y entonces un día... llegó Rafiq. Me recogió, golpeado y ensangrentado. Me llevó a casa y me cuidó. Me alimentó. Alimentó mi cuerpo. Alimentó mi mente. Alimentó mi alma. Me enseñó a hacer más que sobrevivir: me enseñó cómo vivir. Y nunca me tocó. Durante años se preocupó de mí. Yo ya no necesitaba esperanza. Tenía algo mejor. ¡Tenía un propósito! Le quería por eso. Y luego... — Me sentí adormecido mientras miraba al vacío—. Descubrí la verdad.

Mi cuerpo temblaba mientras recordaba la noche que lo asesiné.

—Yo no era nada, Livvie. No era nada para él y él había sido todo para mí. Habría muerto por él y durante todo el tiempo... yo no era nada. —Finalmente miré a Livvie. Había lágrimas en sus mejillas—. Pero esa no es la peor parte. No, la peor parte es que pretendía matarle antes de saber la verdad. Era la única manera de dejarte libre y yo... lo maté, Livvie. Lo maté y lo enterré en el jardín de Felipe donde su familia nunca lo encontrará. Enterré a la única persona en la que pensé que podía confiar. Le quería, y resultó ser el responsable de la más espantosa traición de mi vida.

»Y luego me di cuenta de que te había hecho lo mismo a ti. Te había golpeado. Te había violado, y peor: incluso hice que te gustara. Alimenté tu esperanza y te la arrebaté. ¡Te hice amarme! ¿Cómo podía decírtelo? No podía decírtelo, Livvie. Estaba confuso. Estaba... roto. Todavía estoy roto. No sé quién soy o lo que quiero. Todo lo que sé es que sin ti... sin ti, no hay nada. No soy nada. ¿Tienes idea de lo aterrador que es eso para alguien como yo?

Mis sentimientos hacia ella estaban en la punta de mi lengua. Había estado reteniendo las palabras desde el momento en que la había visto caminar saliendo de mi vida, y si se hubiera dado la vuelta y mirado hacia mí por incluso un segundo, no habría sido capaz de resistirme a decírselo entonces.

Te quiero.

No podía decirlo en México. Había perdido demasiado ese día. Había perdido mi realidad. ¿Qué podía entender posiblemente acerca del amor cuando la única persona a la que estaba seguro de que había amado me había mentido durante doce años? Livvie había dicho que era mía. ¿Cómo podía estar seguro? O peor, ¿qué pasaba si era verdad? ¿Qué pasaba si me amaba y todo lo que yo tenía para ofrecer era la cáscara de un corazón con el que amarla? ¿Cómo puede nadie entender lo que es el amor sin experimentarlo? Sería como tratar de explicarle el color a un hombre ciego. Algunas cosas tienes que verlas por ti mismo. Para entender el amor, tienes que sentirlo por ti mismo.

No fue hasta que Livvie se alejó y estuve verdaderamente solo en el mundo que empecé a sentir lo que podría ser el amor. No me vino como les venía a otros;



tenía que descubrir el amor como descubrí todo lo demás que me definía: a través de mi sufrimiento. El abismo que la ausencia de Livvie abrió en mí era un vacío hambriento. Estaba vivo, el vacío, y no podía ser llenado con venganza. No era aliviado por mis intentos de corregir mis errores. No era deleitado por mujeres al azar. No dormía, a pesar de la cantidad de bebida que absorbí para apagar mis sentidos.

Sólo había una cosa que el vacío deseaba. Destrozándome con avaricia, preguntaba por Livvie. Quería mis esperanzas, mis sueños. Quería mis recuerdos de su rostro. Quería las risas que habíamos compartido. «Mía», había decretado el vacío. Sólo Livvie podía volverme completo y tan pronto como me di cuenta de eso, no podía dejar de buscarla. Me había obsesionado con saber si realmente me amaba. La primera caricia de la mano de Livvie en mi hombro me tuvo sollozando de nuevo. El amor me hacía débil. Deseaba que desapareciera. En su lugar, me machacaba bajo su tacón. Dejé que Livvie me empujara de vuelta a la cama. Y cuando la oí girar marchándose, el amor me hizo suplicar.

—Por favor, no te vayas. No me dejes.

Sentí sus dedos pasando a través de mi pelo.

—Nunca te dejaría, Caleb. Sólo quería traerte algo de agua.

—No quiero agua.

—¿Un escocés? ¿Whisky?

—Solo a ti.

Hubo una larga pausa.

—Está bien.

La oí desvestirse antes de que se deslizara dentro detrás de mí. Olía a humo. No había fumado un cigarrillo desde la noche que había venido a su apartamento. No dije nada sobre eso. Ella tenía sus vicios y yo los míos. Todo lo que importaba para mí era que Livvie estaba caliente. Y suave. Livvie siempre era cálida y suave. Habló suavemente en mi oído.

—Yo también estoy asustada. No venías a la puerta y pensé: me ha dejado otra vez. Caleb, no puedes hacerme eso.

Livvie besó mi hombro, pero pude sentirla temblando con furia.

—Estás enfadada conmigo.

—Sí —dijo—. Pero supongo... quizá no puedo culparte. En el esquema general de las cosas, es ridículo asumir que no irrumpirías en mi portátil. Para usar tus palabras: sé quién eres y sé lo que haces. —Livvie dejó salir un corto torrente de risas que rápidamente se convirtió en un suspiro pensativo—. Debe ser duro



para ti, no tener a nadie con quien hablar acerca de... él. Realmente no me importa que esté muerto —puede pudrirse en el infierno por lo que a mí respecta— pero nunca imaginé cuanto tú.... —Livvie suspiró y se quedó callada.

—No espero que te importe. No me arrepiento de lo que hice. Solo quería que supieras por qué no podía dejarte venir conmigo. Para ser honesto, no me arrepiento de dejarte atrás.

Se puso tensa.

—¿Te arrepientes de haber vuelto?

Me volví y tiré de ella hacia mis brazos. No era su papel consolarme.

—No. Nunca podría arrepentirme de mi cantidad de tiempo contigo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Solo deseo que yo pudiera... ser eso para ti. —Su silencio casi me ensordecía. Era una confirmación.

—Yo... mierda. Estoy tan jodidamente enfadada, Caleb. A veces no sé cómo procesar todo. Hay demasiado viviendo dentro de mí. Eso es para lo que es la escritura, me ayuda a sacar la mierda y filtrar a través de mis pensamientos. — Se apoyó en su codo para levantarse y encontrar mis ojos. Su expresión era de dolor—. Tu eres lo mejor que me ha pasado, Caleb. También eres lo peor. Estoy tratando de reconciliar esas dos cosas ¿Me ayudas?

—¿Cómo se supone que te ayude? —pregunté.

—Cuéntame tu versión de las cosas. Quiero oír lo bueno y lo malo. Tengo tantas preguntas, tantos momentos en mi vida donde solo sé la mitad de la información. Tú has leído mi parte de ello. Quiero tu parte. Ayúdame a entender cómo me las arreglé para... —Sus ojos terminaron la frase: *enamorarme de ti*—. Ayúdame a explicárselo al resto del mundo.

Sus palabras me dejaron tambaleante. Yo no quería que el mundo lo supiera. Yo no quería saberlo. De hecho había hecho todo lo que estaba en mi poder para hacernos olvidar donde empezamos. ¿Cómo se suponía que iba a ayudar esto?

—No es para que lo sepa el resto del mundo, Livvie. No lo entiendo.

—No podrías, pero yo sí. No traicionaría tu confianza. Lo contaría del modo en que debe ser contado. Les haría ver que algunas historias no son en blanco y negro. Les haría sentir esto, nosotros. Y luego me sentiré mejor. No me sentiré como si me hubieras ganado. Me sentiré bien acerca de todo entre nosotros y lo defenderé. Siempre lo defenderé.

¿Qué justificación tengo contra eso? Tengo lo que quería: la seguridad de que Livvie no tiene deseo de dejarme. Incluso me las he arreglado para evitar la discusión por haber asaltado su ordenador. Y más importante, me ha dado un



atisbo del amor que una vez profesó tenerme. Estaba decidido a alimentar esa emoción.

—¿Qué quieres saber? ¿Por ejemplo? —Avancé. Se inclinó hacia mí y dejó un suave beso en mi boca.

—Odio verte así. Si alguien tiene que joderte la cara, debería ser yo. —Sonrió.

—¿Crees que podrías conmigo? —Me esforcé por no sonreír para que no se me volviera a abrir el labio.

—Creo que me lo permitirías.

—Bueno, ya lo hiciste. No creo que nadie me haya abofeteado tantas veces y se haya ido sin tener que mirar por encima de su hombro por siempre. —Dejé que mis dedos acariciasen su cara. Yo la había abofeteado una vez—. Me sentí horrible... aquella única vez. Nunca más...

—Lo sé —interrumpió—. Siento haberte preguntado acerca de... ya sabes. Sé que estás intentando ser diferente y que has cambiado mucho. No fue justo.

—Tenías derecho a preguntar. Estoy intentando cambiar, pero no quiere decir que no luche contra el que solía ser. He tenido sangre en mis manos. —Silenciosamente reflexioné acerca de mi año lejos de Livvie.

—Ahora eres diferente —dijo Livvie suavemente.

Vi los rostros de las mujeres a las que una vez esclavicé y luego dejé libres. Pensé acerca de las que había llegado demasiado tarde para salvar. Me perseguirían siempre y apenas había resarcido lo suficiente por ello. Aún así, el destino me había traído junto a Livvie.

—No sé si soy del todo diferente. Nunca dejaré de mirar sobre mi hombro, o sobre el tuyo. Creo que una parte de mí siempre será un discípulo leal. Es lo que soy. —Acaricié el pelo de Livvie—. Mataría por ti, Livvie. Moriría por ti.

—Caleb. No. Tú no eres el discípulo de nadie. Eres libre y toda esa mierda quedó atrás. —Su brazo apretó mi cintura.

—Espero que tengas razón, Gatita, pero todavía haría cualquier cosa para proteger lo que es más importante para mí. Solo espero que nunca lleve a la violencia de nuevo. Por ahora, solo es luchar en un gimnasio.

Livvie se rió.

—¿Quieres decir que hiciste esto a propósito? Oh, Caleb —suspiró—, a veces eres un jodido macho. —Me besó otra vez.



—Siempre soy un hombre. No lo olvides. —Guiñé un ojo—. Haz tus preguntas, Gatita. No puedo prometer que siempre estaré así de dispuesto. —Acaricié la parte baja de su espalda con mis dedos.

La sonrisa de Livvie se desvaneció un poco, pero podía sentir su determinación de todas formas.

—¿Por qué yo, Caleb? ¿Por qué me escogiste a mí?

Me arrepentía de haberle invitado a hacer sus preguntas. Podía pensar en al menos otras diez cosas que preferiría sufrir antes que formular palabras para preguntas cargadas como esas.

Sin embargo, el *por qué* es siempre importante para la gente. Había sido importante para mí. Había querido saber por qué me habían secuestrado. Había querido saber por qué Rafiq me había mostrado genuino afecto cuando era niño. Mi vida entera había sido acerca de porqués. Le debía respuestas a Livvie.

Me aclaré la garganta.

—Me hiciste ser curioso. —Podía prácticamente sentir la intensidad de la mirada fija de Livvie—. Te observé durante semanas antes de decidir. Cada vez que te veía... quería saber más de ti.

—¿Pero por qué? —Se apretó contra mi costado. Dejé salir un resoplido de aire.

—Joder, no lo sé. Supongo... parecías bastante triste. —Levanté mi mano libre y tracé la forma de su confusa ceja—. Parecías mirar fijamente al suelo y solía enfadarme porque no podía ver tu cara, tus ojos. Quería saber por qué estabas triste.

Escuchando mis palabras en voz alta y mirando fijamente los mismos ojos, me pregunté qué coño me había poseído para hacer daño a alguien tan inocente, tan bello.

—Me hablaste de tu madre, de cómo te trataba, pero no sabía eso al principio. Te vi en tus pantalones flojos y tus suéteres de talla grande y no tenía ningún sentido por qué una chica tan guapa se escondería. —Sabía que se había estado escondiendo de alguien como yo. Pensé: la vida es cruel—. Y, joder, luego nos conocimos. Corriste justo hacia mis brazos y yo... —Casi no podía decirlo—. Tenía que tenerte. Lo siento, Livvie. Lo siento muchísimo.

Livvie negó.

—No necesito que te disculpes más. Estamos juntos y no necesito que te sientas mal por eso. Sólo quiero que dejes de presionarme. —Agarró mi hombro y me agitó juguetonamente—. Necesito saber cómo llegamos aquí, pero no significa que no sea feliz de estar donde estoy. Estoy aquí, contigo. Eso no es algo por lo que ninguno de nosotros debería estar arrepentido.



—No parece ser así a veces. Sientes cariño por mí, Livvie. Sé que lo haces. Excepto que no me lo dirás porque me estás castigando por lo que hice. Sé que lo merezco, pero deja de fingir que me has perdonado. Si quieres la verdad de mí, empieza siendo honesta. —Sentí el cambio de poder entre nosotros. Livvie me tenía donde quería, pero yo la tenía a ella también. Nos teníamos el uno al otro y me gustaba saber que no era algo a lo que alguno de nosotros pudiera rendirse fácilmente.

Bajó la cabeza poniéndola sobre mi pecho en súplica. Podía colmarme tan fácilmente algunas veces. Si yo tenía algo que ver con su habilidad para ejercer poder a través de la sumisión, entonces había hecho mi mejor trabajo con Livvie. Sin embargo, dudaba que fuera el caso. Había estado jugando conmigo desde el día que nos conocimos, de una manera u otra.

—Te perdono, Caleb. Solo estoy... enfadada. Tú también estás enfadado. No me gusta lo fácilmente que puedes hacerme daño.

—No es fácil, Livvie. A mí no me gusta hacerte daño. Eso no es justo.

Ella hizo un ruido como un gruñido. Casi me reí pero me las arreglé para aguantarme.

—No quería decirlo así —dijo—. Quiero decir... te fuiste. Podrías irte otra vez. Tú piensas en irte y en volver a esa vida otra vez. ¿Cómo se supone que me tiene que hacer sentir?

Quería levantarme y lanzar cosas por toda la habitación. Livvie podía ser muy exasperante.

—La única razón por la que dije eso es porque tú me haces lo mismo. Un minuto no puedes vivir sin mí y quieres que te trate con rudeza. Al siguiente me preguntas si he matado a alguien. ¡Casualmente! Como si alguna vez hubiera matado a alguien por capricho. ¿Se supone que tengo que creer que quieres pasar el resto de tu vida con alguien que crees que es capaz de esas cosas? Si es así... definitivamente no eres la persona que recuerdo.

Livvie sonrió.

—¿El resto de mi vida? Eres ambicioso.

Tomé aliento y lo dejé salir rápido. Sí, es exasperante. Tuve que reír para contenerme de sacudirla.

—Yo... está bien. Soy ambicioso. —Incapaz de resistirlo, añadí—: No es como si tuviera algo más que hacer para siempre. Mi agenda está abierta de par en par.

—En ese caso, ¿puedo hacer mis preguntas? —Sonrió avergonzadamente.

Suspiré.



—Mierda. Adelante, entonces.

Hablamos durante horas, o eso pareció. ¿Cuánta gente había matado? ¿Por qué les había matado? ¿Me hice cargo de todos en la mansión? ¿Qué pasó con Celia? (Está muy viva).

Respondí a todas sus preguntas tan rápida y eficientemente como pude y sin ponerme emocional sobre ellas. No me arrepentía de las vidas que había arrebatado. Nunca maté indiscriminadamente. Sólo sentía culpa por aquellos que había puesto en el camino del daño. No me importaron las preguntas que involucraban a Rafiq, de las cuales hubo pocas, o las que tenían que ver con la historia de Livvie y yo, de las cuales hubo muchas.

—¿Te gustaban las cosas que me hacías? —preguntó. Estaba mentalmente y físicamente exhausto.

—¿Y a ti? —pregunté. Esperaba que captara la pista y dejara de hacerme tantas malditas preguntas.

—Algunas de ellas —susurró suavemente.

Volví mi cabeza hacia ella y la miré fijamente. Estaba sonrojándose. Las cosas finalmente se estaban poniendo interesantes.

—¿Cómo cuáles? Y no digas los azotes... Sé que te encantan los azotes.

—Yo... bueno, son principalmente los azotes, pero me gusta... otras cosas también. Es tu culpa. Me has convertido en una perversa sexual como tú. —Me besó en el pecho.

Me reí.

—Afortunado de mí.

—Podrías... atarme. Si quieres. Si... te gusta eso. —El dedo de Livvie se deslizó por debajo de las sábanas y acarició mi polla. Gemí.

—Gatita... estoy... —Estaba distraído. Sus dedos envolvieron mi carne y empezaron a acariciar—. Me han dado una paliza del demonio. No creo que... —Me fui apagando mientras mis ojos se cerraban de golpe.

—¿Te gustaría eso, a pesar de todo? —Su voz era baja y tímida a pesar del atrevimiento de sus caricias.

—Sí —susurré—. Eso me gustaría muchísimo. Echo de menos... Dios, eso se siente bien.

Deslizó su mano hasta mis bolas, sus uñas arañando ligeramente sobre la sensible piel.



—¿Qué echas de menos? —susurró. Su pierna se enrolló alrededor de la mía. Mi mano descansaba en la parte baja de su espalda y podía sentirla empezando a frotarse contra mí.

—Control —me las arreglé para decir—. Echo de menos tener el control. —Levanté mi mano desde sus lumbares y la puse en la parte de atrás de su cabeza.

—¿Sobre mí? —jadeó.

—Sí. Yo... me gustaba ser capaz de decirte qué hacer. Me gustaba saber lo que iba a ocurrir a continuación. —Me reí para mí mismo—. Me gustaba... —*Destrozarte y obligarte a hacer lo que fuera que yo quisiera que hicieras. Me gustaba poseerte. Me gustaba escandalizarte. Me gustaba hacer que te desmoronases y recomponerte de nuevo*—. Detente, Livvie. —Coloqué mi mano en la suya y evité que siguiera acariciando mi polla.

—¿Qué va mal? —preguntó inmediatamente.

—¡Esto! —Me incorporé despacio—. ¿Qué crees que me gustaba de eso, Livvie? No estoy acostumbrado a ser... No soy normal, Livvie. Solía ponerme dura cuando llorabas. ¿Es eso lo que quieres oír?

La expresión de Livvie era de dolor.

—Eso lo sé, Caleb. Me lo dijiste. No espero que seas normal. Es solo que... —Pasó de estar herida a avergonzada.

—¿Es qué, Livvie? Explícamelo, porque me tienes todo confuso. —La miré fijamente, invitándola a contestar.

—Es solo que... —vacilaba—. Antes de ti... no hubo nadie. Y luego pasamos todo ese tiempo juntos e hicimos todas esas cosas. Y luego, estaba sola y tú te habías ido y yo intenté... con otros chicos, pero no eran tú... y yo no podía...

—¿Qué? —insistí—. Pensé que habías dicho que no estuviste con nadie desde mí.

Salió rápidamente de su dispersión.

—¡No lo estuve! ¡No pude! Caleb, las cosas que me hiciste. Me acostumbré a ellas. Me gustaban. Nunca podría hacer algo mal contigo. Me decías lo que tenía que hacer... y me gustaba. No había nadie que pudiera... —Se sonrojó hasta que casi su pecho parecía rojo.

Exhalé, conmocionado. Pensé en la primera mañana en la habitación del hotel y en las variadas ocasiones en las que me había provocado para dominarla. Me sentí estúpido por no haber encajado las piezas antes. Sabía que alguna gente disfrutaba los juegos que implicaban dominación y sumisión, solo que nunca antes había sido un juego para mí. Miré a Livvie y sonreí.



—Oh, Gatita, que extraña pareja somos. Estoy... un poco sin palabras. Sabes lo que me gusta. No solo me gusta dominarte: me encanta. Pero es difícil encenderlo y apagarlo. Es... diferente.

Livvie tiró de la sabana que había entre nosotros nerviosamente.

—Lo sé. Pero... ¿podríamos intentarlo? En cierta forma lo hemos estado haciendo. Como... solo cuando estemos teniendo sexo. ¿Podría ser así?

Mi cerebro se sentía como si se estuviera expandiendo en mi cráneo. Me estaba ofreciendo control, pero solo bajo determinadas circunstancias. Era un gran concepto para que yo lo entendiera, pero era uno que estaba deseando comprender concienzudamente. Mi polla estaba totalmente erecta sólo intentando entenderlo.

—Así que si yo te dijera: «Ponte de rodillas», ¿qué dirías?

Livvie dejó salir un aliento profundo y sonrió. Se deslizó fuera de la cama y fue hacia el suelo.

—Sí, Caleb —susurró y se sonrojó.

Mi corazón brincó.

—Creo que... me va a gustar esto. *Un montón.*



Capítulo 12

Febrero. Las cosas estaban cambiando. Otra vez. Algunos de los cambios, tal vez incluso la mayoría de ellos, los disfruté.

Mi progreso favorito tenía que ver con la sed de Livvie de ser dominada. Desde "El episodio del ordenador" y nuestro posterior pacto para ser más comunicativos el uno con el otro, Livvie no tuvo más remedio que romper su silencio sobre el tema.

Algunos de ellos no habían sido una sorpresa. El sexo que habíamos estado teniendo había sido indiscutiblemente familiar para mí. Sabía que Livvie disfrutaba ser azotada, perseguida, inmovilizada, y ocasionalmente follada en el culo. Lo que no había previsto era su deseo por lo que ella llamaba *juegos* y yo me refería a ellos como *reconstrucciones*.

Había sido mi esperanza que al encontrar a Livvie nuevamente, empezaríamos de nuevo y fingiríamos que el pasado nunca había sucedido (suena estúpido al leerlo nuevamente). Sin embargo, todos los estudiantes de primer año están obligados a tomar la asignatura de psicología y Livvie parecía aficionarse a ella como pez en el agua. Quería experimentar con Terapia de Exposición, con la esperanza de que al revivir algunas de sus experiencias en un ambiente seguro, ya no las temería.

No hace falta decir, que pensaba era una idea de mierda (ese es el término técnico). Lo último que quería era repetir mi papel como captor de Livvie. ¿Qué sucedía si no funcionaba y terminaba odiándome? Requirió mucha persuasión por parte de Livvy, pero al final había accedido a algunos de los momentos menos... perturbadores.

Una mañana nos preparé el desayuno, lo puse en un carrito con ruedas comprado en IKEA, y lo lleve a la habitación de Livvie. Livvie se había tomado el tiempo para arreglarse mientras yo cocinaba el desayuno, y había sido una grata sorpresa encontrarla usando una de mis camisas blancas abotonada y un delicado par de orejas de gatita. Comprendí la importancia de la camisa. Las orejas eran un toque agradable. Sentí ese toque como un punto de equilibrio.

—¿Debo quitarme la camisa? —le pregunté. Nuestra historia previa dictaba que debería.

—Si ya has superado tu *modestia autocomplaciente*, —susurró. En el pasado, hubiese encontrado sus palabras incendiarias —en otro tiempo, otro lugar— pero en nuestra reinención me parecieron... encantadoras.



Me quité la camisa, disfrutando de la forma en que los ojos de Livvie codiciaban lujuriosos en vez de temer. Me arriesgué y seguí la corriente.

—Es una lástima que no tenga nada con lo cual amarrarte. Lo tendría complicado para recordar a cualquier persona que se vea tan bien como tú lo haces con un collar y grilletes.

Livvie se dio la vuelta y me trajo una caja de debajo de su cama. Dentro encontré un collar de pedrería, una correa y un par de esposas recubiertas de pelo. Me eché a reír.

—Oh Dios, has sido una chica ocupada. ¿Cuándo y dónde conseguiste esto?

Livvie se sonrojó y el recuerdo tomo una forma diferente.

—Lo pedí en línea —dijo tímidamente. Sus manos ya estaban detrás de su espalda y se mecía suavemente de lado a lado.

La besé. Fue un leve encuentro de labios, una muestra.

—Date la vuelta, —le pedí. Livvie se estremeció y un pequeño sonido escapó de sus labios. Obedeció rápidamente.

Cuando alimentaba a Livvie con el desayuno mientras se arrodillaba a mis pies, me sobrevinieron varios pensamientos. En primer lugar, me di cuenta del poder del perdón. En segundo lugar, encontré el juego de Livvie seductor. En tercer lugar, jamás podría dejar a Livvie. En cuarto lugar, no *quería* dejarla nunca.

Para bien o para mal, Livvie había sido irrevocablemente alterada por sus experiencias conmigo. Era una chica de diecinueve años de edad, con inclinaciones que nadie de su edad entendería y una vulnerabilidad que cualquier persona repugnante como yo podía ver fácilmente y aprovecharse de ello. Era una mujer fuerte, inteligente, voluntariosa, y determinada, pero también era suave y confiada, y necesitada en lo que concernía a su corazón. Livvie necesitaba ser cuidada.

Había otros cambios en nuestra relación que no disfrutaba tanto. Como parte de nuestro pacto, Livvie y yo debatimos acerca de nuestros miedos, esperanzas y aspiraciones de lo que nuestra relación podría ser. Quería saber más acerca de mi pasado, México, y las formas menos truculentas en que había pasado mi año lejos de ella.

Además, no me sentía cómodo con la escritura de Livvie. Sin embargo, aparte del tiempo que pasábamos con Claudia y Rubio —o teniendo relaciones sexuales— no había poco más que ocupase mi tiempo y el de Livvie. Aparentemente, le había inspirado a volver “al tablero de dibujo.” Quería incorporar más de los hechos que le había dado.

De repente, había días en que no me hablaba porque acababa de terminar de asimilar algún acontecimiento traumático que me involucraba. Hubo algunos momentos que ninguno de los dos quería volver a recrear. Al principio traté de intentar seducirla para alejarla de sus pensamientos, pero después de las primeras veces, empezó a verlo como una manipulación. Poco después, decidí esfumarme durante sus períodos de... bueno, sus períodos.

Otros días, me arrinconaba en el sofá o en la mesa del comedor para preguntarme invasivamente sobre mi pasado. Esto por lo general terminaba en una discusión sobre mi "deliberada ambigüedad" o en sexo. A veces teníamos ambas: una discusión primero y sexo justo después. Me preocupaba que si esto se mantenía así, tendría una erección cada vez que pareciese molesta conmigo.

Sin embargo, al igual que con nuestros juegos sexuales, empecé a ver el mérito en expresarme a través de mis conversaciones con Livvie. Empecé a darme cuenta de que no estaba tan molesto por su cuestionamiento como lo había estado antes. En lentas graduaciones, me encontré ofreciendo información que ella no había pedido. Le conté sobre Reza y cómo me había sentido culpable por no haberle advertido que Narweh estaba muerto. Él había sido una persona optimista. No había disfrutado de su esclavitud como tampoco lo hice yo, pero donde yo había sido rebelde para mi propia ruina, Reza había llevado su situación con gracia.

—¿Crees que podría haberse escapado? Quiero decir, yo habría oído el arma dispararse. Todo el vecindario probablemente sabía que alguien había recibido un disparo. ¿No podría haberlo oído y escaparse? —preguntó Livvie.

Esto va a sonar absolutamente ridículo, pero... ini de puta coña se me había ocurrido! En realidad, no. Había estado lejos de mi mente. Hasta el día de hoy, cada vez que recuerdo el momento de mi primer asesinato, no hay sonido más allá de los latidos de mi corazón y la adrenalina en mis venas. Recuerdo el gran peso de la pistola. Recuerdo la mirada de disgusto en el rostro de Narweh. Me recuerdo cerrando mis ojos y apretando el gatillo.

Recuerdo algo húmedo salpicando mi cara antes de golpear contra el suelo. Recuerdo el silencio.

Me senté y escuché la nada. Miré fijamente los ojos fríos y vacíos de Narweh. Recuerdo haber pensado que el alma debe ser real. Algo había estado manteniendo Narweh vivo. Ese algo se había ido. Sólo había carne, sangre, y huesos quedando atrás.

Me acuerdo de tal agudo sentimiento de ira y tristeza que no había sido lo suficientemente valiente como para mantener mis ojos abiertos. Recuerdo que pensé: *Debería haberle hecho rogar por mi perdón. Debería haberle hecho suplicar clemencia. Debería haberle violado con el bastón con el que solía pegarme.*



—Yo... no sé si Reza pudo haber escapado. Supongo que es posible —le dije. Estaba estupefacto—. Rafiq dijo que quemó el edificio con Narweh en el interior. Supongo que... no quería hacer demasiadas preguntas.

—¿Por qué? —La mano de Livvie estaba apoyada sobre la mía.

—No estaba seguro de que a Rafiq le gustara —dije simplemente—. Pensé que si podía quemar un edificio lleno de gente y charlar sobre ello durante el desayuno, no era mi asunto hacerle enojar.

—¿Cuántos años tenías?

—Tengo que hacer cálculos. ¿Cuándo es mi cumpleaños?

—James. ¿En serio?

Me eché a reír.

—Dame un respiro. Nunca he tenido que recordarlo antes.

—Tienes veintisiete. —Sonrió con cierta tristeza.

Me permito pensar por un momento.

—Creo que tenía... doce, ¿quizá trece años?

Livvie se recostó en su silla y me miró fijamente.

—Jesús. —Sacudió la cabeza y se secó los ojos.

—Estoy bien, Mascota. Al menos... ¿eso creo? —No me importaba abrirme a Livvie (demasiado), pero después siempre estaba la preocupación de que me viera como débil. No quería su compasión. Sólo quería que entendiese por qué me requería tanto esfuerzo por mi parte darle lo que ella necesitaba. A pesar de que estaba empezando a aprender que lo que yo pensaba que Livvie necesitaba y lo que en verdad necesitaba eran a veces dos cosas diferentes. No muy a menudo, pero a veces. Había días en que podía tomarme mi trabajo como protector de Livvie en extremo (los universitarios borrachos deberían vigilar sus bocas si valoran el tener dientes).

—Estas mejor que bien. Estoy tan jodidamente impresionada contigo. Me siento como... cuánto más aprendo sobre tu pasado... Yo tenía todos estos sentimientos que no podía procesar en México. Cuando traté de explicárselo a Reed o Sloan, pude ver en sus rostros lo ridícula que pensaban que era.

—Es más fácil de explicar tus sentimientos por un puto del que abusaron que por un hombre que te tenía prisionera. ¿Esto trata acerca de la envergadura y de la forma de ello? —Mantuve el sonido de la confesión de mis pelotas lejos de mi voz.

Livvie parecía horrorizada.



—¡No! James... no. Es más bien como... tú puedes ser tan frío. Pero cuando estaba en lo peor, en mi punto más bajo, cuando sentía que estaba colgando de un hilo... tú siempre sabías qué decir. Tienes esa habilidad para abrazarme y hacer que te crea. Estás lleno de calidez y amabilidad.

Tuve que burlarme de eso y Livvie golpeó mi brazo.

—¡Lo estás! —Insistió—. Ni siquiera podía verte en esa habitación a veces, pero aún podía sentirte. No entendía de dónde surgía, pero cuando te oigo hablar sobre el pasado todo tiene sentido para mí.

Ciertamente, estaba un poco avergonzado. No estoy muy acostumbrado a los elogios, especialmente cuando son muy intensos, personales y auténticos. El vacío se sentía casi... lleno. Por otra parte, me sentía intranquilo.

—Bueno, entonces. Bien. Supongo. Es bueno que pienses que soy... agradable.

—James, te ves como si me hubiese tirado un pedo en tu dirección. —Sonrió.

—¡Cómo! Eso es repugnante.

Livvie rió. Era su increíblemente ruidosa carcajada que significaba que no podía controlarse. No era un espectáculo agradable, pero me encantaba cuando se reía de esa manera. La amo cuando se ríe de ese modo.

—No. Es *Monty Python*.

Yo también me estaba riendo. La risa de Livvie es demasiado contagiosa como para no tomar parte en ella.

—¿Qué?

—Es una película. —Se secó las lágrimas de sus ojos.

Estire su mano hacia mi boca y lamí su dedo. Hay tantos tipos de lágrimas. Tengo la intención de recogerlas todas.

—No estoy seguro de querer verla.

Livvie se inclinó y me besó en los labios.

—Bueno, ahora *tenemos* que hacerlo. Es una película vieja y excesivamente ridícula, pero no puedo esperar para ver tu cara.

Puse una cara del tipo "¿qué demonios sucede contigo?"

—Es inquietante cuando haces eso. Siempre sé cuándo algo grande está por suceder porque ahí estás, mirándome fijamente con tus enormes ojos de gacela.

Livvie se encogió de hombros.



—No es mi culpa que seas tan agradable a la vista. —Su expresión se volvió tristemente crítica—. Eres la única persona que conozco que se ve *más sexy* con moretones. —Hincó su dedo en la sutura en forma de mariposa en mi ceja y susurró.

—Maldita sea, Mascota. Eso duele. —Había estado visitando el gimnasio un par de veces a la semana y boxeando. Luchaba con Fernando mayormente, pero con otros también combatientes de vez en cuando. Algunos de ellos eran incluso conversadores decentes, siempre y cuando el tema no se desviase de partidos, estilos de lucha, o la ingesta de alimentos. Me vi obligado a probar un batido de proteínas... una vez.

—¿Ah, sí? ¿Y no dolió cuando ese tipo te dio una patada en la cara? —Hizo un puño y lo retorció cerca de la esquina de su ojo, mientras empujaba hacia afuera su labio inferior.

—¿Me estás llamando bebé llorón? —Me puse de pie y le lance una mirada fulminante. La cabeza de Livvie se estiró hasta hacía atrás hasta encontrarse con mis ojos—. Gran discurso para una niñita como tú.

—No te tengo miedo. Te golpearé con el dedo en la tirita. —Infló su amplio pecho.

Era difícil mantener una cara seria. ¿Realmente había sido superado por ella? La respuesta fue un sí rotundo.

—Golpéame en la tirita y vas a tener un problema grave.

Ella se mordió la mejilla para no sonreír. Lentamente estiró su mano hacia mi ceja. Sus ojos se encontraron con los míos. Lo consideró. Un destello de emoción provocó que se lamiese el labio inferior. Presionó su dedo contra mi corte. Yo no hice una mueca de dolor.

—¿Es esta la parte en la que me pongo furioso y amenazo con enseñarte una lección? —le pregunté con calma. Livvie prácticamente vibraba de emoción.

—Sí. —Se estremeció.

—¿Cuándo te vas a trabajar?

—Tengo un par de horas. —Sonaba jadeante.

—Bueno, entonces. —Acaricié su rostro para poder ver la forma en que cerraba los ojos para saborear mi toque. Con la otra mano, agarré un puñado de pelo y tiré—. Vamos a enseñarte algunos modales.

* * * *



—Recuérdamelo otra vez. ¿Por qué estamos desperdiciando nuestra noche romántica con Claudia y Rubio? Si romance es lo que estás buscando, parece contraproducente tener otras personas presentes.

Había olvidado mis zapatos en la habitación del hotel y nos vimos obligados a ir a recuperarlos. El reloj en la pantalla de instrumentos de mi coche me recordó que debíamos recoger a la otra pareja en una hora.

—*Porque*, Mejor Novio del Mundo, va a ser divertido. Además, Rubi realmente quería llevar a Claudia a un lugar agradable. Ha estado ahorrando desde Navidad. Can Fabes⁹ se supone que tiene una comida increíble. Todavía no sé cómo se te las arreglaste para hacer reservas. ¿Cómo *conseguiste* las reservas en todo caso? Fue con muy poca antelación. —Livvie revisó su lápiz labial en el espejo de la visera por tercera vez. Creo que simplemente le gustaba la forma en que sus labios se veían de rojo. A mí también.

—Fue poca antelación porque no me dijiste que tenía que planear algo. ¿El día de San Valentín? He oído hablar de él, pero no tenía idea de que la gente en realidad participaba en tal... sentimentalismo. ¿No tienen suficiente de eso durante Acción de Gracias y Navidad? —Puse el intermitente y me cambié de carril para adelantar a alguien en lo que parecía ser un carrito de golf. *Coches con consumo eficiente. ¡Bleh!*

—Cambiendo de tema, James. Estoy al tanto de tus tácticas. —Livvy me miró fulminante. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Fui al restaurante en persona y encanté a la recepcionista. Estaba muy dispuesta. —Sonreí. La sonrisa de Livvie se volvió agria—.Tú lo pediste. —Me encogí de hombros.

—No te pedí que flirteases con otra chica.

—Yo no he dicho que flirtease. Dije que fui encantador. Simplemente le expliqué que era un sinvergüenza que había cometido el grave error de no adquirir las reservas para llevar a mi hermosa novia y su séquito a cenar en el día más romántico del año. Le dije que estaría perdido sin ti y que todo lo que pudiese hacer para ayudarme a mantener tu favor sería digno de mi más profundo agradecimiento. Entonces le di una propina equivalente a un día de salario. — Mantuve mis ojos hacia adelante, aunque sabía que mi expresión permanecía petulante.

—Imbécil —dijo Livvie. Tomó mi mano y la puso entre las suyas, apretándola.

⁹ **Can Fabes:** Restaurante propiedad del conocido cocinero Santi Santamaría (fallecido en 2011), que llegó a estar galardonado con tres estrellas Michelin a la excelencia y que ubicado en la población de Sant Celoni, provincia de Barcelona, a los pies del macizo montañoso del Montseny. Llegó a estar en el puesto 31 del ranking de mejores restaurantes del mundo en 2008.



—Idiota —repliqué—. Como si alguien más pudiera aguantar mi atención. —Apreté su mano en respuesta.

—Te traje un regalo —dijo.

—Gatita, —le advertí—. Ya intercambiamos regalos. —Le había dado perlas. Ella me había regalado la visión de ella en una capa roja y zapatos de tacón suficientemente altos como para casi ponernos al nivel de los ojos. Había sido una persecución muy corta pero agradable. Nadie podría correr con esas cosas. Le prohibí que los use fuera de casa.

—Relájate. No es gran cosa. —Ella abrió su bolso y sacó una caja de dulces. Me eché a reír.

—Parece abierta.

—Me comí la mayoría de ellos —dijo.

—Eres tan extraña a veces, Mascota.

—Método hacia mi locura, Sexy. Abre tu mano. —Accedí y ella puso los caramelos en forma de corazón en la palma de mi mano. Cuando miré, sentí como si alguien me hubiera apretado el corazón. Todos los dulces decían "Se Mío".

—Ya soy tuyo, Mascota. Y tú eres mía. —Mi boca rellena de corazones de caramelo podía haber disminuido el romance del momento, pero a Livvie no parecía importarle.

—Sí, tuya —dijo. Me dio un beso en la mejilla.

Sentí en mi corazón la afirmación de lo que había llegado a sospechar que era cierto desde hace algún tiempo. Lo que realmente quería decir era: *Te quiero*.

Después de recuperar mis zapatos y recoger a Claudia y Rubio (nunca me he sentido cómodo llamando a ese hombre Rubi), llegamos al restaurante, con diez minutos de sobra. Me sentí levemente incómodo cuando nos acercamos a la recepcionista. Era la misma mujer de la semana anterior y sonrió cálidamente. Sin embargo, no me perdí la forma en que levantó la ceja al ver la gente joven que había traído conmigo. Yo nunca podría estar avergonzado de Livvie, pero viajando con tres personas más jóvenes me hicieron sentir... viejo. Hubo un momento en que no me habría molestado porque no tenía ni idea de mi edad. En cualquier caso, la anfitriona nos dio una cálida bienvenida.

—Señor Cole. —Nos indicó la dirección de nuestro camarero, que nos recibió con una sonrisa y nos pidió que lo siguiéramos.

—¿Tu apellido es Cole? ¿Al igual que Sofía? —Claudia sonaba incrédula.

—Extraña coincidencia —le dije.



Claudia se encogió de hombros y eso le hacía parecer más joven, a pesar del muy adulto vestido de coctel que llevaba.

—Supongo que si alguna vez os casáis no discutiréis acerca de si Sophia cambiará o no su apellido.

—Claudia, —susurró Livvie.

El camarero desvió la mirada con una sonrisa con los labios apretados mientras nos acompañaba a nuestros asientos. Ayudé a Livvie a sacarse la chaqueta y retiré su silla (seis meses antes yo no podía abrir una puerta).

Rubio, al ser testigo de mis habilidades impecables de novio, ayudó a Claudia. Las chicas parecieron apreciarlo mucho.

—Les daré un momento para repasar el menú mientras dejo sus abrigos. —El camarero se alejó con los mismos. Le vi hablar con la recepcionista y conjeture que se suponía que ella debía haberse encargado de nuestros abrigos cuando llegamos. Esperé que no la hubiera metido en problemas. Por otra parte, ella debería haber hecho su trabajo.

—Gracias por invitarnos, —me dijo Rubio. Él es siempre un caballero, y muchas veces me pregunto cómo Claudia ha logrado mantenerlo. Entonces me acuerdo de mí y Livvie. Cosas más extrañas han sucedido.

—Gracias por ayudarme a escoger el restaurante. No estoy demasiado familiarizado con el área. —Le guiñé un ojo y Rubio contuvo una sonrisa. El conserje de mi hotel me había dicho sobre el restaurante, pero no había nada de malo en ayudar a Rubio a impresionar a su cita.

—Rubi es tan modesto. —Claudia se volvió hacia su novio—. Nunca me dijo que ayudó a planear esto. —Le dio un beso en la mejilla. Rubio se sonrojó (pobre bastardo).

—Fue... una sorpresa.

La mano de Livvie apretó mi muslo.

—Aww, chicos, sois tan dulces que me vais a hacer vomitar. —Ella y yo nos reíamos de la incomodidad de la otra pareja. ¿Tenían alguna idea de con quienes iban a cenar?

Claudia se recompuso rápidamente.

—Como vosotros, chicos, no hay nadie mejor. Siempre estáis desnudándoos mutuamente con los ojos. Estoy sorprendida de que incluso salierais de casa.

—Un hombre tiene que comer —dije—. Además, la desnudo con más que con los ojos. A veces uso los dientes. —Livvie se sonrojó hasta las raíces, mientras que el resto de nosotros se echó a reír.



—Me alegro de que finalmente encontró a alguien. Rubi y yo estuvimos tratando de emparejarla por un tiempo. Pensamos que podría ser gay y estar avergonzada de decírnoslo. Incluso le dije de besar mi amiga Bettany para que ella pudiera salir del armario, pero nunca lo hizo. —Claudia tiene una tendencia a transmitir demasiada información, pero cuando se trata de Livvie, a menudo disfruto de lo que tiene que decir.

—Tú no tienes ninguna amiga llamada Bettany —dijo Livvie. Sonaba incómoda, pero era todo puro teatro.

—Tú no sabías eso —dijo Claudia—. Sólo estaba tratando de hacerte saber que estaba bien con que fueras gay.

—Pero no soy gay —dijo Livvie con fingida exasperación. Se cubrió el rostro cuando el camarero eligió ese preciso momento para volver a nuestra mesa.

Aunque estaba seguro de que lo había oído, el camarero mantuvo un comportamiento profesional. Todos nos las apañamos para componernos lo suficiente como para pedir la cena y el vino. Livvie pensaba que Europa era "impresionante" por la única razón de que una persona podía beber legalmente a los dieciocho años. Por supuesto, si puedes alcanzar la barra te servirán.

—Ya sabes, si alguna vez quieres experimentar con una mujer —bajo mi estrecha orientación, por supuesto— estaré bien con eso. —Sonreí descaradamente hacia Livvie y levanté una ceja por si acaso.

Livvie negó con la cabeza.

—Apuesto a que lo harías. —La mano de ella ahuecó mis bolas debajo de la mesa. Sus ojos se ensancharon cuando sintió la agitación de mi la excitación—. —Luego —susurró. Me pregunté si quería decir que me complacería más tarde, o si conseguiría verla besar y tocar a otra mujer más tarde. De cualquier manera, era afortunado.

El resto de la cena prosiguió de la misma manera jovial. Claudia y Livvie se ocuparon de la mayor parte de la conversación. Lo preferí de esa manera, y Rubio parecía que también. Livvie era ingeniosa y Claudia tan grosera al hablar que uno no podría evitar estar divertido con ese par. La duendecilla y su novio estaban arraigando en mí —como un hongo.

Después de la cena y de un intento de baile (no soy un buen bailarín), lleve a Claudia y Rubio a su hogar. Rubio, siendo el caballero que es, trató de deslizar su parte en la cena en mi bolsillo, pero no se lo permití.

—Cómprale algo caro. Nada hace a una mujer más dispuesta en el dormitorio —le dije con una sonrisa.

—Ya estoy conforme, —replicó Claudia—. Rubi puede parecer tranquilo, pero ya sabes lo que dicen de los más callados.



Rubi se rió a carcajadas incluso mientras se sonrojaba.

—Está borracha. Mejor me la llevo dentro.

—¡Sí! ¡Tómame! —Claudia tiró de Rubio hacia ella y acometió su rostro con su boca. Continuó durante tanto tiempo que me decidí a marcharme. Vi a Rubio mecerse mientras seguía besándola.

Livvie estaba tendida en el asiento del pasajero. Estaba felizmente borracha, y por la forma en que se estaba acariciando a sí misma, sabía que tendría mis propias manos llenas una vez que llegáramos a casa.

—¿Hay algo que necesites de tu apartamento? Prefiero quedarme en el hotel esta noche. —La acariciaba con una mano cada vez que no estaba virando el volante.

—¿Por qué? —preguntó distraídamente.

—Todas mis cosas están en mi habitación del hotel. Tu apartamento está más cerca de donde estamos. Podemos así parar y conseguir tus cosas si necesitas algo —dije. Odiaba dormir sin Livvie. Las pesadillas disminuían significativamente cuando ella estaba a mi lado.

—Pero yo te deseo. No quiero esperar, —se quejó. Estaba muy intoxicada, y parte de mí sospechaba que no habría sexo para mí esa noche.

—Yo también te deseo. Es una pena que vivamos tan lejos. Claudia y Rubio no tienen ese problema.

Livvie de repente parecía muy sobria, si no tomabas sus enormes ojos en consideración.

—¿Es que tú... quieres mudarte a mi apartamento?

—No —dije definitivamente.

—Oh. —Parecía a la vez aliviada y decepcionada. Se dio la vuelta y miró por la ventana durante unos minutos y, a continuación, con enojo—: ¿Por qué no?

—Porque tu apartamento es pequeño.

—Oh. —Confusión.

Suspiré.

—Te estoy pidiendo que vivas conmigo, Sophia. Yo dejo el hotel, tu dejas tu apartamento, y nos compramos un lugar que sea *nuestro*. —El silencio llenó el vehículo durante lo que parecieron interminables horas.

—Está bien —dijo simplemente.



—¿Está bien? —pregunté, incrédulo. ¿Qué tipo de respuesta era esa?

—Está bien, —repitió y puso su mano en la mía.

—Está bien —le dije.

El vacío estaba desbordándose.



Capítulo 13

Nos mudamos a nuestro nuevo apartamento en abril. Aunque yo pensaba lo contrario, Livvie insistió en que estrenar nuestra casa en su cumpleaños era el regalo perfecto. Me había asegurado que su cumpleaños era el pretexto para obligar a sus amigos a ayudar en la mudanza. Dijo que no quería trabajadores de ninguna empresa. Se sentía bastante incómoda de que hubiera comprado la casa y la pusiera a su nombre. Insistí en que era mejor que ponerla a nombre de alguien que no existía legalmente. Estuvo de acuerdo, pero no toleraría a unos extraños haciendo su mudanza.

Por mi parte yo sentía algo parecido a la emoción. Parece mal que un hombre esté "emocionado", suena demasiado parecido a la emoción de una chica de instituto. Hubiera querido comprar la casa directamente, pero pensé que podría ser sospechoso si el FBI decidiera echar un vistazo. En su lugar, hice a Livvie retirar la cantidad del pago inicial de su fondo y ponerlo en una caja de seguridad. Luego utilicé la misma suma de dinero para pagar al banco.

Con el tiempo iba a tener que contar con la ayuda de algunos antiguos contactos para mantener las apariencias en lo que concernía al nuevo estilo de vida de Livvie. El FBI podría no tocarnos necesariamente en España, pero era mejor no llamar la atención viviendo por encima de los medios con los que sabían que Livvie era capaz de mantenerse. Para bien o para mal, no le conté a Livvie que mis planes involucraban actividades ilícitas. Me estaba convirtiendo en un novio con buen comportamiento, pero seguía siendo yo.

Nos compramos una enorme propiedad que había estado vacante durante algún tiempo.

Livvie y yo echamos unas buenas risas sobre el número de ventanas. Apenas se podía encontrar un rincón oscuro, la luz inundaba hasta el último rincón. Pensé que era muy apropiado. Habíamos pasado suficiente tiempo en la oscuridad. Sin embargo había algunas cosas que me gustaba hacer con Livvie que nunca deberían ver la luz del día, así que me aseguré de que las habitaciones tuvieran cortinas.

La casa había sido amueblada para mostrar mejor sus techos abovedados, mostradores de mármol, lavamanos con forma de palangana, salas de estar a un nivel más bajo que el resto de los suelos y accesorios de madera y piedra. Yo había hecho una oferta de compra, así como estaba. Era la perfecta excusa para convencer a Livvie de donar sus muebles a Claudia y a Rubio (y dejar que él lidiara con todas las almohadas de la cama). Ella me había levantado una ceja,



pero al final accedió. Había estado buscando casa desde hacía algún tiempo. Para cuando comenzamos a hacer excursiones, yo ya había reducido la lista de manera significativa. Había sido una prueba de astucia impulsar a Livvie a escoger por sí misma la "elección" de la casa que yo quería. Pero finalmente tuve éxito.

Con todo, la casa sugería un cierto nivel de riqueza, pero no lo suficiente como para levantar sospechas. Nuestros vecinos eran profesionales, no celebridades. Era el tipo de lugar en el que podríamos estar y vivir mucho tiempo. Planeé reconvertir una de las habitaciones más grandes de arriba en una biblioteca/oficina para Livvie. Yo ya había reclamado el sótano como un proyecto para mí que decidiría más adelante.

—Por favor, dime que esta es la última caja. —Claudia yacía tendida en el suelo de madera dura.

—No tengo tantas cosas Claudia. Deja de quejarte. —Livvie bajo la caja que llevaba y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. La pillé mirando a su alrededor con una expresión maravillada y mi pecho se expandió. Hacerla feliz era una recompensa que nunca había esperado. Me golpeó una vez más la sensación de ser útil. Una de la que podía sentirme orgulloso.

Pasé por encima de Claudia y hablé con Livvie.

—Hay Coca-Cola en la nevera. Pillé algunas junto con una caja de botellas de agua. Voy a ir a la tienda de comestibles en un rato por más suministros. Te debo por lo menos una cena de cumpleaños. —La besé en la frente de camino hacia la puerta. El camión de mudanzas estaba vacío y Rubio iba a seguirme para devolverlo y traerme de vuelta.

Me estaba esperando afuera. De hecho, estaba vestido para la ocasión en lugar de a la moda. Era divertido verlo con jeans flojos, zapatillas de deporte y una camiseta. Parecía aún más joven de lo que ya era.

—¿Estás listo para irnos? —preguntó.

—Sí. Las mujeres pueden arreglárselas con el desembalaje mientras estamos fuera. Quiero pasar por la tienda de comestibles de regreso. Podemos comprar algunos filetes para la cena. —Despeiné el pelo de Rubio cuando pasé a su lado. Se echó a reír y se volvió hacia su coche. Nunca había hecho nada más que darle la mano hasta ese momento. Sin embargo, en los últimos pocos meses nos habíamos convertido en cierta forma en amigos. Nunca podría confiar en él como confidente, pero él me tenía en un pedestal y yo había empezado a llevarlo bajo mi ala protectora, por así decirlo.

—Suena bien. Podemos recoger un pastel para Sophia —sonrió. También él me había tomado bajo su protección. Rubio se me figuraba como la juventud de Livvie. Estaba minimizando la importancia de su cumpleaños, pero él sabía que



ella todavía quería un poco de espectáculo. Tenía planeado darle bastante espectáculo más tarde cuando estuviéramos solos. Pero pastel también era muy agradable.

—Gran idea —le dije y mientras arrancaba no podía dejar de mirar a Livvie y a mi nuevo hogar por el retrovisor. ¿Realmente había salido adelante? ¿Había dejado atrás el hombre que fui? No lo sabía a ciencia cierta. Sin embargo, el conocimiento de que sería Livvie la primera persona que viera por la mañana y la última persona que vería todas las noches era más consuelo del que nunca me había permitido. Mi nueva vida con ella era todo. Por mucho que me aterrara pensar que no era nada sin ella, estaba más que feliz de tenerla cualquier cantidad de tiempo que el destino me lo permitiera. Por supuesto, si el destino tratara de arrebatármela lucharía como el hijo de puta que soy para mantenerla conmigo.

Después de que dejamos el camión Rubio y yo recogimos algunos comestibles y el pastel para Livvie. Estaba agotado pero tenía muchas ganas de hacer especial su cumpleaños. Egoístamente, no podía esperar a que todo el mundo se fuera y pudiéramos disfrutar de nuestra primera noche en la casa nueva.

—Espero que a Sophia le guste nuestro regalo. No estamos perdiendo el control como tú. —Rubio sonrió y apartó del rostro una parte de su fastidioso cabello. Estaba continuamente tentado de pasarle las tijeras por encima.

—Estoy seguro de que le encantará lo que sea. Eres su amigo; probablemente la conoces mejor que yo.

—No lo creo. Es diferente contigo. Es más feliz. Cuando Claudia y yo la conocimos era bastante callada. No le gustaba hablar de sus cosas: su familia, donde creció. Claudia sentía lástima por ella, pensó que debía ser una solitaria.

Fruncí el ceño.

—Sophia no necesita la piedad de nadie. Es demasiado fuerte para eso.

—No quise decir eso —Rubio apareció herido—, a Claudia no le gusta ver a la gente infeliz. No lo demuestra pero es muy sensible y tiene un gran corazón.

—Claro —dije incrédulo. El exterior era insolente y grosero. Me gustaba, pero tenía mis dudas acerca de su interior sentimental.

Rubio por primera vez parecía irritado.

—Tú no tienes por qué saberlo ¿verdad? Yo sí.

Me tuve que reír.

—No fue mi intención ofenderte. Claudia es una buena amiga. Es solo que ella... bueno, ya sabes.



La ira de Rubio se desvaneció rápidamente.

—Sí. Lo sé. La noche que nos conocimos un amigo me llevó a una fiesta. Había una chica que me gustaba y me sentía desesperado porque me enteré de que comenzó a salir con otro. Quería quedarme en casa pero fui de todos modos. Claudia me vio y vino hacia mí. Era una gran bola de energía feliz e insistió en que me animara. Le hablé acerca de la chica y me dijo que me olvidara de ella porque yo era su novio. —Rubio tenía una estúpida sonrisa en su rostro.

—Encajáis bien juntos —le dije. A Rubio pareció gustarle—. Cuéntame más sobre Sophia.

—Solía estar triste. Nosotros la animábamos pero no le duraba mucho tiempo. A veces las dejaba solas a ella y Claudia porque creo que Sophia se resentía de vernos a nosotros tan felices. Nunca lo dijo pero era la sensación que nos daba. Es por eso que tratamos tanto de conseguirle una pareja —se encogió de hombros—, entonces te conoció. Ahora es feliz. Espero que entiendas lo afortunado que eres. No sé mucho acerca de tu pasado, pero es una buena persona. Sé cuidadoso con ella.

Miré a Rubio y su expresión era muy seria. Rubio era un buen hombre.

—Tengo la intención de hacerla muy feliz Rubio. No tienes que decírmelo.

—Bueno —contestó—, nunca quisiera tener que pelear contigo.

Me eché a reír. No pude evitarlo. Me estaba imaginando a Rubio tratando de pelear conmigo.

—Yo nunca lo querré tampoco Rubio.

Las cosas eran mucho menos agradables cuando finalmente llegamos a casa. Claudia nos recibió en la entrada y la expresión de su cara me dio palpitaciones al corazón.

—¿Dónde está? —pregunté. Ya estaba corriendo hacia la casa. No escuché lo que Claudia estaba tratando de decirme.

—¡Sophia! —grité corriendo escaleras arriba.

—Estoy aquí —respondió desde el dormitorio. Una oleada de alivio me atravesó. Estaba a salvo. No había ningún peligro. Nuestras vidas no eran como antes. Me llevó un momento calmarme. Había pensado que iba a tener que herir a alguien.

Cuando entré en la habitación Livvie estaba sentada en la cama. Había estado llorando y había una carta en sus manos.

—¿Qué pasa Mascota?

Se encogió de hombros.



—No lo sé. Es que... —Se secó los ojos y sorbió por la nariz.

—¿Qué pasó? ¿Hice algo? —Odiaba cuando Livvie estaba triste. Ya no disfrutaba de la visión de esas lágrimas. Eran amargas en mi boca.

—No cariño. No es por ti. —Nunca me había llamado *cariño* antes; bueno, no de manera positiva.

—Cuéntame. —Me senté a su lado en la cama y ella inmediatamente encontró su camino bajo mi brazo y contra mi pecho. Le froté la espalda y esperé. Livvie era conversadora, sabía que finalmente me lo diría.

—Mi madre me envió una tarjeta de cumpleaños. Me traje el correo y había un sobre sin marcar. No estaba preparada. —Se enterró aún más en mi pecho.

La relación de Livvie con su familia presentaba un dilema. Yo quería que fuera feliz. Quería que tuviera todo lo que deseara. Sin embargo, quería ser una parte de su felicidad. Quería ser la parte más grande. Su familia podía ser una amenaza, podrían amenazar *lo nuestro*, lo que teníamos. Tenía que tratarlo con cuidado.

—¿Qué decía?

—Que lo siente. Dice que me echa de menos, que todos me extrañan: mis hermanos, mis hermanas. Quiere saber si podemos resolver las cosas. —Livvie sollozó y me abrazó con más fuerza.

—¿Es eso lo que quieres, Mascota? —Quería que dijera que no. Quería que dijera que yo era la única persona que necesitaba y al diablo con el resto de ellos. Pero sabía lo que eso significaba. Yo era huérfano. Puede que tuviera un padre vivo, pero por lo que me concernía *aún* era huérfano.

—No lo sé.

Suspiré.

—Soy yo. Siempre soy yo. No quiero ser el que te aparte de las personas a las que amas. —No estaba seguro de lo que estaba tratando de decir solo que dolía como el infierno. La relación de Livvie conmigo siempre iba a alejarla del resto del mundo y era demasiado egoísta para cambiar eso.

—¡No eres tú! —insistió Livvie—, las cosas eran una mierda entre nosotras antes de que tú y yo nos hubiéramos conocido. Lo *sabes*, solo que...

—Es tu madre. Son tu sangre.

—Tú también. —Me besó en el pecho y volvió recostarse contra mí—. Hemos sangrado el uno por el otro. Eso es más de lo que puedo decir de los de “mi sangre”.



Inhalé bruscamente. Aunque encontraba sus palabras emotivas, también eran preocupantes.

—Eso también fue culpa mía.

—Caleb ¿esto va sobre ti? ¿Estás *tratando* de hacer que me enfade contigo? Tú me haces feliz. Hoy ha sido uno de los mejores días que he tenido. No lo arruines haciendo de esto algo sobre nosotros. Se trata de mi madre y la forma en que manipula todo. Tú al menos tenías razones para lo que me hiciste. Ella es mi madre. ¿Cuáles eran *sus* razones de mierda Caleb? ¿Cuáles fueron sus razones para tratarme como una mierda y luego esperar *cinco días* para venir a verme al hospital? —Livvie se sentó. Sus puños se apretaron en torno a lo que supuse era su tarjeta de cumpleaños.

—Lo siento Gatita. No quería hacer de esto algo sobre mí. Esto es lo que sé: Te mereces ser feliz. Si conseguir la respuesta a tus preguntas te va a conceder la paz, te lo debes a ti misma. Si has terminado con ella, eso también está bien... pero no creo que lo hayas hecho. —La volví a poner entre mis brazos. No sabía si lo hacía para consolarla o para consolarme a mí mismo, pero parecía que nos ayudaba a ambos.

—Tal vez la llame la semana que viene.

—Está bien —le susurré. Fue todo lo que pude hacer.

—Prométeme que no te irás. —Los brazos de Livvie me agarraron firmemente.

—Te lo prometo. ¿Puedes decir tú lo mismo? —Casi temía la respuesta.

—Te lo prometo. Soy tuya —dijo.

—Y yo soy tuyo.

—¿Sophia? ¿Debemos irnos? —gritó Claudia desde abajo.

—¡No! —dijo Livvie— estaremos abajo en un minuto.

Se sentó y me dio un beso, suavemente al principio y luego apasionadamente. La atraje hacia mí y le acaricié los pechos. Ella rompió el beso.

—Más tarde Sexy. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Pienso hacértelo cumplir. —La besé una vez más.

—De acuerdo. Me encanta cuando me abrazas. —Sonrió y pude ver que estaba mejor.



Bajé las escaleras para hacer compañía a nuestros amigos mientras Livvie se arreglaba. Una vez que bajó cenamos *arroz con gandules*¹⁰ y filetes. Tuvimos pastel de cumpleaños para el postre y siempre recordaré la sonrisa en su cara cuando apagó las velas.

Esa noche después de que los demás se hubieran ido y estuvimos finalmente solos nos sentamos en el sofá nuevo y me quedé mirando las llamas de nuestro nuevo hogar.

—Gracias, James. Tuve un gran cumpleaños.

Me reí entre dientes.

—Cajas de mudanza, trauma emocional y tarta de cumpleaños... Eres fácil de complacer.

Me dio un codazo en las costillas.

—Idiota.

—Voy a dejar pasar eso solo porque es tu cumpleaños.

—Hablando de eso ¿tengo un regalo? —pude oír la sonrisa en su voz.

—Sí. ¿Lo quieres? —dije persuasivo.

—¡Por supuesto!

—Muy bien, pero primero... Creo que es costumbre dar a la cumpleañera unos cuantos azotes.

Livvie se retorció.

—Pero... ¡estoy tan cansada!

—Bueno. Menos posibilidades de que te muevas mucho. —Ajusté nuestros cuerpos y la puse sobre mis muslos. Fueron los azotes menos inspirados que he dado en mi vida. Ella se rió todo el tiempo y yo no hice nada para evitar ese comportamiento.

—Aww, fuiste suave. —Seguía riendo entre jadeos y respiraciones.

—No hay cortinas en la sala de estar. No quiero asustar a los vecinos por el momento.

—¡Ay Dios mío! me había olvidado de las ventanas. —Se levantó sobre mis muslos—. Probablemente piensan que somos unos pervertidos.

¹⁰ **Arroz con gandules:** plato típico de la cocina portorriqueña, siendo también popular en la zona del Caribe y resto de Sudamérica. Es una combinación de arroz, gandules y cerdo cocinados justos en una olla con un sofrito. Los gandules, también llamados guandules, guandús o quinchonchos, son una planta leguminosa, similar a los frijoles o las habas.



—¿Y no lo somos?

—Buen punto. Ahora amable señor, mi regalo por favor. —Tendió las dos manos. Yo la levanté de mis piernas y nos fuimos arriba.

Voy a interrumpir ahora y deciros por adelantado que no voy a compartir los detalles de mi regalo para Livvie. ¡No hagáis pucheros! Simplemente es muy vergonzoso. Sin embargo, como no quiero leer las incesantes preguntas al respecto en internet solo diré esto: Se trataba de recrear otro de los recuerdos de Livvie... de mí... solo... en la ducha. ¡Mojad vuestras propias bragas! Yo estoy pasando al siguiente capítulo.



Capítulo 14

Estaba soñando. Odio cuando sueño, pero por primera vez en mucho tiempo... fue bueno. Estaba teniendo el tipo de sueño del que una persona no quiere despertar. Rafiq estaba allí, pero no era realmente él. Era una versión de él, que nunca conocería y que nunca podría ser. Su presencia hizo obvio que estaba soñando, pero su compañía añadió algo y elegí seguir adelante.

Livvie y yo estábamos teniendo una fiesta. Estábamos celebrando mi cumpleaños. Había un montón de gente que no reconocía, pero Livvie parecía conocerlos. Creo que una de ellas era su madre. Estaban juntas en la cocina, sirviendo champán en largas copas. Una de las hermanas de Livvie estaba tratando de convencerlas de que podía tomar una copa. Se veía como me imagino a Livvie de niña. Livvie parecía tan feliz.

—Lo has hecho bien, *Khoya*. Estoy orgulloso de ti. Te mereces esto —dijo Rafiq. Me dio una palmada en la espalda y me alborotó el cabello de la forma que solía hacerlo cuando era niño. Le di un manotazo en la mano.

—No soy un niño. Deja de hacer eso. —No podía dejar de sonreír.

—Lo sé. Ahora eres un hombre. Tienes una familia propia. Tal vez sólo estoy recordando al chico que conocí. —Me alborotó el pelo otra vez y no me importó.

—Me alegro de que hayas podido venir. No tengo ninguna otra familia.

—Somos huérfanos, Caleb. Hacemos nuestras propias familias.

Me eché a reír.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y el resto? ¿Te acuerdas de eso también? —La tristeza se había colado en su voz.

—Te perdoné. Todo eso me ha traído aquí. —Miré hacia Livvie y su madre. Me saludaron y levante la mano para responderles.

—¿Quién es este tipo? Se ve bastante interesante y aterrador. —Claudia tropezó a mí lado y casi me empujó encima de Rafiq.

—¿Siempre tienes que ser tan enérgica?

—No me gusta cuando no soy el centro de atención. —Me guiñó un ojo.



—¡Es mi cumpleaños! —Le reprendí. Claudia se encogió de hombros.

Le presenté a Claudia a Rafiq e hice una salida precipitada. Ella ya le estaba haciendo preguntas íntimas sobre su papel en mi vida. Rafiq parecía que había olido algo asqueroso y me reí. Se lo merecía.

Cuando entré en el salón principal, Rubio estaba trabajando en conectar la PlayStation. Se volvió hacia mí cuando entré.

—¿Me echas una mano, James? Me parece que no puedo hacer nada con estos pantalones ridículamente ajustados. —Rubio es un tipo tranquilo. Mi cabeza no podía crear un diálogo inventivo para él.

Yo tampoco podía montar la PlayStation.

—Estoy soñando, Rubio. No puedo montar esta mierda. Espera. —Le di una patada a la PlayStation y todos los cables quedaron mágicamente conectados.

—¡Bien! Algún día, cuando Claudia deje de mimarme como si fuera un bebé, espero que puedas enseñarme a ser más hombre —dijo Rubio (es mi sueño —dejad de juzgarme).

—Puedes empezar por ocuparte de esto. —Saqué un par de tijeras de bolsillo y corté el gran mechón de pelo que cubría la mayor parte de su rostro. Hubo una gran ronda de aplausos.

—Muy bien, todo el mundo, ¡es hora de cantar *Cumpleaños Feliz*! —La multitud se apartó para Livvie mientras salía de la cocina con un gran pastel de chocolate cubierto de velas.

Cumpleaños feliz.

Cumpleaños feliz.

Te deseamos querido James.

Cumpleaños feliz.

Arrugué mi cara. ¿Cuándo había aprendido esa canción?

Despierta, cumpleañosero, es la hora de uno de tus regalos.

Algo suave tocó mi rostro.

Despierta, Sexy, es tu cumpleaños.

Sonreí en ambos, dentro y fuera del sueño. *Livvie*. Ella era real. Estaba conmigo. Era mía. Si el sueño había sido bueno —y lo había sido— despertar había sido incluso mejor.



Abrí mis ojos lentamente. La realidad y la fantasía se reacomodaron en mi mente hasta que estuvo claro. Sonreí cuando vi a Livvie parada al lado de la cama. Levantó el brazo y me hizo cosquillas en la cara con una pluma. Me froté la nariz.

—Eso no es para eso —le dije. Mi voz era áspera. Bostecé y me desperecé.

—¿Quieres que te haga cosquillas en el pene? —Sacudió la pluma sobre la tienda de campaña de las sabanas.

Puse mi mano sobre mi erección y me alejé.

—No. Eso no es para ti. Tengo que ir al baño.

—¡Bien, levántate! Tengo un día lleno de actividades planeadas y estas arruinando mi diversión con tu sueño... y tu erección de pis.

Me reí.

—Odio cuando lo llamas así.

—¿Sí? Bien, yo odio cuando no puedo jugar con él ¿Por qué demonios está tan duro si se supone que no debo jugar con él? Eso es publicidad engañosa, Señor.

Me dejé caer sobre mi espalda y eché los brazos sobre mis ojos.

—Está bien, arrasa conmigo. Pero no esperes ir a ningún lado por un rato. —La última vez que montó mi erección matutina no pude correrme por una hora. Livvie había tenido que tomar una siesta cuanto terminamos y se había adueñado de toda la mañana.

—Qué frustrante. Va a tener que esperar. Tenemos planes. Ahora, ¡levántate! —Livvie puso las manos en mi estómago y me hizo botar arriba y abajo.

—¡Para! —Realmente tenía que mear, agarré a Livvie por la cintura y la atraje hacia la cama conmigo. Gritó mientras le hacía cosquillas—. ¡Voy a hacer esto hasta que te hagas pis! —Sus piernas estaban pateando, pero pude tirar el edredón sobre ellas hasta que quedó atrapada.

—¡Oh, Dios mío! Oh, por favor. ¡Por favor, para! —Se estaba riendo a pesar del pánico que pude ver en sus ojos.

—¿Te arrepientes? —Bromeé.

—¡Sí! ¡Por favor! —Livvie jadeaba en el momento en que dejé de hacerle cosquillas. Me sonrió.

—¿Puedo besarte? —pregunté.

—No te has cepillado los dientes. —Arrugo la nariz



—Lo sé. Por eso pregunté. —Yo ya estaba inclinándome hacia abajo, hacia su boca. Lo hice breve. Salte rápidamente de encima suyo y me dirigí al cuarto de baño antes de que pudiera tomar represalias.

Hubo unos toques en la puerta.

—Nos vemos abajo cuando hayas terminado. Hice el desayuno.

—Está bien —le dije.

Una vez que terminé de usar el baño, me lavé las manos y me cepillé los dientes. Cuando me limpié la cara con una toalla de mano color púrpura (Livvie había hecho su magia de chica de los volantes en el baño), me miré en el espejo. Era mi primer cumpleaños. Tenía veintiocho años. La sensación era surrealista. Me preguntaba si aparentaba mi edad.

Esta es mi vida. Yo era un puto en mi juventud, un asesino desde mi adolescencia, y un monstruo como un hombre. ¿Quién soy yo ahora? ¿Qué soy ahora? Me encogí de hombros.

Livvie y yo habíamos estado viviendo juntos durante unos cuatro meses. Me había tomado algún tiempo acostumbrarme al principio. No estaba acostumbrado a tener a otra persona a mí alrededor todos los días. Aunque haber pasado tanto tiempo con Livvie durante su cautiverio, y también de haber hecho todo lo posible para verla con frecuencia mientras salíamos, lo hizo de alguna manera más fácil de asimilar. Si tenía que esconderme por un tiempo, por lo general iba arriba a trabajar en la biblioteca/oficina de Livvie por un rato. De lo contrario, estaba abajo, trabajando en la construcción de nuevos aparatos para exorcizar mis perversiones (algunas de las perversiones eran *sus* ideas). Livvie me hizo poner un candado en la puerta para que nadie pudiera meterse accidentalmente dentro.

Livvie no parecía tener muchos problemas de adaptación, en absoluto. Explicó que estaba acostumbrada a una casa llena de gente ruidosa. Si acaso, a veces no le gustaba el tamaño de la casa. Decía que era tan grande que a veces se sentía vacía. Sin embargo, Claudia y Rubio prácticamente vivían con nosotros, por lo que eso no duró mucho tiempo. En los días que Livvie necesitaba estar sola, estaba generalmente arriba escribiendo en su ordenador portátil.

Yo estaba en constante cambio y descubrí que, aunque algunas cosas siempre me harían sentir incomodo —La nueva relación telefónica de Livvie con su madre, conocer nuevas personas, asistir a festivales de cine (¡Amo a Livvie, pero algunas de estas personas son muy aburridas!) y explicar mi actual falta de empleo— era feliz siendo James. Es cierto que había momentos en que extrañaba mi vida anterior, pero en su mayor parte, estaba cada vez más cómodo con mi nueva vida y las cosas que habían venido con ella: Livvie, amigos y... cumpleaños.

Livvie estaba impaciente esperándome cuando llegue a la parte inferior de las escaleras. Había hecho pequeñas tortitas con fresas y bacón. Estaban dispuestas como una sonrisa en mi plato.

—Estaba esperando un tazón con cereal. —Bromeé.

—No te preocupes, estoy reservando eso para mañana —respondió. Rodeó el mostrador y colocó sus manos en mi cara. —Feliz Cumpleaños, Sexy. —Apretó los labios contra los míos, sabía a zumo de naranja y sirope. Perseguí la dulzura de su lengua jalándola hacia mí hasta que la sentí suave en mis brazos.

Livvie una vez me dijo que le robaba el aliento cuando nos besábamos. Decía que era como si filtrara el aire de sus pulmones. Pensé que eran más de sus palabras floridas. Sin embargo, una vez la idea fue plantada en mi mente, empecé a prestar especial atención. Sí, yo sentía algo también. Me encantaba el momento en que Livvie se entregaba a mí, se convertía en nada más que en sus instintos. Se balanceaba. Gemía. Se frotaba contra mí.

Dejé que mis manos se desplazaran por su espalda y por encima de su culo redondeado. Levanté la falda. Estaba a unos segundos de poner mis dedos en sus bragas y tirar de ellas hacia abajo cuando mis esfuerzos fueron frustrados.

—No, Sexy, ahora no. —Se puso las manos detrás en un intento de detenerme.

—Sí —le dije. —Ahora mismo. —Cogí sus manos y las sujeté con mi izquierda.

Con mi mano libre empecé a deslizarle las bragas hacia abajo. Coloqué besos succionando a través de su hombro.

—James —gimió— las ventanas.

—¡Maldita sea! Pondré las cortinas. ¡Hoy! —dije exasperado ¿Qué tenía que hacer para tener sexo en mi cumpleaños?

—No te enfades. —Me besó rápido antes de escabullirse de nuevo en la cocina para buscar su desayuno—. Vas a tener un montón de tiempo para jugar a “Gatita ha sido una niña mala” más tarde. Lo prometo.

—Más te vale —gruñí. Tomé un pedazo de bacón y lo puse en mi boca. Rafiq no era lo que uno llamaría un musulmán devoto, pero estaba bastante seguro de que se retorcería en su tumba al ver como devoraba el bacón. Yo, por ejemplo, realmente lo disfrutaba con moderación—. Entonces ¿Qué has planeado para mí hoy? Por favor, dime que no implica salir de casa.

Livvie me miro con tristeza.

—No seas un vejestorio, Sexy. Vamos a salir de aquí y a divertirnos.

—Odio la diversión.



Livvie rió.

—Deberías. Lo bueno es que nunca tendrás que poner un anuncio personal. —Asumió su ridícula parodia de mi voz—. Hola, soy James. Tengo veintiocho años. Disfruto dar patadas en la cara, tener sexo sobre las encimeras de la cocina, acechar a mi novia y decirles a los niños que se larguen de mi jardín. Y también odio la diversión. Si tú también, llámame. —Casi se dobló por la mitad riéndose de su propia broma.

—No te acecho... ya no. Además nunca le he gritado a nadie que salga de nuestro jardín.

—¿Qué pasa con Claudia?

—El jardín no es un lugar para broncearse. —No pude evitar reír ante el recuerdo de encender los aspersores sobre Claudia. Se había vuelto loca como una avispa. Le dejé procesar su ira en el porche antes de que Livvie la dejara entrar otra vez.

Livvie y yo bromeamos mucho en el desayuno. Livvie es la única persona que conozco que puede hacerme enfurecer en un segundo y reír al siguiente. A ella le gusta decir que yo soy lo contrario, pero siento que la misma dicotomía está presente en ella. Supongo que mantiene las cosas interesantes.

Livvie no podría haber planeado un día más perfecto. Para empezar, me aseguré que pasaríamos el día solos. Por mucho que me habían llegado a gustar Claudia y Rubio, la única persona con la que quería pasar mi primer cumpleaños era con Livvie. Nunca tenía que fingir con ella. Podía ser yo mismo —como quiera que se dieran las cosas de un momento a otro.

Livvie estaba llena de encanto y fantasía. Como me perdí tantos cumpleaños, estaba decidida a mostrarme lo que había perdido. El primer lugar que me llevó fue a una pista de carreras de go-karts. Aunque son pequeños, los karts pueden alcanzar velocidades de hasta cuarenta y ocho kilómetros por hora. Livvie ganó cuatro de siete carreras, pesa menos que yo, por lo que su coche era inevitablemente más rápido. En igualdad de condiciones, estoy seguro de que podría haber ganado todas las veces. Por supuesto, Livvie no lo veía de esa manera, es una mala perdedora.

Después de los go-karts, comimos pizza y jugamos videojuegos en la galería de arriba. Livvie no era rival para mí cuando se trataba de juegos de disparar y creo que gastamos cerca de treinta euros en un juego llamado *Área 51*. Si la tierra fuera atacada alguna vez por alienígenas, sois bienvenidas a quedaros detrás de mí.

Por la tarde, estábamos terminando el hoyo dieciocho en el mini-golf que brillaba en la oscuridad. Estaba teniendo el mejor día de mi vida y estaba pasándolo con la mejor persona de mi vida. No podía esperar a tener a Livvie en



casa y expresarle mi gratitud por ser todo lo que necesitaba y mucho más de lo que merecía.

—No puedes hacer eso, Mascota. Estas haciendo trampa. —Miré a Livvie mientras recogía su bola y la volvía a colocar en la alfombra.

—Me distraes. Debería intentarlo de nuevo. Es el último hoyo. —Me sacó la lengua.

—¿Te distraigo mientras estoy aquí callado?

—Sí.

—Te dejaré intentarlo de nuevo si me dices que me amas. —Sonreí con mi más perversa sonrisa. La que me gustaba darle justo antes de desnudarla y tenerla a mi sucia manera.

—Tu primero —dijo con una sonrisa. Golpeó la bola y rodó hasta cubrir la parte verde antes de fallar y no tomar la colina de helado dando la vuelta hacia ella.

Me eché a reír.

—Esto es lo que obtienes. —Livvie continuó golpeando su bola hasta que logro meterla en el hoyo. Era muy mal perdedora.

—¿Tienes hambre? —preguntó mientras nos íbamos.

—En realidad no. Hemos comido un montón de basura. —Apreté el botón de desbloqueo del BMW.

—Bueno, solo di que tienes hambre, así puedo sugerirte un lugar para cenar —sonríó

—¡Estoy famélico!

—¡Yo también! Por suerte, conozco este nuevo restaurante italiano que abrió. Deberíamos ir allí.

Abrí la puerta para Livvie y me dio un beso en la mejilla antes de entrar. Me deslice detrás del volante y cuando puse el vehículo en marcha ya la mano de Livvie estaba en mis muslos. Explicó donde ir mientras sus dedos me acariciaban suavemente.

—Gracias, Gatita —le susurré.

—De nada, Sexy. ¿Estás disfrutando tu cumpleaños?

—Inmensamente. Creo que mañana trataré de encontrar ese juego de la galería.

Me había abierto a nuevas aficiones. Había descubierto que me gustan los videojuegos.



—Hombres —se burló Livvie—. Será mejor que no empieces a ignorarme. — Estaba haciendo pucheros, pero su corazón no estaba en ello.

—Tú eres la que me animó a conseguir una PlayStation. No soy la única mala influencia en este vehículo. —Casualmente puse mi mano sobre la de ella y la sostuve los veinte minutos que tardamos en llegar al restaurante. Cuando llegamos, me di cuenta de que Livvie me había mentido acerca de pasar todo el día a solas. Claudia y Rubio ya estaban esperando a ser sentados. Sostenían bolsas en sus manos.

Claudia parecía eufórica, después de abrazar a Livvie se arrojó sobre mí.

—¡Feliz Cumpleaños! —le dio un beso a cada una de mis mejillas. A regañadientes le devolví el abrazo y los besos. Claudia es una buena amiga, y aunque odio admitirlo, haría cualquier cosa por ella y por Rubio.

Rubio me dio un apretón de mano y me deseo feliz cumpleaños. Llevaba una camisa rosa con rayas grises debajo de un suéter gris oscuro y pantalones negros. No estaba mal en realidad —por un momento me hizo considerar el rosado. Entonces me di cuenta que el tono combinaba con el vestido de verano de Claudia y deseché la idea. Livvie y yo nunca llevaríamos ropa combinada. ¡No!

—Hay una feria en la ciudad. Claudia y yo vamos después de la cena. Sois bienvenidos de venir con nosotros si no tenéis otros planes —dijo Rubio de camino a nuestra mesa.

Miré hacia delante a Livvie, que estaba ocupada hablando con Claudia acerca de la paliza en las carreras de go-karts. Convenientemente no presentó los resultados de nuestra competición de tiro o del torneo de mini-golf. Sonreí.

—Probablemente volvamos a casa después de la cena. Tengo un último regalo esperándome y estoy ansioso por abrirlo.

Rubio se sonrojó.

—Yo... sí, muy bien. —Le di un empujoncito con mi hombro y nos reímos.

Pedimos entrantes y ensalada ya que nadie tenía mucha hambre. El restaurante era pintoresco y tranquilo. Lo más probable era que perteneciera y fuera gestionado por una sola familia. La comida era casera y estaba deliciosa. Casi deseé no haber comido tanta pizza antes, pero era difícil lamentar alguna parte del día que había tenido.

—¿Es el momento de los regalos? Estoy tan emocionada. —Aplaudió Claudia.

—Tuve que comprarle ese vestido antes. Siempre quiere un regalo cuando otra persona va a recibir uno. —Rubio se río y besó el hombro desnudo de Claudia. Ella no tuvo la decencia de parecer avergonzada y me encontré disfrutando de



ese aspecto de su personalidad. Con Claudia lo que veías era la verdad. Es más de lo que puedo decir de la mayoría.

—¿Quieres abrir los regalos? —pregonó Livvie, movió las cejas hacia mí.

—*Supongo*. —Fingí desinterés.

Claudia empujó su regalo hacia mi primero. Era una caja delgada, no pesaba casi nada. Pero Claudia casi estallaba de la risa y la emoción. Sobre todo cuando le dijo a Livvie. —Tienes que hacer que lo use.

Arranque el papel y levante la tapa de la caja. Miré, miré y miré un poco más.

—¿Qué demonios es esto? —Agité la caja y un par de ojos de plástico se movieron alrededor.

—Sácalo. —Sugirió Livvie, tenía la mano sobre la boca para ocultar su sonrisa.

Condescendí al grupo y me arrepentí. Aunque tuve que sonreír. Era divertido y el toque justo de embarazoso. Era ropa interior.

—*Supongo* que tengo que poner mi um... ¿En la trompa del elefante? Muy inteligente. Rubio ¿tú también tienes un par? —Se los lancé en su regazo y él los recogió entre el índice y el pulgar y los lanzó de nuevo hacia mí.

—Lo siento, amigo. No uso estampado animal. —Todos nos reímos.

Recibí un nuevo videojuego de Super Mario Bros de parte de Rubio. No sabía mucho sobre el juego pero os aseguro que más de un día ha sido gastado en familiarizarme con los fontaneros desde entonces.

—Vuelvo enseguida —dijo Livvie mientras se levantaba—. Claudia tiene mi regalo para ti. Ábrelo. —Me dio un beso y se alejó antes de que pudiera preguntarle a donde iba.

La caja de Livvie era grande y la desgarré. Me reí al ver el contenido. Claudia estaba fuera de su asiento y se asomaba por encima de mi hombro. Rubio se quedó en su asiento pero estaba tratando de mirar en la caja. Había un pedazo de papel que decía: Set de Botiquín Sexy. En su interior había rollos de vendas, tiritas, puntos de sutura, una botella de peróxido, sales de baño, un cupón de masajes hecho a mano que me daba derecho a un “masaje de cuerpo completo (con final feliz)”. Y vendas para mano “diseñadas especialmente para boxeadores”.

Todavía tenía una sonrisa que podía romperme la cara cuando empezó la canción. Levanté la vista de mi caja y Livvie estaba caminando hacia mí. El personal del restaurante estaba llevando una bandeja entera de cupcakes con velas en ellos. Cantaban:

Cumpleaños feliz.



Cumpleaños feliz.

Te deseamos querido James.

Cumpleaños feliz.

Me levanté y estiré el brazo hacia Livvie. Me dio un beso y me susurró en el oído.

—Un cupcake por cada cumpleaños, mi amor, y uno más para tener buena suerte.

No podía dejar de mirarla mientras se apartaba. *Te amo*, quería decirle, pero mi garganta se sentía cerrada y tenía miedo de lo que podría salir. Había lágrimas en sus ojos, si hubiese sido un hombre más débil, hubiese habido lágrimas en los míos.

—¿Qué estas esperando, a que el edificio se incendie? —Lo reprendió Claudia—. ¡Sóplalas!

Sonreí, aunque me sentí a punto de desmoronarme. Besé a Livvie en la frente y deje ahí mis labios el tiempo necesario para que sintiera la profundidad de mi aprecio. Entonces, por primera vez desde que podía recordar, apagué mis velas de cumpleaños.



Capítulo 15

—**D**ime cómo te sientes. —Corrí la lengüeta de cuero de la fusta de montar a caballo a lo largo del brazo extendido de Livvie. Vi cómo se estremecía. Los diminutos pelos de su brazo se erizaron.

Livvie abrió la boca para hablar, se detuvo, tragó saliva y luego respondió.

—Emocionada —dijo. Se estremeció de nuevo y las correas de cuero que la sujetaban en su lugar en la cruz crujieron. No habría ninguna pataleta o sacudida que me interrumpiera en este momento.

—¿Fue ese tu primer pensamiento? No creo que lo fuera. —Seguí por su brazo y por encima del hombro. Sabía que le gustaba cuando la besaba bajando por su espina dorsal. Dejé que la fusta la acariciara donde mis labios lo harían normalmente.

No habíamos hecho esto antes, no como amantes. Yo tenía mis dudas sobre hacerlo, pero ella insistió. Su libro estaba casi terminado. Había estado trabajando en él más agresivamente en las semanas previas a petición propia. Entre la escritura de Livvie, el trabajo y horario de la facultad, apenas había pasado tiempo con ella desde mi cumpleaños. Necesitaba esto, dijo. Tenía que recordar cómo se sentía. Necesitaba volver a recrearlo.

No quería que lo recordara. Yo no quiero recordarlo. Sin embargo, ahí estaba yo, con la fusta en la mano. Era una tentación demasiado fuerte para resistirla. No usaría el cinturón. No dejaría las marcas que había dejado la primera vez. Si Livvie podía volver a imaginar los acontecimientos de nuestro pasado, yo también podía. Podía darle su dolor y su placer. Podía finalmente dejar desvanecer los fantasmas de nuestro pasado y que descansan en paz. Nos había llegado el momento de seguir viviendo.

Golpeé suavemente en su costado. Ella saltó.

—Te he hecho una pregunta. ¿Era emocionada tu primera respuesta?

—No —susurró—. Yo... estoy asustada.

Sí, estaba asustada. Había aprendido su miedo muy bien. De hecho, me considero un gran conocedor del miedo. Sé que hay tantas variedades de temor, como los colores de un arco iris. Livvie estaba asustada, pero era una clase de miedo que yo disfrutaba mucho.



—El miedo es parte de esto. —Le di una palmada en el interior de sus muslos suavemente. Me gustó el sonido que hizo—. Estás indefensa. Eres vulnerable. Estás completamente a mi merced. —Estaba detrás de ella, sin moverme, y olía su miedo. Fiel a su palabra, había emoción también. Me incliné y le besé su oreja—. Tú. Eres. Mía. Dilo para mí.

Ella se hundió en sus ataduras. Su cabeza cayó sobre mi hombro y se acarició contra mí.

—Soy tuya, Caleb. —Siempre era Caleb cuando estaba vulnerable. Mi nombre en su lengua me recordaba a ponerse un par de zapatos muy usados. Había sido llamado Caleb la mayor parte de mi vida, y si no fuera por Livvie, el nombre se perdería para mí. Caleb había hecho cosas horribles, había sido un monstruo, pero también había ayudado a James a sobrevivir. Caleb merecía vivir. Podría ser ambos hombres. *Soy ambos hombres.*

Di un paso atrás y miré delante de mí poco a poco. Su larga melena de ébano caía en cascada por su esbelta espalda. No podía esperar a sujetarla mientras me la follaba. La había vestido con satén rojo. Cada movimiento minúsculo provocaba que la tela roja se moviese y ofrecía un trozo diferente de tentadora piel. Las bragas eran escasas. La pulpa carnosa de su trasero aparecía más rellena a causa del corte. Con las piernas abiertas en la cruz en forma de X, pude vislumbrar su coño cuando trató de ajustarse. Gruesas correas de cuero negro la sujetaban en su lugar por las muñecas y los tobillos.

Mi corazón se aceleró ante la idea de azotarla. Allí estaba el zumbido de culpabilidad viviendo dentro de mí, pero mis instintos básicos golpeaban como un tambor en mis venas. Ella era mía. Se había entregado a mí, y me gustaría tomar posesión de ella con tanta seguridad como ella había tomado posesión de mi alma maltrecha. El vacío de mi interior había sido llenado por el amor y el perdón. Todo lo que ella pedía era que le diera todo lo que tenía en mí para dar: mi corazón, mi alma, mi amor, mis secretos, mi lealtad y mi fusta.

La pillé rápido y desprevenida atravesando la parte baja de su culo. El grito de Livvie rasgó el aire. James se estremeció al oír el sonido, pero la sangre de Caleb cantaba. *Soy ambos hombres.*

El grito de Livvie murió tan repentinamente como había nacido. Sus labios estaban apretados. Sus manos eran puños por encima de las correas de cuero que la sostenían en su lugar. Una raya roja decoraba sus cuartos traseros.

—Cuéntame cómo te sientes —requerí. Pasé una mano por su espalda que estaba temblando. Ya podía sentir la roncha.

—Yo... —dijo Livvie con voz ronca—. No lo sé.

—¿Quieres que continúe? —Ya sabía la respuesta. Quería que ella también la supiera.



—Sí, Caleb. —Había confianza en su voz.

—Cualquier cosa por ti, Mascota. —Mostré misericordia. Acaricié su retaguardia con mi mano hasta que sentí sus músculos relajarse con mi tacto—. Vamos a empezar con más terreno conocido. —Levanté la mano y la lancé hacia adelante. Le golpeé una nalga primero y a continuación, la otra en rápida sucesión. Quería que estuviera suave y caliente antes de usar la fusta de nuevo.

Si Livvie hubiese podido moverse, se habría puesto de puntillas. Le había pegado más duro y no me había encontrado con tanto movimiento, pero era mi creencia que las restricciones suelen invitar a las esclavas a agitarse a sus anchas. Tuve que recordarme a mí mismo que Livvie sólo estaba jugando el papel de esclava. Era mía por voluntad propia.

Refrené mi mano de continuar dando azotes a Livvie, pero no la mantuve quieta. En cuestión de segundos, mis dedos calientes encontraron su camino por debajo de la tela de satén que apenas ocultaba su coño. Sus caderas empujaron para encontrarme antes de tener un pensamiento en su cabeza. Me gustó eso.

—¿Está mejor, Mascota? ¿Te gustan los azotes?

Balanceó sus caderas tanto como pudo y trató de hundir los dedos más dentro de ella.

—Sí, Caleb. Por favor, no pares.

—No se me ocurriría. —Empujé dos dedos dentro tanto como se podía. Los metí y saqué con rapidez, entregando ambas sacudidas de placer y sorpresa. Mi polla se sacudió cuando el descarado y lascivo grito de Livvie llegó a mis oídos. Vi a sus caderas moverse hacia adelante y hacia atrás mientras encontraba su propio placer. Mi apetito sádico se alimentó lentamente mientras, poco a poco, retiraba mis dedos y las caderas de Livvie los perseguían para capturarlos. Atrás, atrás, atrás, ladeó las caderas lo más que pudo. No le había dado mucha holgura. No le habría gustado si lo hubiera hecho.

—Más, Caleb. ¿Por favor? —se quejó. Me tentó con la visión de su trasero meneándose.

La azoté una vez.

—No trates de seducirme. No estoy cerca de terminar contigo. Querías un latigazo y estoy decidido a dártelo.

Hubo un gemido sedoso precediendo su murmullo:

—Sí, Caleb —resopló y se ajustó a sí misma en sus ataduras.

—Siempre con una boca insolente, Gatita. Ya sea que la estás utilizando para lanzar comentarios inventivos o simplemente sonidos petulantes, siempre estás empujándome a esto: a castigarte. Siempre me he preguntado —antes— si



anhelabas esto como yo. ¿Lo hacías? —Levanté la fusta y la dejé caer sobre su culo de nuevo. Livvie se tambaleó en sus ataduras, con los labios apretados de modo que ni siquiera su sorpresa podía liberarse.

—Respóndeme, Gatita. —La azoté una y otra vez por si acaso.

—¡No! No, Caleb. —No había la más mínima agitación de miedo real en su voz.

—¡No? ¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado? —La azoté de nuevo, pendiente de mantener el beso de la fusta a través de sus flancos.

—No lo sé —exclamó. Su cuerpo estaba tirante como un arco tensado. Trataba de luchar contra mí y no sabía por qué. Pensé que tal vez sólo estaba luchando con ella misma.

—¿Te acuerdas de la primera vez que usé la fusta contigo? —le pregunté. Sabía con certeza que lo recordaba. Este escenario entero se había construido sobre la base de ese recuerdo en particular. Lo menos que podía hacer era ayudarla en catalogarlo de forma adecuada.

—Sí, Caleb —dijo con mayor rapidez.

—Yo también lo recuerdo. Todo podría haber sido diferente. —Llegué alrededor hasta ponerme delante de su cuerpo y tomé uno de sus pechos. Rodé su pezón entre mis dedos mientras hablaba—. Me habría mostrado misericordioso, de alguna manera. Sabía que estabas asustada. Te habías sorprendido al saber que era tu secuestrador y no el héroe que habías imaginado. —Tiré de su pezón. Era como una piedra dura entre mis dedos—. No me dejarías ser amable. Yo te habría alimentado mientras descansabas tu cabeza en mi regazo. Te habría dado tantas respuestas como me fuera posible para aliviar tu difícil situación. Podrías haberte ido a la cama sin las marcas de mi cinturón. Pero luchaste contra mí. No podías ganar y aún así luchaste contra mí.

—¡Te odiaba! —dijo. Las palabras atrapadas en su garganta. Cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas—. No quería tu puta misericordia. —Las palabras eran difíciles de oír, pero sabía que eran verdad y que me las merecía.

Me incliné hacia delante y recogí una lágrima salada de la mejilla.

—No estés triste, Gatita. Tenías razón para odiarme.

—Ya no te odio, Caleb. Por favor créeme. No te odio. —Más lágrimas rodaron por sus mejillas.

Le acaricié el pelo. Le besé en la mejilla salada.

—Lo sé, Mascota. Hemos recorrido un largo camino desde allí. Sin embargo, aquí estamos. Todavía me pides que te castigue. ¿Por qué? —La golpeé un par de veces más. Con cada palmada su resolución se desmoronaba un poco más. La



presioné. Me presioné a mí mismo. Quería que entendiera que había sólo una razón para volver a esto.

Livvie sollozaba.

—A mí... me gusta.

—Sí —le dije. Puse mi mano entre sus piernas y le acaricié sus pliegues húmedos—. Así es. Entonces, ¿por qué sigues luchando contra mí?

—¡No es mi intención! —Su pecho se estremeció con la fuerza de su llanto.

—Yo creo que sí. Creo que crees que quiero que lo hagas, pero no es así, Gatita. No tienes por qué provocarme. Ya no eres mi prisionera. —Toqué su clítoris. La yema de mi dedo se deslizó con facilidad a través de sus pliegues resbaladizos. Le azoté el otro muslo con la fusta.

Livvie gritó, pero se conformó rápidamente.

—Lo siento, Caleb. Por favor, perdóname.

Suplicas... Siempre tengo debilidad por las súplicas cuando convienen a mis propios deseos.

—Estás perdonada. No lo vuelvas a hacer.

Respiró hondo varias veces.

—Sí, Caleb —gimió con fuerza cuando mordí su hombro—. ¡Dios! Las cosas que me haces... —Su aliento se estremeció fuera de su pecho—. Nadie me hace sentir de esta manera. Me lastimaste mucho... antes. Pero siempre me hacías sentir mejor. Tú eres el único que hace que me sienta mejor. No quiero que te detengas.

—¿Mejor que quién, Mascota? —Solté la fusta y palmeé su culo mientras continuaba haciendo círculos en su clítoris. Livvie había encontrado el gusto por el dolor, pero sabía que la mejor manera de conseguir que hablara era llevarla lo más cerca posible del borde del orgasmo.

—Que todos —susurró. Sus ojos estaban cerrados, pero pude ver las lágrimas que continuaban cayendo de sus ojos. Sus caderas se movían de nuevo, encontrando un ritmo que encajara con mis caricias—. Tú cuidas de mí. No hay nadie que me cuide como tú.

Un peso me presionó en el pecho.

—Cuidaría de ti sin esto.

—Yo quiero esto. No lo quería antes. No te preocupabas por mí. Era un objeto para ti. Sé que ya no es así. Confío en ti, Caleb. Confío en que me veas de esta



manera. Confío en ti para cuidarme. —Los muslos de Livvie comenzaron a temblar.

—No, Mascota. No tienes permiso para correrte todavía.

—Por favor, Caleb —gimió.

Reprimí una carcajada.

—Tan manipuladora. —Le pegué con la mano desnuda. Fuerte. No parecía afectarla. Estaba en otro plano.

—Aprendí del mejor —dijo. Vi su sonrisa y luego su intento de ocultarla.

—No podías aguantarlo cinco minutos, ¿verdad que no? Y ahora me temo que no puedo dejar que te corras.

—Caleb, no. ¡Por favor! Lo siento. —Abrió los ojos cuando aparté mis manos. Su expresión era de asombro. Sonreí.

—Te lo advertí.

—¿Qué vas a hacer? —Su tono sugería que estaba asustada. Sus ojos decían lo contrario. Me ha hecho esa misma pregunta docenas o quizás cientos de veces. Siempre tuve la misma respuesta.

—Lo que yo quiera.

Había estado trabajando en algo muy especial y no podía esperar para probarlo. Nunca había sido un carpintero o inventor, pero unas manos activas y una mente ágil me habían llevado a explorar más hobbies. Me di cuenta de que me gustaba trabajar con mis manos y sobre todo me gustó cuando mis nuevas aficiones coincidieron con mi pasatiempo favorito.

Livvie guardó silencio mientras yo le soltaba las correas de los tobillos. Siempre era más callada cuando estaba nerviosa. Se dejó caer en mis brazos, cojeando como un fideo mojado una vez que le desaté las muñecas.

—¿Caleb? —susurró.

La levanté por encima de mi hombro y le di una palmada en el culo.

—No hay preguntas, Mascota. Te va a gustar. Te lo prometo. O por lo menos, a mí me gustará.

Agarré una almohada del sofá antes de caminar los pocos pasos necesarios para alcanzar el aparato que había construido. No había llevado mucho tiempo armarlo. El piso de abajo estaba sin terminar y era fácil encontrar los puntos de apoyo elegidos.



Tiré la almohada en el suelo y puse a Livvie abajo sobre ella. Oí una mueca de dolor cuando su parte trasera lastimada hizo contacto, pero también sabía que estaría bien.

Se la veía hermosamente en contraste con el sótano sin terminar, un diamante entre los escombros.

—Apóyate hacia atrás en tus manos y pon tus piernas delante de ti.

Me miró por un momento como si no estuviera segura acerca de si provocarme o no, con más de sus impertinencias insolentes. Entonces, pareciendo entrar en razón, hizo lo que le pedí.

—Sí, Caleb —agregó.

—Muy bien, Gatita. Estoy orgulloso de ti. —Le guiñé un ojo y sonrió. Se suponía que teníamos que divertirnos. No quería que ninguno de los dos olvidara ese detalle.

—Gracias, Caleb. —Esbozó una sonrisa para mí.

Estaba muy curiosa acerca de todos mis movimientos mientras recogía el arnés que necesitaba, junto con una barra de separación y una cuerda de nylon. La ferretería era un lugar muy conveniente para comprar juguetes sexuales.

Me tomó unos minutos, pero finalmente tuve lo que quería. Las correas alrededor de la cintura, los muslos y los tobillos de Livvie le ayudarían a disminuir la cantidad de tensión gravitatoria. La barra separadora mantendría sus tobillos separados, distribuyendo uniformemente el peso, dándole una apariencia de equilibrio. Por último, la cuerda de nylon —anclada a la barra de separación y estirada a través de una serie de poleas de carga fijadas en el techo— haría fácil levantarla lentamente del suelo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté. Livvie yacía de espaldas con sus rodillas dobladas. Estaba tirándose del labio con los dedos.

—Nerviosa. ¿Estás seguro de que esto es seguro?

—¿Confías en mí para mantenerte a salvo? —Palmeé uno de sus pechos y tracé su pezón satinado con mi pulgar. Ella suspiró.

—Siempre.

—Entonces deja de hacer preguntas tontas. —Me incliné y la besé. Estaba más que excitado. Me sentía como un hombre hambriento sentándose ante un festín. Quería tocar cada parte de Livvie, todo a la vez. También sabía que la espera haría que la recompensa fuera aún más dulce.



Me permití besarla lentamente. Deje que la punta de la lengua incitara a sus labios abrirse. La raspé a lo largo del borde de sus dientes superiores antes de sentir la primera y lenta unión de su lengua con la mía.

La mano de Livvie ahuecó la parte de atrás de mi cabeza y me atrajo hacia sí. Estaba igual de ansiosa, pero menos propensa a saborearlo que yo. Nuestros dientes chocaron unos contra otros cuando ella trató de dejar que el beso nos consumiera.

Le pellizqué el pezón entre el dedo índice y el pulgar. Me recompensó con un gemido quejumbroso, una flagrante solicitud pidiendo más. Tiré del pezón de Livvie, entregándole la sensación y recompensándome a mí mismo con más de sus gemidos.

—¿De verdad no me dejaras correrme? —preguntó entre besos. Una de sus manos alcanzó entre mis piernas. Me acarició las pelotas a través de mis pantalones. Sus uñas arrastraron tras de sí.

Negué.

—No.

—Por favor, Caleb. —Su mano se movió de mis pelotas a mi polla. Apretó—. Estás tan duro. Sé que quieres follarme.

Un gemido se me escapó. Me aparté de ella antes de que pudiera convencerme de dejarla salirse con la suya una vez más.

—Quiero follarte, Mascota. Te dije que a ti no se te permitía correrme todavía. No dije nada acerca de no follarte.

Frunció el ceño, pero evitó hacer más protestas o demandas. Para Livvie, supongo que eso era ser obediente.

Poco a poco, estiré la soga y alcé a Livvie en el aire por los tobillos. Jadeó con fuerza y dejó escapar un grito o dos, pero por lo demás pasó por eso muy bien.

—¿Cómoda? —le pregunté. La anticipación quemaba con vehemencia en mi pecho. Presté especial atención a la mancha de humedad en las bragas de Livvie. Me lamí los labios.

—Um... supongo que sí. —Sus dedos se revolvían para llegar el suelo, pero no acababa de llegar.

—Relaja tu cuerpo y déjate colgar ahí. Cuanto más tensa, más te moverás alrededor. —Aseguré la cuerda y cogí unas cuantas cosas antes de hacer mi camino hacia Livvie.

Le pasé las manos desde los tobillos hasta los muslos internos. Acaricié el pequeño punto húmedo entre las piernas de Livvie.



—Oh — exclamó Livvie. Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cintura y tiró de mí más cerca. Su cabeza estaba presionada contra la parte delantera de mis pantalones.

—Vaya, estás mojada, gatita. ¿Los azotes te pusieron cachonda?

—Sí, Caleb. —Se frotó la cara contra mi erección.

—Me alegro —le dije. Mi voz era tan ronca como la de ella. Puse mis pulgares en ambos lados de sus bragas y tiré de ellas hacia arriba. Salieron sólo unos centímetros más allá de la base de su culo. Sus piernas estaban demasiado abiertas para mucho más. Esto era suficiente para satisfacer mi propósito.

—Ya te lo he dicho antes, gatita, pero lo diré de nuevo: Eres hermosa aquí. —Besé el montículo y las caderas de Livvie hicieron un pequeño empuje—. ¿Debería lamer tu coño?

—¡Oh, Dios mío! Sí. Por favor. —Empezó a besar mi erección. Puse mis palmas en su trasero y la llevé a mi boca. Lamí desde su clitoris hasta su delicioso agujero y le clavé mi lengua en el interior para recoger la humedad que había creado con tanta generosidad para mí. Todo el cuerpo de Livvie estaba temblando. Sus manos se apoderaron de mi culo y me atrajo.

—Mmm, me encanta el sabor de tu coño. Deberías probarlo. —Poco a poco me retiré, ignorando sus gemidos de protesta. Colocando una mano detrás de su cuello y un brazo por detrás de sus hombros, levanté a Livvie hacia arriba y dejé que sintiera el sabor de su coño de mi boca.

Ella gimió y me chupó la lengua. Sus manos sostenían mi cabeza en su lugar mientras navegaba abriéndose camino a través de nuestra combinación de bocas hacia arriba y hacia abajo.

—Es bueno, ¿no?

—Sí, Caleb —dijo entre jadeos.

Con cautela, la bajé hasta lograr nuestra postura anterior. No podía esperar más. Quería su boca sobre mí. Me desabroché los pantalones y saqué mi polla. Líquido pre-seminal salía de la punta y la unté a lo largo de la mejilla de Livvie.

Livvie volvió la cabeza y se aferró a mi polla como una víbora poseída. Succionó.

—¡Joder! —exclamé. No podía dejar de empujar contra su voraz boca. Estiré la mano a la parte posterior de la cabeza y recogí el pelo del suelo. Lo sostuve en mi puño mientras dejaba despejarse las primeras andanadas de mi lujuria. No tenía intención de correrme tan pronto. Saqué mi polla de su boca con un chasquido húmedo.

—Tranquila, Mascota. Déjame marcar el ritmo. Abre. —No estaba en absoluto sorprendido por su obediencia inmediata. Con una mano sostuve su pelo,



usando mi mano libre para apoderarme de mi polla. No pude resistir trazar sus labios húmedos y rojos con la punta de mi polla. Suspiré mientras veía su lengua de gatita salir a lamerla. Por último, me deslicé de nuevo en el cálido y succionador santuario de su boca.

Le solté el cabello y me levanté. Desesperadamente quería más de su coño en mi boca. Me agarre de su culo y la atraje hacia mí. Mis labios comieron su clítoris mientras mi lengua lamía a su pequeño amigo. Sentía cada estremecimiento, cada jadeo y cada gemido contra mi polla. Hice embestidas superficiales intercaladas con profundas más allá del roce de los dientes de Livvie y hacia su garganta.

Llevé mis caderas hacia atrás de vez en cuando para permitir a Livvie respirar. Babas recubrían sus mejillas y formaban charcos en el suelo, pero nunca había lucido más sexy para mí.

—Dime cómo te sientes —le dije.

Se aclaró la garganta y tragó saliva.

—Quiero correrme — suplicó.

—No —dije. Insté su boca a tomar de nuevo mi polla. A medida que continuó chupando, bañé su coño con mi lengua hasta que sus muslos empezaron a temblar. Me alejé—. No, Gatita. —Pasé los dedos por su humedad y hacia su fruncido y apretado su culo.

Su boca soltó mi polla.

—Seré buena. No me correré. No me correré. —Trató de escabullirse lejos de mi dedo.

—Déjame entrar. Ahora.

—Por favor, Caleb.

—Dejaré que te corras. —Apreté los labios en su clítoris y la besé.

Hubo un momento de vacilación, y luego sentí que sus músculos se relajaban. Deslicé la punta de mi dedo dentro de su culo y lo moví hacia atrás y adelante.

—¡Oh, Dios mío! Caleb. ¡Por favor! Me voy a morir.

Me eché a reír.

—No te vas a morir, Mascota. Vas a correrte. Duro.

—Quiero eso. —Sus caderas se movían adelante y atrás—. Estoy tan cerca. Por favor lame mi coño. Quiero correrme. Por favor, déjame correrme.

—Ponme de nuevo en tu boca.



En el momento en que sentí su succión, puse mi boca en ella. Sabía que no podía aguantar mucho más. Yo no podía aguantar mucho más, y no era el que estaba colgado bocabajo.

Las caderas de Livvie empujaron hacia atrás y adelante mientras trataba de trabajar mi lengua sobre su coño. Mientras tanto, también estaba follándola por el culo con el dedo. Una forma más gloriosa de pasar una noche, no ha sido creada.

Sentí sus músculos apretando. Incluso su boca se estrechó alrededor de mi carne.

—Continúa y córrete para mí, Mascota. —Ahuequé la parte posterior de su cabeza y me mantuve en su boca mientras ella se corría en la mía. Sentí su orgasmo en mi lengua, alrededor de mi dedo y sus gritos de éxtasis vibrar a lo largo de mi polla. Se sentía como que podría correrse durante días, y mientras seguía follando su boca lentamente mi éxtasis me encontró y derramé mi semilla en su interior.

Después, la bajé al suelo y la abracé durante mucho tiempo.

—Dímelo otra vez, Gatita. —Besé su frente.

—Soy tuya, Caleb. Siempre.

—Y yo soy tuyo. Feliz aniversario, amor.

—Fue perfecto —susurró y se acurrucó más profundamente en mis brazos.

Yo no tenía la energía para hacer mucho más que movernos al sofá. Dormimos durante una hora o dos antes de que pudiéramos ir a la ducha y luego a la cama, donde hicimos el amor otra vez, suave y lento.



Epilogue

Epílogo

A sí que aquí estamos al final. ¿Estuvo bien para vosotras? Lo estuvo para mí. Supongo que al final es todo lo que de verdad importa. Sé que eso es egoísta, pero sabéis que soy egoísta y me queréis de todas formas.

Por si sirve de algo, creo que en verdad podría echaros de menos.

¿Me echareis de menos?

¿Llorareis?

Si lo hacéis, por favor, bebed una lágrima por mí y sabed que nunca quise causaros dolor. Nuestra despedida no es causa de inquietud. En palabras de Frank Herbert: “No hay un verdadero final. Solo el lugar donde detienes el relato.”

Livvie y yo seguimos adelante. Todavía vivimos y tenemos aventuras.

¿Nos veremos de nuevo? No tengo una respuesta para eso. La vida me ha enseñado a esperar lo inesperado y es una lección que he aprendido una y otra vez.

Baste decir: espero que sí.

Para ser totalmente honesto, he dado vueltas y vueltas para buscar el perfecto final a esta novela que nunca tuve intención de escribir. Al final, he llegado a la conclusión de que no había nada malo en la forma en la que Livvie terminó las cosas. Su epílogo era corto, pero capturó la esencia de nuestra historia:

La supervivencia es lo más importante. Nos permite la oportunidad de vivir y encontrar todas las cosas que hacen que valga la pena vivir. Yo encontré redención. Encontré perdón. Encontré amor.

Dicho esto, Livvie hizo un hermoso trabajo con el final y no puedo pensar en un mejor tributo que terminar este libro como ella pretendía.

Mientras caminaba pude sentir sus ojos clavados en mí de la manera en que siempre pude sentirlos. Lágrimas cayeron sin vergüenza por mi rostro, pero no intenté limpiarlas. Me había ganado esas lágrimas y pensaba llevarlas como símbolo de todo lo que había pasado. Ellas representaban todo el dolor que había sufrido, el amor que sentí, y el océano de pérdida que inundaba mi alma. Finalmente había aprendido a obedecer y nunca mirar hacia atrás.



(Por ahora)



Epilogo alternativo

A sí que aquí estamos al final. ¿Estuvo bien para vosotras? Lo estuvo para mí. Supongo que al final es todo lo que de verdad importa. Sé que eso es egoísta, pero sabéis que soy egoísta y me queréis de todas formas.

Por si sirve de algo, creo que de verdad podría echaros de menos.

¿Me echareis de menos?

¿Llorareis?

Si lo hacéis, por favor, bebed una lágrima por mí y sabed que nunca quise causaros dolor. Nuestra despedida no es causa de inquietud. En palabras de Frank Herbert: “No hay un verdadero final. Solo el lugar donde detienes el relato.”

Livvie y yo seguimos adelante. Todavía vivimos y tenemos aventuras.

¿Nos veremos de nuevo? No tengo una respuesta para eso. La vida me ha enseñado a esperar lo inesperado y es una lección que he aprendido una y otra vez.

Baste decir: espero que sí.

Para ser totalmente honesto, he dado vueltas y vueltas para buscar el perfecto final a esta novela que nunca tuve intención de escribir. Al final, he llegado a la conclusión de que no había nada malo en la forma en la que Livvie terminó las cosas. Su epílogo era corto, pero capturó la esencia de nuestra historia: La supervivencia es lo más importante. Nos permite la oportunidad de vivir y encontrar todas las cosas que hacen que valga la pena vivir. Yo encontré redención. Encontré perdón. Encontré amor.

Dicho esto, Livvie hizo un hermoso trabajo con el final y no puedo pensar en un mejor tributo que terminar este libro como ella lo escribió (con mis útiles comentarios a lo largo del mismo, por supuesto).

Rendido ante vuestra pena, presento: El Epilogo (2..0)

*James tragó saliva densamente mientras miraba las palabras en la pantalla. Al final Sophia había escrito una gran historia de amor trágica, pero era una historia de amor de todos modos. Había sido muy generosa con él, pintando una lejana y mejor pintura del hombre que había sido que el que sería. **(Creo que hemos aprendido que esto es absolutamente verdad.)** Había*



estado trabajando durante semanas, retenida en su pequeño cuarto de la planta de arriba. No le permitió estar ahí, y a pesar de que no le gustaba, respetó los deseos de Sophia. Respeto todos sus deseos en esa época. **(¡Porque soy el mejor novio que haya existido! Lo siento, Rubio.)**

Hacía varias horas, que había volado hacia la cocina y arrojó los brazos alrededor de él.

—¿Por qué estás sonriendo, Gatita? ¿Al final terminaste? —preguntó James.

—¡Sí! Terminé —dijo ella y continuó con un pequeño baile. **(Me encanta el bailecito.)** Inmediatamente le había arrastrado a la planta de arriba y le plantó en frente del ordenador portátil para que pudiese comenzar a leer. No había otra silla, así que ella había caído de rodillas y apoyado su cabeza en las rodillas de él. **(Miente; simplemente le gusta arrodillarse a mis pies.)**

Mientras leía, le acarició el pelo. James había estado asustado de leer todo el punto de vista de Sophia, pero estaba orgulloso de lo que había hecho y descubrió que Sophia recordaba todo. Ella le amaba, estaba seguro de ello y mientras todavía no pensaba que lo merecía, no obstante estaba feliz por ello. **(Esto es totalmente cierto.)**

Una vez más vio su forma de dormir, incapaz de resistirse a apartarle el pelo de la cara y ponerlo tras su oreja. Su boca se aflojó, y estaba seguro de que había babeado sobre él, pero no importaba. Era la cosa más hermosa que había visto. No podía evitar acariciarla. Amaba los suaves ruidos que hacía cuando lo hacía. No la merecía. Nunca lo haría **(también cierto)**.

Había estado con él durante más de un año, y en secreto siempre esperó que se cansara de él y decidiera dejarle. **(No lo esperaba... lo temía.)** A menudo le decía que le amaba, **(Le concederé esto. Sí que me decía que me amaba a menudo... No con sus palabras, sino con sus actos)** y cada vez, lo reducía a su núcleo. No se merecía su amor **(no, no lo merezco)**. No podía atreverse a fingir que lo merecía **(no, no puedo)**.

Cuando había descubierto que ella había estado escribiendo la historia de ambos, la ayudó de cualquier manera que pudiese. Fue su salida tanto como la de ella. Necesitaba verlo en blanco y negro, el dolor que la traspasó, el monstruo que había sido. Nunca quiso olvidar lo que nunca podía permitirse a sí mismo ser otra vez **(verdad.)**

Desde la noche que Sophia se había encontrado con él en el Paseo, la noche que él había decidido dejar todo atrás e integrarse en la sociedad dominante, mucho en él había cambiado. Lejos de los horrores de su juventud, lejos de la sangre y la venganza, sólo era... James.

Al principio, no había tenido idea de qué hacer consigo mismo. Todo a su alrededor, la auténtica vida estaba sucediendo, y él era un espectador. ¿Qué



sabía sobre conocer a personas en cafés? ¿Acerca de tener amigos que no fueran asesinos? **(Te amo, Livvie.)**

Pero en la noche, en la oscuridad, cuando descubrió que no podía dormir porque el mundo de repente se sentía muy grande... ahí estaba Sophia **(sí).**

Cada vez que pensaba en escapar y volver a la vida que conocía, pensaba en el día en que le había dado la nota. Ella se había echado a llorar y se alejó del café. Había pensado que llamaría al FBI y había estado preparado para ir a prisión si eran los únicos que se encontraban con él en el Paseo. **(Suena tonto... ahora.)**

En vez de eso, ella se había reunido con él allí. Permaneció de pie, viéndose como una Diosa entre plebeyos. Su pelo caía en suaves ondas por su espalda, ocasionalmente levantado por la brisa. Llevaba un vestido negro que abrazaba sus pechos y desnudaba su espalda. También llevaba unos tacones increíblemente altos. Eran peligrosos, considerando las calles empedradas. Ella había querido que supiera que era una mujer madura y que ya no le tenía miedo. **(Todavía puedo ver la imagen en mi mente.)**

Se acercó a ella a través de la calle. Estaba nervioso. Vestía pantalones vaqueros y un jersey de cachemira negro. Las mangas estaban subidas hasta sus antebrazos. Quería que supiera que era diferente. No quería herirla más.

Ella estaba de espaldas a él mientras se aproximaba, pero de repente la brisa murió y se giró cuando escuchó sus pasos acercándose.

No había habido palabras. Simplemente permaneció de pie enfrente de ella con las manos en los bolsillos. Él contuvo el aliento y, durante un momento, ella sólo le miró fijamente. Dio un paso más cerca y él casi dio un paso hacia atrás, pero no lo hizo. De repente ella estaba muy cerca y no pudo evitar inhalar su aroma y cerrar los ojos. **(Me encanta como huele.)** Ella acarició su camisa y tiró de él hacia abajo. Su cabeza le daba vueltas. **(¡Lo hacía!)** Entonces le besó y era todo lo que necesitaba ser dicho.

Se trasladó a Barcelona, así ella aún podría ir a la universidad. Nunca habían hablado del pasado. Cuando las personas les preguntaban cómo se conocieron, ella se apresuraba a interceptar la pregunta y responder. Se habían conocido en el Paseo de Colón. **(Si tan solo hubiera sido tan simple.)**

Cuando hacían el amor se sorprendió al descubrir que los gustos de Sophia habían evolucionado. Quería que la azotara. Quería que le atara los brazos. Primero se sintió enfermo por eso. Sus inclinaciones eran obviamente culpa suya. Aun así, sus juegos le excitaban hasta el punto del dolor físico. **(Aún lo hacen.)**

Se sentía malvado, pero lo que estaba hecho estaba hecho, ahora haría todo lo que pudiese para darle a ella lo que quisiese. Le debía mucho. Además, no



siempre era brusco. A veces era vainilla... y a él también le gustaba eso **(muchísimo)**.

Con cuidado, James levantó a Sophia en sus brazos y la llevó a su habitación. La tendió en la cama, sonriendo mientras se desplazaba alrededor buscando alguna forma para ponerse cómoda. Se desvistió y se metió en la cama al lado de ella. Solo tocarla le ponía duro. Le debía mucho **(simplemente todo.)**

De repente se abrumó, la apretó imposiblemente fuerte. Ella gimió y se quejó hasta que sus ojos se abrieron y miró fijamente arriba a la cara de él.

—Oh, Dios mío, ¿qué va mal? —preguntó y acarició su angustiada cara.

—Te amo —susurró él.

—Yo también te amo —replicó ella. Los ojos de Sophia se llenaron de lágrimas y ladeó su cara hacia la de él.

Le beso tan apasionadamente, tan dulcemente, que James pensó que si ella nunca le besaba de nuevo, ese era el beso que siempre querría recordar **(todavía lo es.)**

Nunca podría haber escrito un final mejor que el que Livvie os dio, pero os dejaré con este:

Una vez salvé a Livvie. Ella me ha estado salvando a mí desde entonces.

Fin



Acerca del Autor



A CJ Roberts se le da fatal referirse a sí misma en tercera persona, pero lo intentará.

Nació y se crió en el sur de California, después de la escuela secundaria, se unió a las Fuerzas Aéreas de EE.UU. en 1998, sirvió diez años y viajó por el mundo. Su parte favorita de viajar es buscar en los suburbios de las ciudades.

Está casada con un hombre maravilloso y talentoso que nunca deja de impresionarla y tienen una hermosa hija.

También ha auto publicado una historia corta en Amazon, titulada *Manwich*, bajo el nombre de Jennifer Roberts.



Epilogue

Créditos

Moderadora de Traducción

Lady Eithne

Moderadora de Corrección

Lsgab38

Traductoras

Dark Juliet

Jhuli_eli

Lady Eithne

Amafle

Melusanti

Ilka

LilikaBaez

Lorena Tucholke

C_Kary

Correctoras

Juli_Arg

Angeles Rangel

Francatemartu

Lu

Anaizher

Pilar Wesc

Leluli

Eneritz

Laumoon

Recopiladora

Lsgab38

Revisión final

Lady Eithne

Diseñadora

Francatemartu

Traducido, corregido y diseñado en...



<http://thefallenangels.activoforo.com/forum>

¡Esperamos nos visites!

